



Sabine Schütze

Querido soldado desconocido

Un amor florece en un mundo en guerra

BASADO EN HECHOS REALES



EDITORIAL
SHANTI NILAYA

Sabine Schütze

Querido soldado desconocido

Un amor florece en un mundo en guerra



EDITORIAL
SHANTI NILAYA



Querido soldado desconocido
Un amor florece en un mundo en guerra
D.R. © 2024 | Sabine Schütze
Todos los derechos reservados

1a edición, 2024 | Editorial Shanti Nilaya®

Diseño editorial: Editorial Shanti Nilaya®

ISBN | 978-1-963889-69-7

eBook ISBN | 978-1-963889-70-3

La reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma que sea, por cualquier medio, sea éste electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, no autorizada por los titulares del copyright, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada. Las opiniones del autor expresadas en este libro, no representan necesariamente los puntos de vista de la editorial.

Sabine Schütze

Querido soldado desconocido

Un amor florece en un mundo en guerra



EDITORIAL
SHANTI NILAYA

Basada en hechos reales

*Para Dora y Kurt,
mis abuelos, quienes han sembrado en mí la creencia
inquebrantable en el amor y de nunca conformarme con menos.*

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo I: Sombreros grandes y abrigos largos](#)

[Capítulo II: Un tren hacia lo desconocido](#)

[Capítulo III: Querido soldado desconocido](#)

[Capítulo IV: La majestuosidad de Noruega](#)

[Capítulo V: Sin respuesta ni pastel](#)

[Capítulo VI: Querida Dora](#)

[Capítulo VII: Madurar de golpe](#)

[Capítulo VIII: Manos de lavandera](#)

[Capítulo IX: Gratulerer med dagen](#)

[Capítulo X: Demasiadas bocas](#)

[Capítulo XI: Anni](#)

[Capítulo XII: Demasiadas lágrimas](#)

[Capítulo XIII: La soledad es más tremenda de noche](#)

[Capítulo XIV: Entre carbón, papas y tarros de cristal](#)

[Capítulo XV: De escombros del alma y mariposas encabritadas](#)

[Capítulo XVI: Amo a todos los hombres](#)

[Capítulo XVII: Me duele el mundo](#)

[Capítulo XVIII: Tú también le perteneces al Führer](#)

[Capítulo XIX: El pacto con el diablo](#)

[Capítulo XX: Permiso denegado](#)

[Capítulo XXI: Creo que mi pierna sigue allí](#)

[Capítulo XXII: ¿Me permitirías visitarte?](#)

[Capítulo XXIII: No se la lleven](#)

[Capítulo XXIV: Corazón de madre](#)

[Capítulo XXV: Condúcese con decoro y recato](#)

[Capítulo XXVI: Un hombre con una misión](#)

[Capítulo XXVII: Una estrella a la altura del corazón](#)

[Capítulo XXVIII: La importancia de hablar francés](#)

[Capítulo XXIX: El monje sangriento](#)

[Capítulo XXX: ¿Ya no me quieres?](#)

[Capítulo XXXI: Brazos vacíos](#)

[Capítulo XXXII: ¿Adónde los llevan?](#)

[Capítulo XXXIII: El mejor regalo de navidad](#)

[Capítulo XXXIV: ¿Lo saben ustedes, los alemanes?](#)

[Capítulo XXXV: Cuida tu corazón](#)

[Capítulo XXXVI: Estatuas heladas](#)

[Capítulo XXXVII: Hablemos, mamá](#)

[Capítulo XXXVIII: Déjela ir](#)

[Capítulo XXXIX: Destrucción total](#)

[Capítulo XL: Un timbrado en la puerta](#)

[Citas](#)

Prólogo

Me considero una persona perdidamente romántica, pese a la impresión de ser fría que suelo dar a las personas que no me conocen bien. Me encantan las baladas con piano, las velas, las películas de amor, y sí llego a llorar de repente con alguna. Mi abuelo paterno, Kurt, fue soldado en la Segunda Guerra Mundial y estuvo estacionado en Noruega. Podría abofetearme hoy por no haberle sacado los detalles de todas las peripecias que vivió en aquel entonces. Murió cuando yo apenas tenía diecisiete años, y lamentablemente a esa edad no solían interesarme tanto esas historias como hoy. También fue muy común que esa generación de sobrevivientes de la Segunda Guerra Mundial callaba sobre lo vivido. Prefirieron olvidar los horrores. Sólo recuerdo a mi abuelo hablar de los paisajes de belleza extraordinaria de Noruega con una emoción incomparable.

En tiempos de guerra, los hombres en edad casadera se fueron a luchar y las mujeres se quedaron atrás en sus pueblos y ciudades, encargándose de sus familias, trabajando, pero sin la ilusión de una cita romántica, de vivir un primer amor, de casarse, de formar una familia, y sin la certeza de cuánto iba a durar esa situación. Se puso de moda que las chicas escribieran cartas a puño y letra al «soldado desconocido», para animarlo en tiempos difíciles. Mi abuela Dörchen también participó en esta actividad. Por azares del destino, sus cartas cayeron en manos de mi abuelo Kurt y así nació una historia de amor a través de cada línea plasmada con tinta en el papel, compartiendo historias personales por medio de cartas que

recorrieron miles de kilómetros y tardaron varias semanas en llegar a su destino. Esos documentos fueron testigos tanto de una época oscura en la historia de mi país como de los sentimientos incipientes entre dos personas extrañas que se proporcionaron consuelo mutuo a través de sus palabras escritas, mismas que suscitaron sentimientos cada vez más profundos. A los soldados en ocasiones les dieron la oportunidad de regresar a casa por un breve periodo (*Heimatsurlaub* o licencia del frente). Mi abuelo la aprovechó para conocer en persona a la dulce Dora, cuya casa por casualidad se encontraba a unos cien kilómetros de la suya. Se vieron y se enamoraron, aunque eso ya había empezado con las cartas. Mi abuelo tuvo que regresar a Noruega, donde pronto cayó prisionero de guerra hasta el término de la Segunda Guerra Mundial y poco más allá. No regresó a casa hasta 1946, me parece. Impulsado por las emociones compartidas en cada misiva, Kurt no se anduvo con rodeos y enseguida pidió aquella mano que le había dedicado tantas líneas de felicidad. La cocinera y el arquitecto y maestro de matemáticas se casaron, tuvieron cuatro hijos varones y, hasta donde puedo opinar, un matrimonio muy feliz. Y pensar que todo empezó con unas cartas dirigidas al «soldado desconocido» Tal vez sea por eso que creo firmemente que el amor existe, lo que en tiempos actuales es bastante jodido...

Si me pongo a pensar cuándo fue la última vez que recibí una carta de amor, no lo recuerdo con exactitud. Vienen a mi mente los papelitos doblados que nos pasábamos en el salón durante las clases en la secundaria. Con letra tímida me preguntaron: «¿Quieres ser mi novia?». O bien, las cartas tiernas de aquellos primeros amores que nacieron en los campamentos de verano en las que nos juramos amor eterno, que a veces sólo duraba hasta el siguiente campamento y el siguiente amor. En tiempos de redes sociales, con

aplicaciones de mensajería instantánea e incluso de citas románticas, pocos nos tomamos el tiempo de agasajar al amado o a la amada con una carta tradicional.

Esta historia, además de contar un relato de amor inspirado en la de mis abuelos, tiene la misión de rescatar este delicioso sentimiento de anticipación que experimentó la gente en aquellos tiempos preinternet, al abrir el buzón y encontrarse una carta perfumada de esa persona especial. ¡Cómo nos latía el corazón al abrir el sobre con impaciencia, mientras buscábamos un rincón privado para empezar a leer! Y por supuesto, releer los párrafos más significativos de unas hojas de papel, cuidadosamente dobladas, en las que éramos los protagonistas! Además, las atesorábamos como los bienes más apreciados en un hermoso baúl, o por lo menos, en la famosa caja de zapatos debajo de la cama. De ahí las extraíamos una y otra vez para repetir el goce de su lectura y sacar uno que otro suspiro... y también, a veces, alguna lágrima. Escribir una carta de amor es el encuentro de una persona con sus pensamientos y sentimientos más íntimos respecto a alguien en particular. Es hurgar en lo más recóndito de nuestro ser y desahogar lo que encontramos en una hoja de papel que perdura en el tiempo. Una carta exuda dedicación: el remitente se tomó el tiempo y la calma de redactar y ordenar sus pensamientos. Expresa un «me importas» al destinatario.

El contenido de este libro es mayormente ficticio. Kurt y Dora existieron, por supuesto, pero sus cartas se perdieron y mis abuelos abandonaron el mundo terrenal, por lo que tuve que inventar el contenido de sus misivas e imaginarme el tono de la conversación de sus versiones jóvenes. Recuerdo también a la madre de mi abuelo, Ella. Sin embargo, las amigas de mi abuela y sus familiares, así como los amigos amigo de Kurt, son inventados. Mi abuelo sí fue

hijo «bastardo» (jamás supe quién fue su padre) y Willy se convirtió en el segundo esposo de Ella. Falleció en 1977; aún me meció en sus brazos menguantes. Los nombres de Georg, Otto y los hermanos de Dora son reales. Georg sí fue comunista y falleció en un accidente en moto, pero no de la manera en que lo describo. Otto fue el padre de Dora y Elfriede y sí murió en la mina. Conservo los lugares reales de residencia de ambos, pero desconozco en dónde exactamente estuvo estacionado en Noruega mi abuelo. Mis investigaciones en los archivos de las autoridades alemanas sólo me indicaron aproximaciones. Me basé en los lugares que salen a flote en los relatos históricos sobre la ocupación alemana en Noruega. El exnovio de mi abuela, así como la relación de Kurt con una mujer noruega, también salieron de mi imaginación fructífera para conferirle un poco más de drama y obstáculos a la novela.

Te invito a leer este libro y te garantizo suspiros, nostalgia, emociones a flor de piel, indignación y ojos que no quedarán secos.



Capítulo I:

Sombreros grandes y abrigos largos

Hannover, 9 de abril de 1940

—¡Doraaa!

Sigue tallando la tela áspera dispuesta frente a ella en el lavabo del patio mientras sus pulmones gritan desesperadamente por la segundogénita. Levanta la mirada hacia el cielo, donde nubes embarazadas y oscuras vaticinan una lluvia inminente y tempestuosa.

—¡Doraaa! ¡Te estoy llamando!

La alebrestada boca expulsa vaho al aire gélido. Las manos moradas y agrietadas por el frío son testigos de su ardua labor de lavandera.

«¿Dónde se habrá metido esa chamaca? Siempre está con la cabeza en las nubes. Lástima que aún no esté en edad casadera. Con gusto prescindiría de una boca hambrienta que alimentar. A la que le debo buscar novio ya es a Ellie».

Elfriede, su primogénita, ya tiene quince, casi dieciséis años. Si no se casa, por lo menos que trabaje y contribuya con los gastos. Su marido ya lleva más de un año sin encontrar trabajo; lo poco que trae a casa proviene de negocios turbios en el mercado negro de los que prefiere no enterarse. Como comunista, las ofertas laborales no están a la misma orden del día como las visitas de la Gestapo. Teme que en cualquier momento se lo lleven y no regrese. ¿O tal vez sería un alivio? En el fondo admira su idealismo, su postura política y la resistencia al régimen, pero en ese momento su férrea creencia en

una doctrina no llena las siete panzas hambrientas de esa familia. Por lo tanto, ella debe trabajar en las mañanas en la cocina de la escuela del barrio y en las tardes lavar ropa de extraños, para que sus cinco vástagos, su marido y ella sobrevivan. Eso si las actividades clandestinas de Georg no le terminan costando su propio trabajo y su clientela.

—¡Dora! ¡Con un carajo! ¡No me hagas subir por ti!

Le supone un esfuerzo titánico establecer la disciplina en casa cuando Georg se ausenta por varios días debido a alguna de sus misiones. El hombre resolutivo e imponente, fuerte como un armario de roble, no necesita de castigos corporales para mantener a su progenie a raya. Le basta con levantar una ceja poblada y echar una mirada fulminante para que sus hijos obedezcan sin rechistar bajando las cabezas. No se comportan así con su pobre madre, quien es tan permisiva que hasta los perros de la casa le ven la cara. La guerra la endurecerá sin duda alguna. En ese momento está abandonada a su suerte y debe arreglárselas como pueda.

La despreocupada llegada de su hija, con la que comparte el nombre, la saca de su ensimismamiento. Los rizos rebeldes color miel enmarcan el rostro soñador que la joven heredó de su difunto padre, al que ni siquiera recuerda. Entre Ellie y Dora, ésa última es la que más se parece a Otto. La triste ensoñación de su voz es la que más evoca las vivencias con su primer esposo, su gran amor. ¡Qué no la escuche Georg! Otto ha estado mucho en sus pensamientos últimamente. Ha de ser porque se acerca su aniversario luctuoso. Fue hace casi once años que ella se derrumbó en la puerta de su hogar al recibir la trágica noticia del accidente en la mina.

—¿Por qué me ves así, mamá?

Parpadea para suprimir la incipiente lágrima de nostalgia y,

endureciéndose por dentro, se dirige a Dorita:

—Vaya, por fin te dignas a aparecer. ¿Qué estabas haciendo?

—Estaba escuchando la radio. ¡Están anunciando la invasión alemana de Noruega, mamá! Necesitas saber qué pasa en el mundo y con esta guerra.

—¡Vaya! Así que ya están allá arriba. Antes de que los ingleses les arrebatén el territorio, supongo. Pero espera...

Con expresión incrédula jala a su hija de una oreja al interior de la casa, y cierra la puerta del patio para que no las escuchen los vecinos.

—Dora, no te hagas la tonta, si las noticias apenas las pasan dentro de una hora. ¡No me digas que otra vez sintonizaste el canal del enemigo!

Su hija se frota la oreja, roja y adolorida.

—Pero si nuestros programas no nos dicen todo, mamá, ¿cómo quieres que sepamos la verdad?

—Georg y tú nos costarán la vida un día, Dora Janzin. Estarás contenta cuando toquen un día en nuestra puerta y nos lleven a todos, porque no puedes dejar de escuchar las transmisiones de la BBC. Ya no dejaré que él te meta ideas subversivas a tu cerebro impresionable. Ya me escuchará.

Es cierto, su padrastro la introdujo al peligro de la estación británica y a la adrenalina de escuchar los repiqueteos de las campanas del Big Ben, seguido de las palabras del locutor: «*This is London calling*». Dora no recuerda a su padre, de manera que Georg ocupó ese lugar de manera natural para ella. Admira a ese hombre intrépido, pero también sabe que tanto sus actividades secretas como el simple hecho de sintonizar el canal del enemigo pueden perjudicar a la familia, por lo que ha tenido que hacerlo a escondidas y con el volumen más bajo posible, a puerta cerrada.

La transmisión de hoy, misma que valientemente ha escuchado sola, fue escueta, pero clara: «Esta mañana llegaron los primeros informes diciendo que las tropas alemanas estaban cruzando la frontera con Dinamarca. Al mismo tiempo, se estaban lanzando ataques desde el mar contra varios de los puertos más grandes de Noruega. La radio de Oslo sigue funcionando y ha anunciado que las tropas alemanas han desembarcado en Egersund, en la costa sur de Noruega, y que Kristiansand ha sido atacada y también bombardeada».

La cara enrojecida de su madre sigue frente a la suya.

—Hablaremos de esto más tarde. Ahora lleva esta bolsa de ropa a la casa de la señora Schulz, ya sabes, la que vive al lado de la carnicería. Y apúrate, que no tarda en llover. No nos podemos dar el lujo de que te enfermes, que no tenemos para el doctor y mucho menos para medicina. Llévate las cartillas de racionamiento y compra la carne de esta semana con el dinero que te dé mi clienta.

—Pero, *Mutti*, no me alcanzará con eso.

—Lo sé, pero no tengo más dinero hasta que termine estos pedidos de ropa. En la cocina me pagarán hasta la semana que entra. Pídele al señor Engel que te fíe una vez más y dile que le pagaré sin falta el siguiente sábado. Pregunta si tiene carne de caballo, ya sabes que es más barata.

Dora pone los ojos en blanco, anticipando los comentarios mordaces del carnicero. Sin embargo, no quiere agobiar más a su mamá, bien sabe que odia estar en semejante situación y que tampoco le encanta deberle dinero a nadie. Ataviada con su delgado y desgastado abrigo café que no logra mantenerla caliente en ese día helado, emprende apurada el camino corto hasta la casa de la señora Schulz, bajo el cielo casi negro y amenazante. La dama elegante con el lujoso vestido azul, el peinado impecable de su

cabellera sedosa rubia y la boca carmesí le abre la puerta de lo que a Dora le parece una mansión. Le recibe el paquete de ropa y con el pago le entrega un *Reichspfennig* más.

—Para que te compres un caramelo en la tienda.

El dinero nunca sobra en su casa, por lo que comprar dulces es un lujo imposible. Dora lucha consigo misma si gastarlo frívolamente en una indulgencia para sí misma o si debe ayudarle a su madre con el pago de la carne. Frota la moneda entre el pulgar y el índice. De un lado indica su valor con la cifra «uno» arriba de dos hojas de roble, y del otro al águila cargando una esvástica. Se acuerda que hace cuatro años un manojo de espiga adornaba el reverso de esa moneda. La comida no sólo ha desaparecido de las tiendas. Como sea, si cae del lado de la cifra, le ayudará a su mamá, y si sale la esvástica, comprará el anhelado dulce.

Tres lanzamientos de moneda y un encogimiento de hombros más tarde se hace su voluntad, y la dichosa propina quedará por siempre entre la señora Schulz y ella. Dora se adentra sigilosamente en la miscelánea a un costado de la carnicería, en la que el dependiente en ocasiones vende caramelos sueltos que deposita directo desde un frasco de vidrio. En dicho recipiente viven como muéganos, hasta que llegan a las palmas ansiosas de los niños que en ocasiones aún pueden permitirse adquirir ese artículo de lujo. Dora hace mucho tiempo que sólo observa de lejos. Debe andarse con cuidado, por si algún conocido la ve y la delata con su madre. No recordaba la escandalosa campana que anuncia a los clientes de la miscelánea. Maldice ese descuido, pero al voltearse, se da cuenta de que es la única compradora; la incipiente lluvia ha espantado a la clientela. Dora se precipita hacia el mostrador. A pesar de sus casi trece años se siente ahora como aquellos chiquillos que a duras penas logran rebasar la superficie del mostrador con sus narices moquientas.

Realiza la transacción con suma celeridad, y se percata de que lo que le entrega el dependiente con la pinza elegante es el último caramelo en su frasco. Sus ojos grises brillan con la anticipación de sentir una sinfonía de sabores en su boca. Agradece las atenciones al vendedor y sale corriendo a la calle. Decide guardar el manjar en la bolsa de su abrigo y degustarlo con calma camino a casa. Primero lo primero.

En la fila de la carnicería se encuentra con la vecina chismosa de enfrente. Dora alberga la esperanza de que no la haya visto salir de la miscelánea.

—Buenas tardes, señora Meyer.

—Dora... ¿Haciendo compras para tu madre?

—Sí, señora Meyer.

—¿Y por qué no vino ella?

—Está trabajando.

—Pero si ya es tarde, termina en la escuela a las dos. ¿Está otra vez lavando ajeno? Espero nunca tener semejante necesidad. Lavar los calzones de personas desconocidas me daría mucho asco. Pero entiendo su situación: mantener a cinco hijos y encima al inútil de su esposo no es cualquier cosa. Deberían ponerse a trabajar ustedes para ayudarle a su madre.

Dora decide ignorarla, pero no es fácil dada su personalidad de perico. Cuando le toca el turno, no le da pena a la vecina platicadora pedir la económica carne de caballo, a pesar de su supuesta falta de necesidad. La sonrisa burlona de la muchacha se borra cuando la señora Meyer voltea y se despide con un «Me saludas a tu madre», y Dora pide un kilogramo y medio de carne de caballo, a lo que el señor Engel, con su rostro de cerdo hinchado, gruñe:

—La señora Meyer se llevó el último pedazo. Nada más me queda de res.

Su madre la matará. Por supuesto se enterará de todos los detalles minuciosos del encuentro en la carnicería por la vecina y acusará a su hija de perder el tiempo. Pero lo que prevalece es el sentimiento de culpa: no sólo no ayuda a su madre con su *Pfennig*, sino que la hace gastar mucho más dinero en la carne por llegar tarde. Se siente una hija terrible y, saliendo de la tienda después del obligatorio: «Es la última vez que les fío, le dices a tu madre», piensa en mil maneras de enmendar su error, como ayudarle a lavar la ropa de sus clientas para que descanse un poco, prepararles la cena a sus hermanitos, trapear la cocina... Pero su madre es astuta, sabrá que algo está tramando. Mete las manos frías a las bolsas de su abrigo y el tacto del caramelo olvidado le alegra el corazón pesado.

Cuando está a punto de liberarlo de su prisión textil, se percata del repiqueteo impaciente de unos tacones acercándose. Se sigue asombrando del efecto curioso con el que las pisadas de una persona familiar, aunque aún esté alejada, de repente se distinguen de los demás ruidos estrepitosos de la ciudad. Aquellos taconazos se convierten en brincos sobre la estrecha calle adoquinada, y un brazo ajeno pero familiar se engancha del suyo: su mejor amiga, Gúndula. Elegante como siempre retorna de su empleo de secretaria de un despacho contable. Acaba de cumplir los dieciséis años. Hubiera querido estudiar la preparatoria, pero su madre necesitaba ayuda con los gastos de la casa, como tantas familias más. De cualquier manera, el funcionamiento normal de las clases escolares ya no está garantizado. Demasiados maestros están en el frente. Dora aún tiene suerte de que en su secundaria lograron juntar los salones y recurrieron al empleo de maestros jubilados, mismos que por su edad no tendrán que servir en esa guerra.

El caramelo se llenará de pelusa en lo que espera ser devorado. A

su amiga le encanta espantarla, así que Dora finge sorpresa:

—¡Qué susto me metiste, amiga!

—Así has de traer la conciencia, Dorita. Seguro estabas pensando en el guapo de Peter.

—Claro que no. Será apuesto, pero es un pretencioso y no me cae nada bien.

—Ya sabes lo que dicen: «Los que se pelean, se desean».

—No digas tonterías, mejor cuéntame cómo te fue ayer en el cine con Horst.

La sorprende el silencio súbito de Gúndula, la más chismosa y parlanchina de sus amigas. Aunque en realidad, es su única amiga verdadera. Al fijarse en la expresión de su rostro, nota una lágrima solitaria caer sobre su pómulo saliente, para terminar en la boca carnosa, misma que en esos momentos no encuentra palabras para expresar el dolor de su dueña. Con un hilo de voz se dirige a Dora:

—Me besó por primera vez anoche, después de la película, en la puerta de mi casa. Fue el momento más hermoso de mi vida.

Se toca los labios como si quisiera palpar el recuerdo de la boca de Horst en la suya y suspira.

—Pero entonces, ¿por qué las lágrimas? ¿Acaso son de felicidad? Ojalá algún día me besen también, así con mucha pasión, como en las películas de amor.

—Le llegó el llamamiento a filas por correo ayer. Me lo dijo después del beso.

Ahora no hay quien pare el río caudaloso de lágrimas.

—Lo siento, Gúndel. ¿Quién te manda enamorarte de un hombre mayor de edad? Sabías que tarde o temprano se lo llevarían.

—En el corazón no se manda. Él solito se enamora. Ya lo descubrirás, bonita. Cuídalo mucho, porque duele demasiado a veces.

—Ay, entonces no lo quiero. ¿Para qué sufrir tanto por un chico? Mírate nada más. Tu cara es un mar de lágrimas y tus ojos parecen los de un sapo. Mi mamá aún no supera la muerte de mi papá. Eso del amor no deja nada bueno. Yo mejor me concentro en la escuela y después me convertiré en la cocinera más famosa de este país.

La inocencia de las palabras de Dora le provoca una carcajada involuntaria a Gúndula detrás de la cortina de lágrimas.

—Cae más pronto un hablador que un cojo. Nos hablamos en menos de dos años cuando te rompan tu corazoncito por primera vez. Aún estás chiquita, pero las hormonas son poderosas. ¿Y además cocinera? ¿Y con qué ingredientes pretendes desempeñar esa noble profesión en tiempos de guerra, Dorita?

Gúndula tiene razón. El futuro no pinta con los colores más alegres. Abrazadas continúan el camino con las cabezas agachadas, pisando el adoquín al unísono. Súbitamente la lluvia arrecia y entre risas y gritos doblan en la esquina hacia la calle donde ambas viven, en la que se conocieron de crías y donde se hicieron inseparables. Sin aliento llegan a la puerta de la casa de Gúndula, se abrazan y quedan en verse la tarde siguiente. Un movimiento calle abajo llama la atención de las chicas, que en ese momento parecen dos ratas empapadas. Dora queda petrificada al observar a dos hombres con sombreros grandes y abrigos grises largos, quienes están gesticulando enérgicamente y discutiendo con su madre en el umbral de la casa.

Capítulo II:

Un tren hacia lo desconocido

Hötensleben, 9 de mayo de 1940

La espigada y huesuda Ella, de mirada intensa, acomoda sus lentes de marco negro, grueso y severo sobre la nariz. Hoy de milagro no los está buscando para encontrarlos, horas después, acomodados sobre sus rizos rubio ceniza. En esas semanas ha estado menos dispersa. Está en estado de alerta constante desde que el cartero, Martín —por cierto, el único del pueblo— le entregó aquella carta amarillenta a Kurt en el umbral de su hogar, hace aproximadamente tres semanas. «Estas cartas no las puedo arrojar al buzón, debo certificar su recepción» fue su respuesta lacónica ante la ceja levantada de Kurt, extrañado por el timbrazo poco común de Martín. Todo indicaba que ya se había acostumbrado a entregarlas.

«La oficina de registro militar de Hannover le comunica que debe prepararse para la recepción de una convocatoria militar a partir del 1 de mayo de 1940. Es fútil enviar una solicitud de exención, por lo que lo exhortamos a desistir del intento. Mientras tanto recibirá entrenamiento militar básico».

Los detalles de dicha instrucción vienen explicados en la carta. Está firmada por el sargento del distrito militar, quien ha omitido cualquier detalle que permita sacar conclusiones sobre el futuro que le depara. Durante esas semanas Kurt, de escasos dieciocho años, sin experiencia de vida, y su madre, han estado con el Jesús en la boca. ¿Lo mandarán al frente ruso? Kurt está en su último año de preparatoria, quiere estudiar para convertirse en ingeniero civil o

arquitecto. ¿Qué sabe de armas y de la guerra? Su sueño es edificar y construir belleza arquitectónica, no destruir ciudades enteras. Kurt se reporta a diario en un campo de entrenamiento militar cerca de Hannover para aprender a marchar al mismo ritmo que los demás, a disparar y a tender cables en campo abierto y en los bosques aledaños. Le gusta el trato amistoso y la unión fraternal entre los aspirantes a soldados.

«Tal vez sea mejor así, mamá. ¡Que me lleven lejos de aquí! En este pueblo nunca seré más que un bastardo».

Ella siempre ha sido una mujer huraña, independiente. No ha querido casarse nada más por las convenciones sociales rigurosas de la época, por lo que sigue siendo soltera cuando sus compañeras ya tienen tres o cuatro bocas hambrientas que alimentar. No le veía el sentido a una vida obligada a cambiar pañales y a servir a un marido. Se pudo dar el lujo de no atarse a un esposo ya que sus padres la habían dejado acomodada en una casa propia y con una herencia, si bien no descomunal, sí holgada, cuando perecieron en un accidente automovilístico veinte años atrás. Su temprana muerte les ahorró la pena de ver a su hija cometer el error más garrafal de su vida: enamorarse de un hombre ajeno. El romance fue breve y tórrido, siempre al cobijo de la noche. No ha compartido el nombre del padre de Kurt con nadie y está determinada a llevárselo a la tumba. Es un nombre importante y pronunciarlo le acarrearía problemas no deseados. En cuanto el procreador supo del vástago, el romance clandestino se acabó y el amante se esfumó, no sin antes proferir amenazas y decirle «estúpida» por quedar preñada, como si fuera un acto de su sola responsabilidad.

Pudo esconder el embarazo por un tiempo, bajo ropa amplia, tapándose con abrigos y vestidos holgados. De cualquier manera, nunca ha sido una persona sociable; salía solamente para trabajar y

comprar comida. Mas su constitución de pocas carnes no colaboró más allá del sexto mes y pronto su estado indecente estuvo en boca de todas las chismosas del pueblo. El susurrar en las tiendas que frecuentaba fue insoportable. Pero orgullosa, mantuvo la cabeza en alto y, estoica, aguantó el ostracismo; ella sola contra el mundo, rebelde, haciendo frente a la injusticia, la estupidez y los constantes abusos. Perdió su empleo de estenógrafa en el ayuntamiento del pueblo cuando dio a luz a su hijo sin padre. Emplear a madres solteras era una mancha en la plantilla de cualquier patrón. Ese tipo de «mujeres perdidas» ponían en peligro la institución de la familia y a la sociedad en general. Pero Ella no precisaba del empleo como tal, sólo representaba un ingreso extra que le permitía vivir más cómoda. La herencia de sus padres incluía la casa, la tierra, los árboles frutales, la huerta y los animales que venían con ella. La proveía de carne y huevos en forma de puercos y gallinas, de fruta y vegetales en abundancia, así que de hambre no se morían ella y su vástago nacido fuera de matrimonio. Vendía la comida que le sobraba o la intercambiaba por otros artículos que necesitaba. En tiempos de guerra se sobrevive más fácilmente en ambientes rurales que en las ciudades.

Kurt era el retrato vivo de ese padre que jamás conocerá y que no merece tal apelativo. La misma mirada seria e intensa, la sonrisa apenas perceptible, la nariz fina y el porte impecable. La estatura bien puede ser culpa de los genes de su madre. Con un metro ochenta y cinco, pocos chicos del pueblo fueron candidatos para un posible noviazgo con Ella. Los pocos que sí daban el ancho los ahuyentó con su carácter. Cuando Kurt era más pequeño, preguntó alguna vez: «¿Mamá, por qué no tengo padre y todos los niños de mi salón sí? ¿Y qué es un bastardo?»

Estuvo tentada en ese entonces a fabricar algún cuento romántico

sobre un héroe que dejó la vida por su patria, pero las sensiblerías no eran lo suyo y los niños debían aprender la seriedad de la vida desde pequeños. Mecerlos en excusas sólo los convertiría en hombres blandos sin médula espinal. Además, los compañeros de la escuela eran crueles y seguro habían escuchado rumores de cualquier manera de sus padres.

Con voz autoritaria se dirigió a él en forma contundente:

—No vuelvas a preguntar por él. No fue buena persona. Nos abandonó y falleció.

Lo último no le constaba, pero en cualquier caso estaba muerto para ella. Kurt no volvió a indagar. Eran tiempos en los que los hijos obedecían.

Un movimiento que detecta con el rabillo del ojo la saca de sus pensamientos. Atisba al cartero pasar por el segundo ventanal de su sala de estar. Ruega porque no toque la puerta, en vano. Aguza el oído, pero no escucha más que el abrir y el cerrar de la puerta de la casa. Martín sabe lo que entrega y Kurt lo que recibe. Las palabras sobran.

Una semana después, está a punto de amanecer. Ella está sentada detrás del volante de su Volkswagen escarabajo. Una mujer que conduce es una rareza en los años cuarenta; un escándalo en su nativo Hötensleben. A Ella le tiene sin cuidado el alboroto; es una mujer adelantada a su época en todos los sentidos. La licencia de manejo no está restringida al género masculino, pero si una mujer la quiere tramitar, el esposo o el padre tienen que dar el consentimiento. Por suerte tenía un padre que era todo menos misógino y quiso darle a Ella todas las herramientas para valerse por sí sola. A veces no sabe si su padre era un genio que preveía sus necesidades o si él la convirtió en lo que ahora es: la conductora de ese vehículo y, sobre todo, de su propia vida.

Va acompañada por el único familiar que le queda en el mundo. Llevará a Kurt a la estación de tren de Hannover para tal vez mandarlo a la muerte. De por sí, no son dos individuos sociables a los que no les para la boca, pero hoy el silencio grita más fuerte de lo normal. Cada uno está ensimismado, evitando hacer aflorar emociones innecesarias que desbordarían el espacio reducido. La mirada de su hijo está perdida en la lejanía del paisaje primaveral alemán. Los campos de amapola a ambos lados de la carretera rural están en su máximo esplendor. El sol es una bola de fuego asomándose en toda su majestuosidad en el horizonte, y sus rayos bañan los prados carmesíes como una cobija dorada en una explosión de colores. Kurt cambiará esos paisajes por campos de batalla en Noruega, en los que se dispararán balas y explotarán bombas y lo único carmesí a la vista será la sangre de los combatientes. Por lo menos le tocó Noruega, considerado por los nazis como país de arios que debería ser parte del *Reich*.

El tren que espera en el andén de la estación de Hannover tiene como destino la ciudad de Hamburgo, desde donde los soldados se embarcarán en buques de guerra alemanes. Última parada: Lillehammer. Ella lo tuvo que buscar en el atlas: una pequeña ciudad situada en el interior de Noruega, al norte de Oslo, cerca de un cuerpo de agua.

El agua que sale en esos momentos de los lagrimales de las chicas que se están despidiendo de sus novios soldados amenaza con inundar el andén. Los uniformes verdes que se ven por doquiera están empapados a la altura del pecho o de los hombros; no hay ojos secos. Dicen que en los andenes, hospitales y aeropuertos se ven más lágrimas sinceras que en los funerales, y esa mañana parece más cierto que nunca. Las muchachas no saben cuándo volverán a ver a sus enamorados o si es que tendrán la fortuna de

abrazarlos de nuevo. Los soldados se embarcarán hacia lo desconocido, a lo incierto, con poco más que las pertenencias que llevan ahora sobre sus cuerpos y con nada más que una fotografía en blanco y negro de su amada en la bolsa interior de su uniforme. El papel fotográfico con la sonrisa radiante o tímida, según sea el caso, presionado contra sus pechos, les brindará consuelo en tiempos difíciles.

Kurt no tiene ninguna foto que lo alegrará cuando más lo necesite. Las chicas que conoce le parecen ridículas y no ha tenido un noviazgo serio. Ella le da un abrazo tosco y le desea buen viaje. A veces quisiera que su hijo no fuera tan solitario como su madre, sino que se divirtiera más. Pero el ejemplo arrastra. Le susurra al oído:

—Cuídate, hijo, aquí te espero sano y salvo.

Kurt le planta un beso en la mejilla justo cuando una lágrima solitaria se desliza por la misma y moja a Kurt, quien sonríe a pesar suyo. Sabe que su madre nunca admitiría tal cursilería, así que no la menciona.

—Busca compañía, mamá. No te quedes todo el tiempo sola pensando en el peligro mortal que atravieso. Hazle caso a Willy; no creas que no me doy cuenta de las miradas que te echa cuando nos cruzamos en el pueblo con él. Es un buen hombre y te puede hacer compañía.

—No digas sandeces, Kurt.

Si su hijo supiera que ya tuvieron una cita en un pueblo vecino, para que los locales no cayeran en el chisme, se espantaría. El bondadoso Willy, con la vista defectuosa, ha de ver algo más hermoso en ella de lo que realmente existe, pues está dispuesto a formar una familia con Ella a pesar de su situación. Perdió a su mujer a causa del tifus unos años atrás y ahora una vida familiar. A Ella se le escapa qué le atrae de su personalidad seca, pero le gusta

la atención de ese hombre sensible.

El megáfono del andén anuncia la inminente partida del tren a Hamburgo. Madre e hijo se enlazan en un último abrazo y Kurt sube los tres peldaños antes de que lo succione el tren hacia su interior. El silbido del encargado por poco perfora los tímpanos de los presentes y el ferrocarril se pone en marcha de forma lenta y laboriosa. Cientos de mujeres jóvenes en vestidos veraniegos se desatan los pañuelos de la cabeza, los ondean en el viento mientras corren al lado de los vagones intentando tocar por última vez la mano de su querido que se asoma por la ventana. Juramentos de amor eterno y peticiones de «no me olvides» resuenan entre el llanto desconsolado de las chicas y el eco de sus diminutos pero escandalosos tacones sobre el asfalto. Después sólo el humo despedido por la chimenea de la locomotora se desplaza en sentido contrario al movimiento del tren y persiste un momento más en el andén, como una ligera promesa de un pronto reencuentro. Cuando el vapor se esfuma, Ella emprende el camino a casa, sola, al igual que las incontables dueñas de los ojos rojos y del mar de lágrimas derramadas.

Capítulo III:

Querido soldado desconocido

Hannover, 9 de abril de 1940

Dora y Gúndula se acercan de puntillas a la casa, manteniéndose a una distancia segura para que no las vean, pero lo suficientemente cerca para escuchar las amenazas que ladra uno de los abrigos largos:

—Regresaremos, *Frau* Janzin. En algún momento su esposo estará en casa. De lo contrario, la llevaremos a usted.

Dora observa a su madre desde su escondite. Agitada, pero sin duda en control de la situación, les echa miradas desafiantes a los policías que están subiéndose a su automóvil. Su madre es una mujer fuerte en todos los sentidos, y si bien no siempre la obedece en todo, la admira por su entereza. Su segundo matrimonio con Georg, contraído más por necesidad que por amor, agregó paulatinamente a la familia tres medios hermanos y, dada la multitud en el hogar y los tiempos de guerra, se las ven negras la mayoría del tiempo. Sabe que su madre lo quiere, pero también ha escuchado de su gran amor por ese legendario padre que no recuerda. Sólo Ellie le platica de vez en cuando algún recuerdo lejano que guarda como un tesoro.

—Mamá, ¿estás bien?

No recibe respuesta. La mirada preocupada de su madre está perdida en el horizonte, en la dirección en la que se ha alejado el coche negro. Dora la toma de la mano helada y jala de ella para hacer que regrese a la casa.

—Estás prácticamente congelada, mamá, métete ya. Ven, te preparo un té para que entres en calor.

En ese momento reparan en la presencia de Gúndula, quien se ha quedado parada a unos metros, observando la interacción entre madre e hija.

—Sí, un té, gracias, Dorita. Ven, Gúndel, acompáñanos un rato. Le hará bien a Dora para digerir el susto.

Todavía hay té y café. Un año después no invitarán a ninguna amiga a tomar el té. Pero aún no se ha racionado. Eso sí, lo toman sin azúcar. Ésta, junto con pastas, leguminosas, arroz, sémola de trigo y maíz, harina, productos de avena y cebada, mantequilla, grasas y aceites comestibles se encuentran restringidos fuertemente desde finales de 1939. Por eso Dora anhela el sabor dulce del caramelo en su bolsa, tanto que quisiera que Gúndula se fuera de una vez, pero la compañía de su mejor amiga también le brinda consuelo.

—Seguiré lavando la ropa para entregarla mañana. Las dejo para que platiquen de sus cosas.

Les guiña a las jovencitas, pero su rostro exuda cansancio. Dora toma nota de ayudarle en cuanto se vaya Gúndula.

—Ya ni te platiqué, Dora, por mi propia tristeza y el susto que nos provocó la policía. ¿Recuerdas que estoy en la Asociación de Muchachas Alemanas¹?

—«Convertiremos a las muchachas en mujeres fuertes y valientes, en compañeras dignas de los soldados, para que más adelante vivan nuestra cosmovisión nacionalsocialista en sus familias como mujeres y madres de una nueva generación de dureza y orgullo».

—Búrlate todo lo que quieras aquí adentro, pero que no te escuchen afuera. Y si tu madre no te mete pronto en la Asociación de Chicas Jóvenes², no tardarán en buscarte también a ti.

—Por suerte para mi edad aún no es obligatorio.

—Pero es sospechoso. Más con el historial de tu padrastro. Como sea, en nuestra última reunión nos animaron a escribir cartas a los soldados que se encuentran en el frente, sobre todo a los solteros, ya que no reciben cartas de sus novias o esposas que los motiven a seguir luchando por nuestra patria.

—¿No estarás ocupada escribiéndole a tu querido Horst?

—Por supuesto que lo inundaré con mis cartas. Por eso pretendo que Elfriede y tú participen en esa acción. Para que dejen de ser unas tristes quedadas y le alegren la vida a dos soldados que no tienen a nadie. Cierra los ojos.

—No cerraré los ojos, ¿para qué, Gúndel?

—Compláceme. Haremos un ejercicio de empatía.

Dora gruñe, pero obedece.

—Imagínalos: el fuego de artillería durante horas interminables, los ataques con gas venenoso, días enteros escondidos en trincheras y cavernas, el frío, las heridas, la sangre de los compañeros muertos, la violencia, el hambre, la suciedad y los piojos. Y tú aquí en tu casa caliente con un té humeante. ¿No te avergüenza?

Las imágenes comienzan a calar en la mente impresionable de Dora.

—¿Qué tengo que hacer?

—Esta noche, comienza a escribir una carta. Dirígela a un «soldado desconocido». Pláticale de tu día para transmitirle un sentido de la cotidianidad desde la patria. Infúndele ánimos para que siga luchando por nuestro país. Elógialo, hazlo sentir bien. Agradécele todo lo que hace por nosotras. La semana que entra recolectarán las cartas en la reunión de la asociación y las enviarán. Lo más probable es que vayan a dirigirlos a los muchachos que pronto partirán a Noruega; destinarán un contingente grande en mayo desde los

municipios pertenecientes al distrito militar de Hannover.

—Está bien, comienzo en la noche, después de ayudarle a mamá.

Gúndula le planta un beso sonado en la mejilla para despedirse.

—Échale ganas a la carta, es una enorme responsabilidad. Y dile a Elfriede. Con un poco de suerte encuentra a un marido.

Ambas se carcajean, sabiendo la probable reacción de la hermana mayor de Dora.

—Recojo la carta el domingo. Tienes dos días.

Dos horas después, Dora está sentada a la mesa destartalada de su cuarto que le sirve de escritorio para sus tareas de la escuela, armada con su pluma fuente y varias hojas en blanco. No tiene idea de cómo comenzar. Las páginas vacías parecen burlarse de ella. Vuelve a cerrar los ojos para repetir el ejercicio de empatía de Gúndula. Su imaginación fructífera comienza a tejer lazos a través del tiempo y el espacio con aquel ser extraño quien sufre una situación inimaginable. Lo visualiza encorvado y tiritando en el barro frío, con el estómago rugiendo, rezando por un trozo de pan y llorando en silencio por su hogar cálido.

«Querido soldado desconocido:

Ni siquiera sé cómo se llame o cómo se ve, pero estoy segura de que es muy difícil estar en ese lugar desde donde está usted defendiendo nuestro país. Me la paso escuchando la radio esperando las noticias desde los diversos frentes para informarme sobre lo que pasa en la guerra. Nunca olvido a los valientes soldados que pasan penurias inconcebibles con tal de defender nuestra querida patria. Me llamo Dora. Vivo en Hannover y tengo cuatro hermanos. Curso octavo grado y tengo trece años. Cuando sea grande, seré la

cocinera más famosa de toda Alemania. Y usted, ¿a qué pretende dedicarse después de esta guerra que estoy segura terminará pronto? O al menos eso deseo, para que pueda regresar sano y salvo a su hogar con sus seres queridos. ¿Cuáles son sus sueños?

Si tiene oportunidad de contestarme, le estaré agradecida, pero si no puede, no se preocupe. Gracias por todo lo que hace por mí, por todos los que nos quedamos atrás, por mantenernos seguros.

Le mando un cálido abrazo.

Dora».

«¿Será demasiado lo del "cálido abrazo"?». Dora está indecisa. No quisiera parecer atrevida, pero no logra sacudir la imagen del soldado pasando frío y quisiera aliviar su sufrimiento un poco, aunque sea. El cansancio la comienza a vencer. Decide dejar reposar la carta y volver a revisarla el día siguiente. A pesar del agotamiento, tiene dificultades para conciliar el sueño y una vez que lo logra, es inquieto; en vez de relajarse, continúa dando vueltas a las cosas y preocupándose por aquel soldado que nunca ha visto. Decide mandarle la golosina guardada en su abrigo para endulzarle por un minuto la miserable existencia.

Capítulo IV:

La majestuosidad de Noruega

Oslo, 28 de mayo de 1940

«Querida madre:

No hay palabras terrenales para describir ni remotamente la majestuosidad de este país. Sus paisajes y abrumadoras maravillas naturales me tienen pasmado; es como ver una postal tras otra. Fiordos infinitos, valles de gran profundidad ocupados por las aguas del mar, ambos armonizados con portentosas montañas y bosques espesos para robarle el aliento a cualquiera.

Discúlpame por mis desvaríos, madre. Has de estar con el Jesús en la boca. Estoy seguro de que tu principal preocupación es por mi bienestar y saber las peripecias de mi viaje.

El trayecto en tren de Hannover a Hamburgo me pareció eterno. Avanzábamos un kilómetro y parábamos durante horas por el mal estado de las vías de tren. Lo que en tiempos normales hubiera durado unas pocas horas, nos tomó días enteros en recorrer. Dormíamos más mal que bien a bordo, arrullados por las vibraciones de los vagones sobre los rieles, sólo para que el sueño inquieto fuera interrumpido de forma despiadada ante el siguiente obstáculo. El suministro de víveres ante las dificultades inesperadas no fue tan constante como el hambre, nuestro acompañante más fiel en esta guerra. Menos mal que aún era mayo, o de lo contrario el frío hubiera sido otra variante en las noches pasadas en los vagones.

Cuando por fin arribamos a Hamburgo, nos hicieron esperar otros tres días para zarpar hacia Oslo. Laboriosamente con grúas subieron

a bordo todo el equipamiento necesario para nuestro servicio en tierras ocupadas. La espera me mataba, la incertidumbre de lo venidero me carcomía más que cualquier enfrentamiento temible. No saber qué me esperaba resultó peor que cualquier realidad por cruel que pudiera ser. Impaciente, cual tigre enjaulado, me paseaba de acá para allá, observando el ajetreo de las maniobras en el carguero convertido en buque de transporte por la *Wehrmacht*³.

Las escenas de despedida son idénticas a aquellas que presenciamos en el andén de la estación de tren de Hannover, ¿recuerdas? Aquí las lágrimas de las muchachas y madres parecen hacer subir el nivel del mar. ¡Cuántos amores estarán separados por esta guerra sin la certeza de volverse a besar y abrazar! ¡Cuántos niños pequeños se quedarán sin padre en una etapa crucial de su desarrollo y con la posibilidad de convertirse en huérfanos! Por un lado, agradezco no dejar atrás una novia o una esposa, porque me mataría extrañarla durante esos días eternos lejos de casa. Por otra parte les envidio a mis compañeros los retratos desgastados de sus amadas que retiran de vez en cuando de las bolsas de sus camisas para besarlas. Les dan un motivo para regresar sanos y salvos, de sobrevivir lo que venga; les proveen un norte en esta locura. No me malinterpretes si digo que en mi caso solo tú me esperarás, no es que no te quiera como todos los hijos adoran a sus madres, pero sé que eres una mujer fuerte, independiente y capaz y que sobrevivirías perfectamente bien sin mi protección.

Por fin nos dieron permiso de embarcar y emprendimos la travesía en convoy con varios otros buques, pasando primero las costas danesas y luego las suecas. Por precaución nos hicieron portar chalecos salvavidas debido a la posibilidad de que algún submarino enemigo pudiera acercarse a nuestra caravana para torpedearnos. Nos acompañaron algunos destructores para salvaguardar nuestro

paso por aguas peligrosas. Sin embargo, logramos llegar sin incidentes —apartando los mareos de algunos compañeros— al impresionante fiordo de Oslo. Arribamos al caer la noche; nos adentramos en el sol poniente. El cielo estaba teñido de un rojo intenso que se reflejaba por doquier en el agua. Escucho tus pensamientos al leer estas líneas: “Este soñador está empezando a divagar de nuevo sobre cosas románticas”. Te ahorraré mis descripciones esta vez. De veras no sé a quién le saco esas sensiblerías. Definitivamente no a ti.

Desde el barco, entrando al fiordo, pude apreciar la silueta de Oslo, destacando entre todos los edificios el ayuntamiento. Si consideramos que este es mi primer viaje al extranjero, más que un soldado me sentí un turista excitado que explora territorio desconocido. Y así fueron los primeros días en la capital noruega. Nos permitieron unos agradables ratos para aclimatarnos, disfrutar de la temperatura casi veraniega y echar la flojera en la playa. Ernst y Rudolph se volvieron mis amigos, parecemos muéganos. Al igual que yo son solteros, pero ambos se han enamorado de la misma chica en casa antes de partir. Son de Schöningen e iban a la misma universidad. No paran de hablar de una tal Luisa, pero me parece que ella no les hacía caso a ninguno de ellos. Se pelean por nada. Este periodo nos confirió la ilusión de que el tiempo de ocupación sería menos severo de lo esperado. Sabíamos que nos tocaría más suerte que en el frente ruso, pero no me esperaba sentirme en un paraíso vacacional. No sabía que muy pronto estallaría aquella burbuja.

Ayer trasladaron todo el equipamiento y los vehículos del barco a un tren y nos pusimos en marcha, rumbo a Lillehammer. Allí sólo me quedaré unos días antes de seguir a Trondheim, donde estaré estacionado de forma permanente. Tras tan sólo media hora de

viaje, cuando todos se habían acomodado en sus asientos y estaban a punto de adormilarse, sentimos de repente una especie de vibración recorriendo los vagones antes de ser disparados con violencia contra las ventanas y paredes. El tren se detuvo en seco, mis oídos silbaron y no logré escuchar nada. Me levanté, al parecer ileso, y seguí a otros compañeros que estaban intentando abrir la puerta del vagón. Una vez afuera, no pudimos dar crédito a nuestros ojos: los primeros vagones estaban en llamas, descarrilados. Varios soldados rodaban en el campo aledaño para apagar las llamas que estaban comiendo sus cuerpos vivos. Otros estaban corrieron como pollos sin cabeza, mientras que varios apenas se arrastraban, con extremidades amputadas y chorros de sangre emanando por doquier. La pérdida de sangre provocada por la hemorragia masiva derivó en shock. Donde antes un puente cruzaba el desfiladero, había un vacío bostezante.

No entendí nada, mi cuerpo no me obedecía. Me quedé parado, mirando fijamente los sucesos a mi alrededor como si observara una película en el cine, como un espectador ajeno. El resto del día pasó como en una bruma. Nos trasladaron a todos en camiones y proseguimos el viaje con menos compañeros y con los ánimos por los suelos. Mamá, no estoy hecho para esto. No sé si podré sobrevivir si se pone aún peor. No me siento en condiciones de seguir escribiendo en este momento. Es tan absurdo. ¿A qué vinimos? ¿Sólo a destruir este magnífico país y arrebatrar vidas sin sentido?

Te quiero y desearía estar en casa.

Te abraza tu Kurt».

Capítulo V:

Sin respuesta ni pastel

Hannover, 11 de junio de 1940

—¡Hansi, Hansi, espera!

Dora grita al cartero cuando ve su torso y su gorra pasando por la ventana de la sala. La incertidumbre la carcome. Cuando se da cuenta de que el cartero no la escucha, abre la ventana.

—Hansi, Hansi, regresa.

El hombre obedece, pero se muestra impaciente.

—Dorita, no estoy jugando. Ser cartero en tiempos de guerra es una enorme responsabilidad. No eres la única que manda correspondencia y quiere recibir una contestación. La respuesta es no, no tengo esa carta tan anhelada que estás esperando.

La decepción está escrita con mayúsculas en los ojos tristes de Dora, quien, resignada, se encoge visiblemente detrás del vidrio.

—Van casi dos meses desde que envié la carta. Tal vez nadie me quiera contestar y no habrá respuesta. Gracias por detenerte.

—Ánimo, pequeña. El servicio postal se ve afectado por las carreteras que están en muy malas condiciones, los caminos largos, los bombardeos y la escasez de gasolina para fines no militares. Además, se les exhorta a los soldados y sus allegados a usar el correo de campo, ya que el servicio postal tradicional puede ser interceptado por el enemigo. Por si fuera poco, no es sólo el camino de ida, sino el redactar una carta, lo que a cualquier soldado le puede costar un esfuerzo sobrehumano cuando está privado de sueño y alimento, y después que ésta encuentre el camino hacia ti.

No es fácil ahora.

El rostro de Dora se relaja levemente y adopta un semblante más sereno.

—Tienes razón, seré paciente.

—Verás que el día menos pensado tendrás tu respuesta. Mientras, échale ganas a la escuela y ayúdale a tu mamá en casa. Seguro ya escuchaste las buenas noticias. El rey Haakon VII de Noruega se exilió a Londres y declaró la rendición de Noruega anteayer. Estoy seguro de que con esto la situación en el norte se tranquilizará, y pronto alguien tendrá suficiente tiempo de contestarte.

—Espero que así sea. Oye, Hansi, ¿te puedo preguntar algo? ¿Sin que te ofendas?

—¿Sin que me ofenda? ¿Qué será? Dime, Dora.

—Tú, ¿por qué no estás en la guerra? ¿Porque a unos se los llevaron y a otros no? No eres tan viejo, bueno, sí, pero no tanto.

—No me ofendo cuando me ven más joven de lo que parezco. Menos mal que aún no luzco demasiado acabado para que una damita de trece me diga que no me veo tan viejo. Tengo cuarenta y un años, Dorita. Ahora llamaron a filas todos los varones aptos mayores de edad que nacieron de 1910 en adelante. Yo soy del 1899, aunque no me lo creas.

—Eres traga años, Hansi.

En realidad, Dora no lo cree así: sólo lo adula para obtener información. Entonces si alguien le llegara a contestar su carta, tendría máximo treinta años. Aun así, sería una diferencia de edad enorme.

—Y ustedes dos, ¿qué traen?

El rostro ceñudo de Elfriede, o Ellie, como la llaman de cariño, se asoma desde la ventana vecina. Dora se da la vuelta para abrazarla y darle un beso tronado en la mejilla.

—Hermanita, ya despertaste. ¡Feliz cumpleaños! Dieciséis años, eres toda una señorita. ¿Qué se siente?

—Gracias, Dorita. Tú siempre tan efusiva.

Le cuesta a la primogénita liberarse de la muestra de cariño. ¿A quién le habrá salido tan cariñosa su hermana menor? Le romperán el corazón en mil pedazos con su manera de ser. Elfriede es más estoica. Su capacidad de controlar sus sentimientos y emociones le ha ayudado a mantenerse fuerte y ecuánime ante cualquier desgracia, como la pérdida de su padre. Pero también la vuelve inmune a la alegría. A veces envidia a su hermana pequeña, quien ve el mundo con ojos de amor y no deja de asombrarse ante lo bello de la vida.

—Es tu día. Disfrútalo. Ya que es tu cumpleaños, no te reprimas tanto, Ellie. La vida es bella.

—¿Qué tiene de bella si estamos en guerra? ¿Si perdimos a papá? Tantos hombres dejando sus vidas en los frentes de batalla y las que nos quedamos atrás debemos esperar con los brazos cruzados. No tendré ni siquiera mi pastel de chocolate para endulzarme el día, para olvidar mis penas por un momento. ¿Qué hay de bello? Eres una soñadora, hermanita, una idealista.

Con esas palabras se da media vuelta y realiza una salida teatral. Dora y Hansi se quedan viendo por unos segundos antes de encogerse de hombros y desearse un buen resto del día. Ellie los dejó sin habla, lo que es difícil en ellos dos.

«Le daría el dulce de la tienda a Ellie, pero se lo mandé a un completo desconocido dentro del sobre». Cabizbaja, se avergüenza de su comportamiento poco sororo.

Mamá hace circo y maroma por darle a Ellie un cumpleaños «normal», pero su pastel desabrido de harina de papa no logra ganarse la aprobación de su primogénita. Los ánimos en la casa

Janzin andan por los suelos. Hasta los pequeños medios hermanos andan calladitos; cada uno juega por su lado. Reina una especie de calma antes de la tormenta, como si supieran que algo serio se avecina.

Al caer la noche, todos están pacíficamente acostados en sus camas. Ellie trae una lágrima en la comisura del ojo, pero se susurra a sí misma: «Contrólate».

Cuando Dora la empuja en la madrugada para refugiarse en su cama, Ellie aguza el oído y repara en los estruendos que se escuchan.

—Hazme un espacio, Ellie, me da miedo la tormenta.

Justo cuando se acomodan para acurrucarse en la angosta cama, los gritos desesperados y de pánico de su madre se escuchan en el pasillo:

—¡Afuera, afuera, son aviones! ¡Nos están atacando!

La alarma suena demasiado tarde. A pesar de un incidente serio en mayo —durante la víspera del día de las madres— cuando los británicos atacaron una refinería y dejaron casi doscientos cincuenta ciudadanos sin vida, Hannover aún no está acostumbrada a los ataques aéreos. Los truenos son incesantes.

Capítulo VI:

Querida Dora

Trondheim, 27 de junio de 1940

«Querida Dora:

Ayer recibí tu carta. Me atrevo a tutearte por tu tierna edad, y porque siento que ya nos conocemos. Espero que no te sientas ofendida. Sé que la carta no fue precisamente dirigida a mí, pero tenía que ser mía. Cuando nos comunicaron que nos habían escrito unas muchachas alemanas para levantarnos el ánimo, pensamos en cómo asignarlas de la mejor manera entre los chicos solteros del grupo. No quisimos dejárselo a la casualidad. Decidimos comparar las letras con las nuestras y terminamos distribuyendo las cartas por letras parecidas. Así tus líneas llegaron a mis manos, Dora. Por tener una letra igual de infantil como la mía. No sé si sea un cumplido, pero algo tenemos en común, y espero que no sea lo único.

Por la fecha deduzco que la carta estuvo mucho tiempo de viaje hasta llegar a su destino. Espero no sonar cursi, pero tus palabras fueron un rayo de sol inocente que logró penetrar en mi oscuridad. No te aburriré con detalles, pero mis primeros meses en este país de majestuosa belleza fueron plagados de tragedias y no encontraba salida a mis pensamientos sombríos. Tus frases movieron algo dentro de mí, por lo que nunca podré agradecerte lo suficiente. Exudan normalidad, lo que dentro de la locura de los últimos meses es algo que anhelo profundamente.

Pero ¿en qué momento perdí mis buenos modales? Me presento: soy Kurt, tengo dieciocho años, hijo único de madre soltera —mis

compañeros de salón prefirieron el término “bastardo”—, y tu carta llegó hasta Trondheim, una ciudad pequeña y pintoresca en el centro de Noruega. Por razones obvias no puedo revelarte mucho sobre mis actividades aquí, pero por suerte no son demasiado pesadas. Tengo suficiente tiempo libre y lo uso para caminar por los alrededores, a veces solo, otras veces con los compañeros. Se nos dificulta el contacto con los locales; su idioma es complicado—incomprensible al oído, aunque bastante fácil de leer al tener raíces germanas—. A veces frecuentamos algún café, el cine y las tiendas. La población se comporta hostil hacia nosotros, los soldados; sólo si se trata de conseguir tabaco y aguardiente nos aseguran su amistad eterna e inquebrantable.

Me preguntaste por mis sueños: quiero ser arquitecto o ingeniero civil, pero en estos momentos parece un sueño tan lejano e inalcanzable, como si fuera el de otra persona o de otra vida. Lo que anhelamos en tiempos de paz parece tan absurdo en la guerra. En este momento sueño con que ésta se acabe y que todos regresemos a casa con vida; que podamos abrazar de nuevo a nuestros seres queridos. Que ninguna madre más tenga que verter lágrimas en la tumba de su hijo. Sólo eso. Y una comida casera de mi madre, aunque sé que sufren más privaciones por alimentos allá que nosotros aquí. Se trata más de sentir que le importo a alguien. Por cierto, me gusta comer, así que cuando seas esa cocinera famosa, quiero probar todo lo que prepares. Veo que no vivimos tan lejos. Ojalá cuando todo esto termine, podamos coincidir y conocernos.

Te anoto a continuación mi número de correo de campo si decides volverme a escribir, y si es que no te espanté con mi esencia. Si lo escribes en el sobre, tu respuesta me llegará más rápido. Ojalá vuelva a recibir noticias tuyas. Cuéntame todo sobre tu vida: tu familia, tus ocupaciones diarias, no importa que sean detalles que

consideres superfluos. Quiero normalidad.

Gracias por el abrazo cálido, te envío otro de regreso.

Con afecto, Kurt».

P. D.: Un caramelo con pelusa estuvo pegado al interior del sobre. Supongo que el soldado que reparte el correo, me jugó una broma.

Lo que no le cuenta en la carta a Dora, se lo confía a Ernst y Rudolph en la noche. Sentados detrás de la cabaña de madera que comparten los tres, fuman en silencio, cada uno ensimismado escuchando el rugido del río de la montaña que pasa por debajo de ellos. Miles de troncos de árboles se precipitan valle abajo a través de sus rápidos. El sol del atardecer aún brilla sobre los picos de las montañas, pero en el valle las sombras se extienden y el frescor sopla cuesta arriba. Ya no anochece más. Allí en verano siempre hay luz, aun en la noche.

Kurt rompe el silencio:

—Chicos, tengo que confesarles algo. No me enorgullece, pero tengo que desahogarme.

—¿Qué hiciste, amigo?

Sus compañeros son todo oídos; los chismes rompen la monotonía y no se desprecian.

—¿Se acuerdan de las chicas rubias que se nos acercaron el otro día en el centro de la ciudad?

—Las putas.

—No las llames así, Ernst. Sabes que son víctimas de las circunstancias. —Si algo le había enseñado su madre, era a respetar a las mujeres—. Como sea, una de ellas me rogó desesperada por unos cigarros para venderlos o, en su defecto, por algo para comer.

Hablaba un poco de inglés. Dijo que se llamaba Anni y que había llegado a Trondheim desde el campo en busca de un empleo, y así mantener a su madre y sus hermanos. Su padre falleció. Dejó la escuela hace unos años. Su familia es pobre de por sí y ahora se ve doblemente afectada por el racionamiento. Estaba tan flaca y yo tan borracho después de nuestra salida. Se me insinuó a cambio de los cigarros y si mal no recuerdo sucumbí. Por lo menos desperté desnudo al amanecer en su inmundo cuarto y me escapé a hurtadillas.

—No eres el único que ha despertado así, Kurt. ¿Qué es lo que te pesa? Ni novia tienes. Diviértete. Eso sí, a ver si no te pegó algo y en unos días se te cae tu hombría.

Ernst y Rudolph estallan en carcajadas.

—Yo llevo tres noruegas. Son bonitas. Y no es que las obligamos, se nos vienen encima. No te sientas mal, Kurt.

—Lo sé, pero ¿no sienten que nos aprovechamos de su situación?

—En las guerras, cada uno sobrevive como puede, Kurt.

Capítulo VII:

Madurar de golpe

Hannover, 30 de julio de 1940

Repetidos golpes violentos a la puerta sacan a Elfriede, Dora y su madre de sueños intranquilos.

—Iré a ver qué pasa. ¡Quédate con mamá!

—Voy contigo, no te dejaré abrir sola.

Su madre aún no puede caminar a más de un mes del ataque aéreo británico. Sus hijos se turnan para cuidarla en el día, supliéndola con el lavado de la ropa y el cuidado de los pequeños medios hermanos. Tuvieron que madurar más deprisa en esas semanas. Dora ha abandonado la escuela. La escasez y el hambre son sus compañeros más fieles esos días.

Ellie y Dora se acercan sigilosamente a la puerta. Los golpes cesaron y el silencio sepulcral les para los vellos de la nuca. Con mucho cuidado y el pulso del corazón en sus sienes, abren. Un bulto ensangrentado yace en la acera, inmóvil. Las muchachas miran alrededor suyo, pero no hay nadie más, sólo ellas, la oscuridad y el cuerpo sin identificar. Se asoman para determinar si está muerto o vivo cuando una mano se estira hacia ellas y les saca el susto de sus vidas.

—Dorita, Ellie, soy yo.

El susurro del bulto apenas se alcanza a escuchar, pero es suficiente para que las muchachas reconozcan a su padrastro. Dora es la primera en proferir el grito:

—¡Papá! ¿Qué te han hecho?

De las dos, es la más cercana a él. Elfriede nunca lo ha llamado papá, recuerda demasiado al suyo y se ha mantenido lejos de Georg. Guarda un leve rencor con su madre por haberse casado de nuevo tan pronto, pero también entiende que son tiempos difíciles para una madre soltera. Aunque Georg con su activismo tal vez les haya causado más problemas que aliviado sus penas.

Entre las dos apenas logran arrastrarlo adentro de la casa. Como pueden, lo limpian y lo acuestan en la sala que queda más cerca de la entrada. Ignoran los gritos desesperados de su madre, quien impaciente demanda saber qué está pasando.

—¿Qué le decimos?

—«Nada» no es opción; escuchó los gritos y el ajetreo. Si le decimos la verdad, se tira por las escaleras y jamás se recuperará.

Elfriede sube las escaleras para darle noticias a su madre.

—Mamá, regresó Georg a casa, pero se le han pasado las copas. Está prácticamente inconsciente. Lo acostamos en el cuarto de abajo y nada ni nadie lo despertará ahora. Mañana lo regañarás.

Su expresión cambia de preocupación e incertidumbre a enfado.

—Válgame, ahora aparte de desaparecer cada par de semanas, se entregó a la bebida. Mañana me escuchará el infeliz.

Cuando Georg a la mañana siguiente sube adolorido y con la cara magullada e hinchada, casi irreconocible, supo que el alcohol no tenía nada que ver con lo ocurrido. Tras unas muestras cuidadosas de cariño y ponerse al corriente de sus respectivos infortunios, Georg se dirige a su esposa, pensativo:

—Dora, me tendré que esconder en alguna parte, de lo contrario, la siguiente vez me terminarán matando.

—¿Sabes que hace unas semanas te buscaron y amenazaron con llevarnos a nosotras si no te entregas? ¿Alguna vez te pones a pensar en todos nosotros dentro de tu idealismo? Nuestros hijos a duras penas comen. No puedo trabajar. Dora y Ellie están asumiendo el rol de proveedoras de la familia. Apenas logramos sobrevivir.

—Mujer, por supuesto que entiendo. ¿Por qué crees que persigo esta lucha? Para acabar con esta locura. Estamos haciendo todo por sabotear sus operaciones. ¿No lo puedes ver?

Resignada, asiente. Sí entiende, y se casó con él precisamente por su entusiasmo, por su negación de colaborar con el régimen, por su entrega total a la resistencia, pero tiene que ser práctica. Cinco hijos hambrientos no quieren saber de grandes causas heroicas, desean comer y lloran si se quedan con el estómago vacío.

Dos semanas después, al convalecer por completo, vuelve a sus andanzas y desaparece una vez más de sus vidas.

Cuando Hansi llega con una carta oficial días después, Dora, quien lo había visto llegar desde la ventana de la sala, corre a su encuentro, brincando como un joven potro juguetero y el rostro encendido de la anticipación. Se detiene en seco cuando ve la expresión seria del cartero. Éste le pide que mande llamar a su señora madre, al fin y al cabo, un cartero debe portarse a la altura con un comportamiento impecable dadas las circunstancias.

Con paso lento e inseguro, tanto por sus heridas aún latentes como por la intuición de que no le esperan noticias agradables, se acerca a la puerta, como si pudiera evitar lo inevitable. Hansi le entrega la misiva oficial y ella lo acepta con mano trémula y la mirada incrédula.

—Lo siento, señora Janzin. Quisiera ser el portador de noticias positivas, pero en esta ocasión no me es posible. Mi más sentido pésame.

Se queda en el marco de la puerta para observar como la señora de la casa lee las escasas líneas del telegrama con expresión estoica, mientras una lágrima corre por su mejilla, misma que se borra impacientemente con el dorso de la mano, como si no estuviera permitido llorar. Dora le echa un vistazo al papel y abraza a su madre con fuerza en un intento por consolarla. Como versión oficial de su fallecimiento se indica: «accidente en motocicleta», pero ambas saben que es un eufemismo. No puede creer que acaba de perder a la única figura paterna que recuerda, a su cómplice con el que escuchaba radio BBC, a ese ser heroico que admiraba sin poder admitirlo en público.

Hansi se retira apenas perceptible, no sin antes dejar otro sobre en el pequeño mueble al lado de la puerta. «Ya lo verán después».

Capítulo VIII:

Manos de lavandera

Hannover, 14 de octubre de 1940

«Querido Kurt:

Por fin tengo un nombre para la cara anónima que intenté imaginarme durante tantas noches en vela. Se me quiere caer la cara de vergüenza, porque tu carta llevaba casi dos meses tirada detrás de un mueble en la entrada de mi casa. En una limpieza profunda la encontramos hoy toda empolvada y olvidada, prensada entre la madera y la pared; sus hermosas palabras un secreto bien guardado.

Cuando el cartero del barrio dio su vuelta, lo interrogamos y nos confesó que la había dejado en agosto, cuando recibimos noticias devastadoras del fallecimiento de mi padrastro y no quiso interrumpir el momento de impacto emocional con nimiedades. Esa “nimiedad” me hubiera aliviado las penas que sentí en ese entonces y aún sufro por haber perdido a ese padre cómplice al que admiraba tanto. Discúlpame, por favor, espero que no hayas pasado esas semanas pensando que no te quise escribir, como yo, que tantas veces corrí esperanzada a la calle con la ilusión de recibir una carta tuya.

Por supuesto me puedes tutear; me sentiría vieja si me trataras de usted. Como ya te habrás dado cuenta, me tomo la misma libertad. Con mi primera carta no sabía quién la recibiría y no quise parecer una niña igualada.

Encontrar tu carta me dibujó una sonrisa en la cara, la primera en

muchas semanas. Hizo que temblaran mis manos, las mismas que ahora te dedican estas líneas con su letra infantil, como dices. Están resecas y agrietadas de tanto lavar ajeno. Abandoné la escuela para ayudarle a mi madre a que nuestra numerosa familia pueda subsistir. En un ataque aéreo mi madre se lesionó seriamente y apenas se recuperó por completo. Nada más quedamos seis: mi madre, de nombre Dora, como yo —o más bien, yo como ella—, mi hermana mayor, Elfriede —dieciséis años—, y los tres pequeños, Anna, Günther y Heinz —de ocho, seis y tres años, respectivamente—. Elfriede y yo somos hijas del primer esposo de mi mamá, Otto. Ella lo amaba con toda el alma, pero falleció trabajando en una mina cuando yo apenas tenía dos años. Me entristece no tener ningún recuerdo de él. Georg llegó a nuestras vidas dos años más tarde: un matrimonio más por conveniencia que por amor, pero fue un buen padre para mí. Los pequeños son sus hijos, mis medios hermanos estrictamente hablando, y Ellie insiste en llamarlos así, pero yo no hago distinción. Era demasiado bebé cuando llegó Georg y todo se dio de forma natural para mí.

Dices que quieres normalidad. No sé qué significa esa palabra. Toda la vida “normal” como la conocemos ha desaparecido. Sustituí la escuela y una niñez despreocupada por manos ásperas de lavandera y el miedo constante de ataques aéreos. Tú cambiaste el compás y la regla del arquitecto por tu uniforme y una escopeta. ¿Alguna vez podremos regresar a nuestras vidas normales, o nos parecerán distantes y absurdas?

Un abrazo. Dora».

Pensativa, Dora lame el sobre para sellar la carta. Cuando está a

punto de anotar el número de correo de campo de Kurt en el sobre, la distrae un gemido violento cuya procedencia no logra identificar. Aguza el oído; allí está de nuevo. ¿Ahora qué estará pasando? Sale al pasillo y el ruido se intensifica conforme se acerca al baño. Toca en la puerta, pero la voz de su madre es tajante:

—No en ...

Sus palabras son interrumpidas por un vómito tan aparatoso que a Dora le provoca arcadas. Abre la puerta y su madre, exhausta del esfuerzo y con la cara verde, voltea a verla con expresión de espanto.

—Mamá, dime que no es cierto.

Capítulo IX:

Gratulerer med dagen

Trondheim, 22 de noviembre de 1940

«Mi querida Dora:

No mentiré, las semanas se me hicieron eternas. Pero no debe darte vergüenza. Lo importante es que tú estés bien dentro de los infortunios que me compartes. Te agradezco la confianza que me regalas; significa tanto para mí.

Si te sirve de consuelo: yo no tuve la fortuna de conocer a mi padre. Tal vez debería decir la suerte; mi madre se envuelve en un silencio misterioso cuando toco el tema y me tiene tajantemente prohibido indagar. Sólo puedo hacer mis propias elucubraciones al respecto. Hay días que la incertidumbre me carcome: ¿nunca me quiso conocer? ¿O me conoció y aun así me rechazó? ¿Está muerto o vive una vida feliz en alguna parte de este mundo ignorando mi existencia? ¿Seré el vivo retrato de alguien más? ¿Acaso tendré hermanos o hermanas? Estas preguntas o las posibles respuestas a las mismas me han deparado mucha inseguridad a través de los años. Me han convertido en un joven ensimismado que rumia los asuntos más nimios. Por lo menos tú sabes quién es tu padre y que te quiso, aunque no lo recuerdes. Es más, tuviste a otra figura paterna para quien la cuestión de la sangre fue secundaria; te quiso por quién eres. ¿Qué no daría yo por tener a una persona así en mi vida?

Me duele sobremanera saber que tu familia y tú estén pasando semejantes penurias y que has tenido que abandonar la escuela por

ayudar con los gastos. Aquí en Trondheim aún tengo acceso ilimitado a alimentos que en Alemania ya están racionados, incluso a precios más bajos. Digo aún, porque se escuchan rumores de que las provisiones se están acabando y que también se implementará un sistema de racionamiento pronto, si bien menos estricto que el que experimentan ustedes. Le he mandado muchos artículos imposibles de adquirir en el *Reich* a mi madre, quien por suerte financieramente no se ve demasiado en aprietos y puede, en gran parte, autosostenerse con sus animales y el huerto. Esta carta vendrá acompañada de algunos artículos no perecederos que espero les endulcen un poco esta Navidad. Ojalá me disculpes el atrevimiento, pero se me apachurró el corazón al leerte tan resignada.

Hablando de Navidad: quisiera pedirte un enorme favor. Siento una imperiosa necesidad de saber cómo eres físicamente. No porque me importe tu aspecto en sí, sólo quisiera poner una cara real a las líneas sensibles, conectar los puntos, imaginarte. Ya lo hago, pero igual la imagen es equivocada y quisiera reconocerte, cuando te vea en persona, lo que espero suceda algún día. Veo cómo varios de mis compañeros llevan en sus bolsillos las fotos de familiares o de sus amadas, mismas que les brindan consuelo en momentos difíciles y les dan ánimo a seguir. Ojalá me concedas este deseo para Navidad.

Ayer fue mi cumpleaños. Presiento por la sensibilidad que intuyo entre tus líneas que te sentirás mal por no felicitarme, pero tranquila, no pudiste saber. Mis amigos, Ernst y Rudolph, me llevaron a festejar. Primero fuimos al *Soldatenheim*, una especie de centro de recreo y descanso para las tropas alemanas. Nos divertimos con música proveniente de un gramófono que encontró el personal en el sótano. Brindamos y nos fuimos a un bar local. Me dedicaron muchos jubilosos «*Gratulerer med dagen*», que es como se dice

«Feliz cumpleaños» en noruego, cuando se enteraron de que era mi día especial y disfrutaron las rondas que invitamos. Así hacemos amigos entre la población local que por lo general no nos ve con ojos amistosos. Al final de la noche presenciamos una riña entre dos soldados por una linda muchacha noruega. Hay mucha convivencia de este tipo, supongo que por necesidad o conveniencia, pero la sociedad noruega condena a las chicas. Las guerras tienen tantos matices alrededor de las batallas. Tomamos demasiado y ahora mi cabeza parece una bomba a punto de estallar.

Te mando un abrazo fuerte, apretado. Deseo que absorba un poco de tus penas.

Tu Kurt».

Deposita la pluma en la mesa destartalada. Aún lleva un brillo enamorado en los ojos y los vestigios de una sonrisa embelesada en el rostro juvenil de perfil aguileño, cuando de pronto escucha un tímido golpe en la puerta. Encogiéndose de hombros, dice en voz alta:

—Adelante, la puerta está abierta.

Ésta se abre de forma apenas perceptible y Kurt, con los ojos entrecerrados por el esfuerzo de ver con el influjo de luz de la noche blanca en el cuarto artificialmente oscurecido, atisba la casi esquelética figura de Anni.

Capítulo X:

Demasiadas bocas

Hannover, 28 de diciembre de 1940

«Querido Kurt:

Los manjares que me mandaste con tu carta salvaron nuestra Navidad y dibujaron sonrisas en nuestras caras exhaustas y marcadas por la preocupación. Nos la vemos demasiado negras desde que falleció Georg y el accidente de mamá. El dinero no alcanza ni para lo más básico y los pequeños constantemente tienen hambre. Yo también, pero no me quejo. Para colmo, madre acaba de descubrir que su esposo muerto le dejó un recuerdo en las entrañas. Tendremos una boca más que alimentar. Elfriede y yo sentimos que el peso del mundo entero descansa sobre nuestros jóvenes hombros. Deberíamos disfrutar nuestra adolescencia, vivir un primer romance, enamorarnos, estudiar en la escuela... En cambio, somos el sostén de una numerosa familia que nos desangra poco a poco.

¿Qué sentido tiene traer a tantas criaturas a un mundo enloquecido? ¿Qué les espera más allá del hambre y el sufrimiento? No tenemos dinero para ropa abrigadora. Los pequeños heredan nuestros trapos desgastados y se duermen cada noche con el estómago rugiendo, soñando con una rebanada de pan. ¿Qué sentido tiene esta maldita vida a la que con tanto ahínco nos aferramos como si nos fueran a premiar al final?

Dime, Kurt, ¿cuánto tiempo durará esta desolación?

Perdóname por mis pensamientos oscuros. Si no fuera por tus cartas ocasionales, no tendría nada que me ilusione o que me ayude

a sobrellevar mi sombría situación. Encontrarás la foto solicitada dentro del sobre. Admito que no es gran cosa, no soy la niña más agraciada de la ciudad, siento decepcionarte. Por suerte aún tenía el retrato, porque no tengo dinero ahora para tomarme otro en el estudio. Espero que no te desilusione demasiado y que me sigas escribiendo.

Tu deprimente Dora».

Mientras lame la parte engomada del sobre para sellarlo, escucha los ruidos de su madre, y las arcadas que le provocan hacen que por poco vomite sobre la carta. Esos días no parece poder salir del baño. ¿Qué pasa con los adultos? ¿No son capaces de controlar su lujuria en esos tiempos desoladores? Se jura no tener hijos propios si el mundo se obstina en privarlos de las necesidades más básicas.

El sonido del timbre distrae sus pensamientos de los malestares de su progenitora. ¿Quién será a esa hora? Al abrir la puerta con cuidado, ve el rostro de su mejor amiga bañado en un mar de lágrimas y un papel arrugado en su mano. Gúndula cae en sus brazos y solloza sin control.

Capítulo XI:

Anni

Trondheim, 22 de noviembre de 1940

Un tremendo dolor de cabeza arranca a Kurt de un sueño intranquilo. Al voltear choca con un saco de huesos y brinca. Un camión lleno de culpa se añade a las punzadas en su cráneo.

—Dora.

Lo susurra entre dientes mientras que el sentimiento de ser escoria humana lo invade. ¿Por qué siente que acaba de traicionar a una chica que jamás ha visto? La tinta de la carta aún estaba fresca cuando se entregó a los brazos esqueléticos de Anni. La joven noruega está allí, en sangre y hueso, y le proporciona una pizca de calor humano real en un mundo solitario, frío y desolado, a miles de kilómetros de casa. Anni es escuálida como su madre. Tal vez por eso se siente responsable de su bienestar y busca reparar en ella el abandono materno que le supone la guerra. En condiciones normales hasta la podría considerar bonita, pero hoy está marcada por las penurias de una guerra absurda. Su fuerza mengua, se ofrece a sí misma a cambio de alimento, pero no tiene más que dar que un cuerpo tieso sin pasión y una mirada apática, vacía de cualquier emoción humana.

Kurt se avergüenza de su comportamiento e intenta hacerle entender a señas que le ayudará sin que ella tenga que vender su cuerpo maltrecho, que acuda a él por comida, y siempre que pueda le dará alimento. No está seguro si la muchacha comprende, pero lenta y mecánicamente se pone el vestido y el saco de verano que

no están en condiciones de mantenerla caliente, mientras el vaho que despide su boca delata el aire helado del invierno noruego. En la puerta le echa una mirada lastimera y un débil «*Takk*» sale de sus labios secos cuando recibe unas latas de víveres de manos de su amante nocturno. A duras penas logra abrir la puerta de la choza. Una ráfaga de viento helado tiene más fuerza que ella, y Kurt detiene el peso de la puerta. La alcanza en la nieve que le llega hasta las rodillas y le regala a la criatura temblorosa uno de sus suéteres calientes y una bufanda. Duda que le sea de mucha utilidad, pero calma ligeramente su conciencia culposa.

Pasarán muchas semanas hasta que pueda volverse a ver al espejo sin tanta culpa y se tome el atrevimiento de escribirle otra vez a Dora.

Capítulo XII:

Demasiadas lágrimas

Hannover, 28 de diciembre de 1940

Los balbuceos de Gúndula no tienen sentido. Sus sollozos íntimos y apagados se convierten en un desgarrador concierto de aullidos. Está claro que algo devastador le oprime el alma y le convulsiona el ánimo normalmente rebosante de chispas y travesuras, pero Dora no logra sacarle ninguna palabra nítida. Encierra a su mejor amiga en un abrazo vehemente y se da cuenta de que ella lo necesitaba con la misma desesperación. ¿Cuánto hace que nadie la apapacha? Su pueblo no se caracteriza por desbordadas muestras de cariño y esta guerra ha endurecido aún más a sus habitantes. Su madre no está en condiciones de cuidarse ella misma, mucho menos de repartir amor a sus hijas. Elfriede y Dora se encargan de todo: traer dinero a la casa, cuidar y alimentar a los pequeños y a su madre, así como limpiar y cocinar. No hay tiempo ni espacio para cuidar el alma y el corazón. De eso nadie come.

Al abrazar a Gúndula, se da cuenta de que ambas han adelgazado. Se sienten más los huesos que antes estaban protegidos por una capa saludable de grasa, misma que ahora se ha derretido.

Siente la tela de su hombro y parte de la espalda mojada. ¿Cuántas lágrimas han sido derramadas desde que inició la guerra? En lechos sudados, umbrales de casas, estaciones de tren, puertos, al cobijo de la noche al extrañar al ausente, al recibir sobres no deseados, frente a tumbas en el cementerio. ¿Podría llenarse una alberca olímpica con todo ese dolor líquido?

No sabe calcular cuánto tiempo llevan paradas así. Gúndula, al enjugarse las lágrimas, aparta la cara mojada del hombro de su amiga y con párpados hinchados y rojos susurra apenas perceptible:

—Horst no regresará.

No hace falta que le pregunte por qué; sería poco empático de su parte. La abraza aún más fuerte y le dice que lo siente. La lleva a la sala y hace que tome asiento. Deposita su cabeza en su regazo. Le acaricia el cabello ondulado. Las sienes están empapadas de llanto.

—Tú corres con más suerte. Peter sí regresó vivo. Dicen que está lisiado, pero por lo menos vive.

Dora no tiene ganas de pensar en Peter en esa situación.

—Lo siento mucho, Gúndel. Sé que no es consuelo, pero por lo menos aún no se habían casado ni tuvieron hijos. Cuando termine toda esa locura, conocerás a alguien más.

Nota una repentina trepidación en el cuerpo de su amiga. Ésta, con mano temblorosa toma la suya y la dirige a su vientre. No hace falta explicar con palabras su predicamento y ahora la que rompe en un llanto de impotencia es Dora, porque a Gúndula ya no le quedan más lágrimas. Las amigas se quedan en un abrazo mudo por lo que parece una eternidad, cada una perdida en sus pensamientos sombríos.

Capítulo XIII:

La soledad es más tremenda de noche

Trondheim, 8 de marzo de 1941

«Mi "deprimente Dora":

A mí me pareces todo menos deprimente, pero la tristeza y los pensamientos oscuros están anidando en todas nuestras cabezas. No estás sola con tu sentir.

Disculpa mi silencio prolongado. Demasiado ha pasado desde mis últimas líneas, y si te tuviera enfrente no sé si te pudiera ver a la cara sin sentir vergüenza. Sin embargo, la honestidad para mí es uno de los valores más enaltecidos del hombre y debo ser consecuente con mis palabras y mis actos. Así que lo diré sin rodeos y so pena de que no me vuelvas a dirigir la palabra jamás: mantuve una relación íntima con una muchacha noruega. No estoy enamorado de ella; acudió a mí por ayuda y permití que las cosas pasaran. La soledad es más tremenda de noche y el cuerpo busca consuelo. No tengo excusa; sé que no somos pareja, pero tenía la tonta ilusión de que fuéramos una al terminar la guerra. Has despertado en mí una inspiración, una razón para resistir y regresar a casa, el imaginarme tocar en tu puerta, que me abras con un brillo en tus lindos ojos y escuchar tus labios pronunciar mi nombre.

Te agradezco infinitamente tu fotografía. Ernst y Rudolph me molestan demasiado; dicen que la veo embelesado y hacen ruidos de besos tronados cada vez que me sorprenden mirando tu retrato. Aparte de lo obvio —eres una muchacha muy bonita—, noto bondad y tristeza en tus ojos, timidez en tu incipiente sonrisa y una madurez

más allá de tu corta edad. Tu mirada me cautiva y tengo ganas de convertirme en poeta. Quisiera jugar con tus rizos traviesos que enmarcan tu dulce rostro a la perfección. Yo que me creía un muchacho racional, dominado por la mente en todo momento; has encontrado mi punto débil.

Rezo porque me disculpes el mal paso. La relación con la muchacha se ha terminado. Le aseguré mi ayuda, pero sin dar cabida a algo más. Fueron encuentros nacidos de la desesperación y la soledad en un invierno noruego despiadado. Si no está en tu corazón disculparme, por favor, por lo menos sigamos siendo amigos. Tu presencia en mi vida es crucial, es esperanza, me aferro a tus cartas y tu retrato para sobrevivir.

La guerra en Noruega sigue su curso. Sé que estoy bendecido con esta asignación. Por mi madre me enteré de que los compañeros estacionados en el frente ruso sucumben como moscas. Pido cada noche que no me reasignen en algún momento.

Himmler visitó Noruega recientemente. Estoy seguro de que sigues las noticias en los periódicos. El 1 de febrero llegó también a Trondheim. Declaró en un discurso que, en adelante, Noruega será parte integral de la "Gran Alemania", dadas las múltiples similitudes naturales entre alemanes y noruegos, mismas que pudo constatar durante su viaje por el país. Según sus palabras, nadie sería capaz de distinguir entre un bávaro, un alemán del norte o un noruego. Distribuyó armas entre los miembros de la *Quisling*, la organización juvenil de colaboración fascista, como regalos de Hitler. Han arrestado cientos de opositores de la *Quisling* en el oeste de Noruega. En su discurso dirigido a los soldados alemanes, nos recordó nuestras obligaciones.

El 4 de marzo, los comandos británicos llevaron a cabo una excursión exitosa en las islas *Lofoten*. Sé que me queda lejos; de

hecho, es casi la misma distancia que a casa, pero estamos inquietos. El ambiente entre los soldados alemanes se ha ensombrecido. Una vez que los ingleses logren establecerse en el país, será cuestión de semanas para que la relativa tranquilidad de la que disfruto ahora cese, y tenga que luchar cuerpo a cuerpo y tal vez me vea obligado a quitarle la vida a alguien.

Te mando en el sobre una fotografía mía. Me retrataron en un estudio de fotos noruego. Disculpa mi cara seria y fea; no parezco gran cosa, lo sé. No soy de aquellos muchachos que les arrebatan suspiros a las chicas. Pero tengo un corazón que te pertenece.

Sólo pido que me perdones.

Tu arrepentido Kurt».

Capítulo XIV:

Entre carbón, papas y tarros de cristal

Hannover, 11 de marzo de 1941

Dora está ensimismada. Hace casi dos meses que no sabe nada de Kurt. Su cabeza sabe que el transporte de la correspondencia se ve gravemente afectado por las actividades bélicas, pero su corazón no entiende razones mientras ella, con dedos tiesos, cuelga la ropa de tela áspera de la familia y la fina de las clientas en el patio para que se congele en las temperaturas inclementes. ¿Tendrá alguna vez una prenda así de elegante, o estará condenada hasta el final de sus días a usar la ropa desgastada de Elfriede? Ésta, a su vez, la heredó de su madre, y tal vez ella de la suya, o la compró de segunda mano. No recuerda haber tenido un artículo de ropa nuevo, ni zapatos, ni un gorro. Comparte su cuarto con sus hermanitos. No hay nada que pueda llamar suyo, excepto lo que tiene con Kurt, y que es su pequeño secreto. Gúndula sabe, pero no le comparte cada línea, menos ahora que tiene asuntos más urgentes que atender que su amorío insignificante. No sabe qué haría ella de estar en los zapatos de su amiga, quien sigue sin comunicarles a sus padres la noticia de que pronto serán abuelos. Tiene miedo de que la corran de su casa con todo y «otra boca hambrienta que alimentar». Pero no podrá esconder su estado por mucho tiempo más.

¿Kurt estará bien? ¿Y si está herido y no le puede escribir? No quiere pensar siquiera en algo peor. Se obliga a levantar el mentón y llevar la cabeza en alto.

—Dora, llegó el carbón.

Suspira del cansancio. Se merece un descanso. Todo el día son Ellie y ella que se ocupan de los trabajos en casa. Hace frío y tiene hambre. Meter el carbón es un trabajo duro en el que quemará muchas energías.

—Voy, Ellie, dame un minuto; termino de colgar la ropa y te ayudo.

Antes de estallar la guerra, Georg y madre compraban el carbón de verano, el cual fue mucho más barato, y lo guardaban en el sótano hasta que llegara el invierno. Eso se acabó en 1939, y Dora recuerda con terror el invierno anterior de un frío inusitado, durante el cual se congelaron miserablemente. Sólo calentaron un poco la sala de estar, pero como una de sus paredes daba al exterior, nunca logró caldear el ambiente de una manera agradable. Estar sentados en aquel cuarto sólo fue llevadero con una cobija de lana. Por semanas, el termómetro de la sala indicaba escasos nueve grados Celsius. A veces iban a la cocina, donde la situación no era mejor. Faltaba carbón para la estufa de hierro y el fuego de leña no duraba nada.

En aquel invierno, también en la escuela, el sótano estaba vacío de carbón y sólo acudían por un momento para recoger la tarea en el edificio de hielo. La entregaban al día siguiente en papeles sueltos, porque también los cuadernos escaseaban. Su profesora, entrada en años, estuvo extremadamente irritable durante ese tiempo y a menudo perdía la paciencia, mezclaba los montones de hojas sueltas y les gritaba. Ahora hasta esos recuerdos le dan nostalgia a Dora, quien rara vez acude a la escuela esos días. El estómago tiene prioridad sobre la educación. Extraña aprender.

No les sobra dinero para comprar carbón y si sólo fueran ellos lo gastarían en artículos más urgentes, pero viene un nuevo miembro de la familia en camino y por lo menos tienen que calentar la habitación de mamá. El conductor del vehículo libera los pedazos negros mediante el control deslizante y éstos ruedan sobre la acera

hasta formar un montón con la cantidad pedida. Unos niños pálidos, que a pesar de las temperaturas juegan en la calle, miran fascinados el espectáculo. Ahora las hermanas tienen que actuar rápido para depositar la mercancía en el sótano para evitar que alguien en la calle desarrolle dedos largos. Con la situación de escasez reinante, dichos manolargas crecen rápido. El sótano posee un ducto que conecta al exterior y por el cual las jóvenes vierten el carbón desde la calle, siempre bajo las miradas de halcón de los niños vecinos. Una pequeña, de unos tres o cuatro años de edad, se acerca y se sienta al lado del montículo, donde se pone a jugar con las “piedras oscuras” más interesantes. Minutos después, su abrigo gris está negro, al igual que sus mejillas y manos. Su madre sale de la casa y pega un grito al cielo regañando a las muchachas como si fueran las niñeras negligentes de su hija. Dora y Elfriede estallan en unas risas burlonas en cuanto la puerta de la vecina se cierra con un golpe indignado.

Con una sonrisa bajan al sótano aún más gélido que la casa para revisar el carbón y las existencias de víveres. Dado el precario suministro y el racionamiento de alimentos, las papas se han convertido en un componente crucial en la dieta de la mayoría de los hogares. Se guardan en otra parte del sótano separadas del carbón para protegerlas de la luz, y por lo tanto de la germinación y la humedad.

En una esquina del sótano de las papas, la familia cuenta con un estante largo y robusto que alberga los tarros de cristal cerrados al vacío mediante aros de goma especiales, con sus conservas de vegetales y fruta, col y cerezas agrias. Lo que cosecharon en su pequeño jardín detrás de la casa antes del invierno se conserva de esa manera para ser consumido en momentos de necesidad.

—Dora, vamos a salir esta noche.

—¿Salir? ¿Adónde? ¿Y con qué dinero?

—Vamos a bailar. Conocí a un chico.

Si no estuviera tan oscuro en el sótano, Dora vería que Ellie se sonroja. Con las manos en la cintura y los ojos muy abiertos, la anima a seguir:

—A ver, cuenta. Te lo tenías bien callado.

—Se llama Helmut. No le digas a mamá, me mataría, pero es de los *Schniegels*.

—¿De los qué?

—Tienes que salir un poco más, Dorita.

—¿Cuándo? Me parto el lomo días tras día y ahora resulta que te escabulles todavía, me pregunto a qué hora.

—En las noches, pero no es el punto.

—Exacto, pláticame, qué es lo de los *Schniegels*.

—Son los jóvenes a los que les encanta escuchar y bailar el *swing*, que aman el estilo de vida occidental libre y odian el servicio en la juventud hitleriana. Los llaman *Schniegels* por su vestimenta impecablemente planchada y sus peinados «relamidos».

—Lo del *swing* lo había escuchado. Pero a aquellos los persiguen y castigan los nazis. ¿No te da miedo asociarte con ellos? ¿Y si nos atrapan? Está prohibido escuchar música «obscena».

—A mí no me vengas con lecciones, sé qué estación de radio escuchabas con Georg, hipócrita.

Dora saca una carcajada. Luego la mención de su padrastro muerto le provoca una punzada en el corazón. Lo extraña más de lo que quisiera admitir.

—Pero ya en serio, no seas tan miedosa. Claro que hay riesgos, pero toda esta guerra es un riesgo, ¿quién sabe si la sobreviviremos? ¿No quieres mientras vivir lo más que podamos?

—No sé, Ellie. ¿Y qué le decimos a mamá?

—Déjame esa preocupación a mí. Además, parece más muerta que viva, desde aquel ataque aéreo no ha vuelto a ser la misma. Helmut pasa por nosotras más noche, a la esquina, cuando todos estén dormidos. Nos escabullimos como dos fantasmas, nadie nos escuchará.

La emoción y la euforia de lo que vivirán esa noche las tiene como embobadas.

—¿Qué nos pondremos, Ellie?

Antes de que ésta pueda contestar, la ensoñación entre las hermanas es interrumpido por un ruido penetrante demasiado familiar: la sirena de la muerte. Espantadas, suben las desgastadas escaleras corriendo.

—Misión abortada. Ve por los pequeños, yo voy por mamá.

Cuando llegan corriendo al refugio antiaéreo, cargando a su madre perturbada entre las dos y con sus hermanos pequeños miedosos delante de ellas, el piso de la ciudad ya está temblando con los impactos. Ingresan al refugio y oyen el zumbido cada vez más estruendoso de los escuadrones que se aproximan. Respiran agazapadas contra la pared; escuchan gemidos de otras mujeres y llantos de bebés. Después, un nuevo acercamiento, otro encuentro con el peligro mortal. Un impacto más; incontables repeticiones. Cualquier estallido podría ser el último para Dora y su familia. Su mamá solloza en su hombro con los nervios destrozados. Le toca ser fuerte a Dora de nuevo, a ella nadie la consuela.

Capítulo XV:

De escombros del alma y mariposas encabritadas

Hannover, 16 de abril de 1941

«Querido diario:

Mamá perdió al bebé. El ataque aéreo fue demasiado para ella. No sé si fueron los impactos de las bombas o los incontables cuerpos mutilados que encontramos al regresar arrastrándonos del refugio a nuestra casa. El olor a fuego, carne humana chamuscada y podredumbre que flotó sobre la ciudad durante días se grabó en mi mente por siempre. Vimos agujeros tan grandes como cráteres y llamas por doquier, gente deambulando entre los escombros negándose a creer que esos eran todo lo que quedó de su casa o departamento. Otros no encontraban a algún familiar y volteaban los despojos con frenesí, encontrando aquí y allá un pie, un brazo. Vi todo, sentí la impotencia de los afectados, pero no logré escuchar nada. Parecía que mi cuerpo me quiso proteger de la sobrecarga de impresiones.

Los escombros materiales se limpiaron rápidamente tras el incidente. Todas ayudamos a removerlos de las calles. ¿Pero qué pasa con los escombros del alma? ¿Quién nos dice qué sentir? Supongo que no hay cabida para las emociones y las sensiblerías. Todos tememos que volver a funcionar; traer comida a la mesa.

El lado este de la ciudad, donde tenemos nuestra casa, fue el más afectado. Según las noticias, los doscientos veinte aviones de la *Royal Air Force* mataron a alrededor de cien personas y dejaron a

miles sin casa. Esto significa medio muerto por avión, más mi hermanito no nacido como víctima indirecta. Menos mal que no nacerá para respirar el polvo, el humo y la desolación. No sufrirá hambre ni se estremecerá con el sonido espeluznante de las sirenas. No coleccionará fragmentos de bombas con otros niños a falta de pasatiempos saludables. Está en un mejor lugar sin duda.

Tuvimos tanta suerte... Nuestra casa sólo tiene el techo levemente agujereado. No tenemos dinero para repararlo; improvisamos con tapones de tela y ponemos baldes de agua debajo de los hoyos cuando llueve».

Escucha el timbre y levanta la pluma del diario con un sobresalto. Cualquier ruido estridente trae de regreso los terrores del ataque aéreo. Unas gotas de tinta se derraman sobre el papel. Se dice a sí misma: «Tranquila, sólo es el timbre».

Trémula, se levanta y quiere echar un vistazo por la ventana para saber quién toca la puerta, pero han obligado a los ciudadanos a oscurecer sus ventanas con pintura de camuflaje y tela oscura opaca para no ofrecerles blancos a los aviones. Abre la ventana de su habitación del segundo piso y ve a un joven con muletas y la característica bolsa de correos de piel café colgada del hombro. «Definitivamente no es Hansi. Pero quienquiera que me traiga noticias de Kurt es bienvenido». Se precipita por las escaleras y abre la puerta ilusionada.

—¿Peter?

El joven demacrado con las ojeras marcadas es apenas una sombra del muchacho vivaz que Dora vio por última vez un año atrás. La parte inferior de su pernera izquierda está vacía y ondea en el viento

invernal como una bandera enlutada.

Sintiendo la mirada lastimera de la muchacha en su pierna desaparecida, se apura a comunicarle:

—Mañana me ponen por fin la prótesis y podré tirar estos dos estorbos.

A pesar de todo, sus facciones aún le parecen atractivas a Dora. ¿O será que no ha puesto sus ojos en muchos chicos de su edad en los últimos meses?

—Dora, tan bonita como siempre. Pero demasiado flaca para mi gusto. Te prefería un poco más llenita.

—Mira nada más, el burro hablando de orejas. Pero fuera de broma, es bueno verte, y verte con vida.

—No parezco gran cosa ahora. Soy un lisiado.

—No digas tonterías, estás vivo, es lo que cuenta. Estoy segura de que tu madre está aliviada de tenerte de regreso.

—Mi madre preferiría que hubiera muerto con dignidad en plena batalla y que hubiera regresado en un ataúd para tener un entierro con todos los honores. Y yo también.

Su mirada se ensombrece cada vez más.

—No lo dices en serio.

—¿Quieres apostar? Como sea, ahora le ayudo a Hansi a repartir las cartas. Nadie más quiso darle trabajo al lisiado que regresó de la guerra. Aquí hay una carta para ti. De un tal Kurt. Y de Noruega, además.

Dora le arranca el sobre de las manos.

—¿Así o más indiscreto?

—Me olvidaste rápido, bonita.

—¿Olvidarte de qué? Salimos dos veces con Gúndula y Horst. ¿Qué hay que olvidar?

Peter se inclina y envuelve uno de los rizos de Dora alrededor de

su dedo índice. Un brillo surge en su mirada.

—Yo no te he olvidado. Me gustaste entonces y me gustas ahora, toda esquelética.

Ella se defiende de su impertinencia dándole un manotazo en los dedos.

—Ya supiste de Horst, ¿por cierto?

Los ojos de Peter se oscurecen de nuevo. Asiente con tristeza.

—Con más razón deberíamos aprovechar que estamos vivos. ¿Te llevo al cine el sábado, qué dices?

—Ya quisieras.

Con un guiño le cierra la puerta en la cara y sube corriendo las escaleras a su cuarto. Se asoma de nuevo por la ventana y lo observa alejarse saltando con las muletas bajo los brazos. Siente compasión por él, pero el remitente de la carta que sostiene en sus manos ansiosas la hace sentir mariposas.

Abre el sobre ávidamente y se recarga en la cabecera de su cama. Con cada línea que lee, sus mariposas se van encabritando más y más.

Capítulo XVI:

Amo a todos los hombres

Hannover, 19 de abril de 1941

Una variedad de salchichas, carnes frías, huevos, pan, queso, mantequilla, mermeladas, frutas frescas y café dispuestos en finas charolas plateadas sobre una mesa redonda tapada con un mantel de un blanco deslumbrante le hacen agua la boca a Dora. Casi puede oler el aroma del café de verdad. No recuerda la última vez que en casa tomaron otra cosa que *Muckefuck*⁴. Se limpia la baba frotándose la comisura de los labios.

Los que degustarán el opulento desayuno son un señor barrigón adinerado con ojos saltones, vestido con un saco de terciopelo azul horrendo y un tupé mal colocado sobre su calvicie, y la bella actriz Marika Rökk, su sobrina, en la gran pantalla. Dora les envidia los manjares y las vestimentas encantadoras. Se siente fuera de lugar en la butaca de cine con su vestido desgastado, zurcido, lleno de retazos. El mundo exuberante en pantalla donde a las protagonistas vestidas de princesa no les falta nada, y encima reciben descomunales ramos de rosas rojas, le resulta tan ajeno, pero al mismo tiempo fascinante.

Dora no necesitó convencer mucho a Peter de llevarla al cine después de todo, cuando lo alcanzó en su ronda de entrega de correos un día después de su encuentro. Sin embargo, no se salvó de sus burlas:

—¿No que no, linda dama? Recuerdo escuchar un tajante «Ya quisieras».

Las líneas de Kurt la han herido profundamente. Lo único que considera suyo de verdad, esa correspondencia tan íntima e inocente con un completo extraño, no es sólo suya después de todo. No está dispuesta a pelearse las atenciones de Kurt con una noruega. En cambio, Peter está allí, es real, a veces odioso, pero parece sinceramente interesado en ella.

—No te hagas ilusiones. Es una salida al cine nada más.

Ese mismo sábado en la tarde están parados frente al moderno *Weltspiele* en la *Georgstraße* del centro de Hannover. Cincuenta *Reichspfennig* les cuesta la entrada para ver «Las mujeres son las mejores diplomáticas», la primera película alemana a color: una pequeña fortuna para Dora.

—¿Cómo es que puedes costear algo así, Peter? —pregunta distraída mientras admira asombrada, con la mandíbula caída, el letrero luminoso gigantesco arriba del cine más grande de la ciudad.

—Me pagaban casi noventa *Reichsmark* mensuales durante mi servicio y no gasté casi nada.

Dora hace las matemáticas en la cabeza y exclama:

—¡Eres un hombre rico, Peter!

—Los ahorros se me acabarán en un abrir y cerrar de ojos llevando a chicas con gustos elegantes a pasear.

Mirando el rostro de culpabilidad de Dora, se rinde rápidamente.

—Entremos o la película comenzará sin nosotros.

Minutos después se arrepiente de lo dicho. Varios anuncios de propaganda y noticias del frente sirven para darse cuenta de la glorificación de la guerra en pantalla y para revivir el horror que le arrebató parte de la pierna, su hombría y el descanso nocturno.

Pero en ese momento todo vale la pena al observar el perfil de Dora, quien disfruta con arrebató y un brillo febril en los ojos la absurda película que retrata un mundo feliz de días pasados. Les

permite escaparse por un breve instante de la cruda realidad y los envuelve en un manto protector de inocencia.

*Oh, amo a todos los hombres.
Nunca puedo elegir uno.
Si le doy mi amor a uno, otros tienen que sufrir.
Sólo tengo una debilidad por ti.
No prometo, no prometo nada, nada, nada.
Porque amo a todos los hombres,
y por eso te entrego mi corazón,
pero sólo por diversión; ole.*

El suspiro suelto, ambientado en moderados ritmos de pasodoble interpretado con maestría y voz de ángel por Marika Röck en la gran pantalla, cautiva al instante a Dora y la deja embelesada en su asiento. Parece que le están hablando. Sus sentimientos por Kurt no se han borrado por la decepcionante carta, pero allí está con Peter, dándole alas y entregándole su corazón, ¿sólo por diversión? Debe tener cuidado para no confundirlo. ¿O acaso la confundida es ella? ¿Cómo es lo que ella hace moralmente mejor a lo que hizo Kurt?

Cuando los dos protagonistas se funden en un apasionado beso al terminar la película, Dora se sonroja. Justo en ese momento se vuelven a prender las luces de la sala y Peter se da cuenta.

—¿Qué pasará cuando yo te bese, Dorita? ¿Te ruborizarás?

«¿En qué me he metido?».

—Ya quisieras.

—Antes cae un hablador que un cojo. La última vez que me dijiste esas palabras exactas, terminaste por acosarme y me obligaste a llevarte al cine. Ya quiero ver qué pasa esta vez.

—Apenas tengo catorce años; no besaré a nadie a menos que sea

el amor de mi vida.

—¿Y si lo tienes frente a ti en este momento? Además, mi madre me tuvo a los quince años. A tu edad hacía algo más que dar besos en la boca.

Mientras Dora adquiere el color de un cangrejo, Peter se rasca la cabeza.

—Cuando partí a la guerra, tenías trece, si mal no recuerdo, ¿cuándo cumpliste años?

—Hoy, gracias por acordarte.

—Creo que nunca lo supe. ¿O acaso me lo dijiste y soy un idiota?

Gracias a la incertidumbre del pobre muchacho, Dora logra reponerse del momento incómodo de un tema del cual no sabe nada y la pone tímida. Ya tiene con qué molestarlo de nuevo.

—Ni te tengo que insultar, solito te echas de pecho.

—Bueno, por si las dudas, déjame compensártelo. Creo que mis ahorros mermados por tu salida extravagante aún me alcanzan para una bebida. Vamos al *Kröpcke* antes de que las bombas lo destruyan también.

—¿Vamos a ir a un café? Peter, mi familia a duras penas come, me siento mal.

—Es tu cumpleaños, permíteme consentirte. Después te puedes compadecer todo lo que quieras.

—Pero mis fachas...

—Pero, pero, pero... Hoy es tu cumpleaños y punto. Además, ¿quién sabe si mañana estemos? Por lo que sé, una bomba podría matarnos esta noche. Vive un poco, bonita.

Le pone el dedo índice sobre sus delgados labios que no tienen intención de callarse y aceptar el regalo. La toma de la mano y la jala por veinte largos minutos hasta la plaza *Kröpcke*, como ganadero jalonando a una mula rebelde. Su rostro delata el inmenso

dolor que le causa la prótesis. Cada paso que da envía una punzada de dolor a la parte superior de su pierna y evoca el momento en que la maldita mina explotó. Mas no tiene intención de compartirlo con Dora; nunca ha sido de los que buscan infundir lástima en las chicas. No es algo atractivo.

—Si no supiera que eres mujer, pensaría que trabajas en la construcción. Tienes manos de albañil: ásperas, reseca y llenas de callosidades.

—¡Qué curioso! ¿A cuántos albañiles les has agarrado la mano?

El café en forma de pabellón es elegante y, por su atmósfera íntima, a pesar del tamaño, un lugar de encuentro popular entre los artistas. Dora jamás hubiera soñado con poner un pie en tal establecimiento. Está situado estratégicamente en la intersección de las avenidas principales más nuevas de la ciudad, y por tanto se considera el recién creado centro de Hannover.

Toman asiento en una pequeña mesa en la esquina y Dora evoca al instante la escena de la película cuando ve el mantel blanco. Se siente culpable al pensar en su familia en casa.

—¿Qué se te antoja, cumpleañosera?

—Hace años que no voy a un café. ¿He de suponer que no tienen café de verdad?

—Puro *Muckefuck*, aunque en el menú lo vendan con el nombre engañoso de «café alemán».

Dora suspira.

—Ya sé, ¿ya probaste la famosa *Fanta*?

—No, sólo he visto los anuncios por todas partes, pero como te digo, el dinero nunca nos alcanza para fruslerías; a duras penas comemos.

En lo que esperan su bebida, Dora pone a Peter al tanto de la situación en casa y la razón de sus manos de albañil.

—Tenemos que hacer algo para que les vaya mejor. Y debes regresar a la escuela, no es negociable.

—Sí, papá.

—Lo siento, no quise ser entrometido ni mandón, pero debe haber algo en lo que eres buena y que te depare mayores ingresos.

—Me gusta cocinar. Claro, ahora faltan muchos ingredientes, pero me las ingenio lo mejor que puedo. Tener que ser adolescente y madre sustituta a la vez me obliga a ser creativa. Mamá no ha vuelto a ser la misma y dudo que lo sea en algún momento. Fueron sucesos demasiado traumáticos para ella.

Peter la escucha con atención y tiene una idea de lo que quiere perseguir.

La camarera en su uniforme impecable coloca dos botellas de vidrio color café con etiqueta naranja y dos vasos frente a los jóvenes. Les sirve el refresco color marrón y se retira con una sonrisa apenas perceptible.

—Pues, salud por la cumpleaños.

—Salud.

El líquido frío, dulce y burbujeante recorre su garganta. Le sabe a gloria con manzana.

—¡Qué rico! Muchas gracias por este regalo de cumpleaños.

—Mi tía trabaja en la Coca Cola, en la planta embotelladora de Essen. Nos visitó hace una semana y nos contó toda la historia. Por el embargo ya no reciben jarabe de cola de la casa matriz en Estados Unidos. Por lo que tuvieron que buscar un sustituto para mantener las operaciones. Tenía que ser una bebida que pudiera prepararse a partir de los ingredientes disponibles en nuestro país. Así que se inventaron esta mezcla que hoy se conoce como *Fanta*, con fibra de manzana y suero. Por cierto, el nombre se lo puso uno de los vendedores, derivado de «Fantástico».

—Definitivamente me parece una bebida fantástica.

Después de un breve silencio en el que ambos sorben sus bebidas, hurgando en sus mentes para encontrar el siguiente tema de conversación, Dora se atreve a preguntar:

—Peter, espero que no te moleste, pero ¿cómo pasó lo de tu pierna?

«Esta muchacha tiene un don de matar momentos agradables». A Peter se le agotó el buen humor. No tiene ganas de revivir su trauma en este instante. Con semblante sombrío, farfulla:

—Tal vez en otra ocasión. Vámonos, te regreso a tu casa, ya se está haciendo tarde.

Unos minutos después están sentados en el tranvía sin dirigirse la palabra. Peter no aguanta más la pierna y una caminata de casi una hora sería una tortura, además del prolongado silencio incómodo que esa implicaría. En tranvía se acabaría más pronto. Los vidrios de los vagones también se encuentran oscurecidos como las ventanas de las casas. Negras como su estado de ánimo. ¿Por qué nadie entiende que sólo quiere olvidar?

Dora decide no insistir ni tampoco intenta hablar de nimiedades. El ambiente entre ambos está enrarecido y tan denso que se podría cortar con un cuchillo. Sabe que tocó un punto delicado, pero sólo pretende entender. No tiene intenciones de lastimarlo.

La deja en la puerta de su casa con un frío: «Nos estamos viendo». Su mente está en otra parte.

—Gracias por este día, Peter, y perdón si te lastimé con mi pregunta.

Sin responderle le da la espalda y cojea laboriosamente de regreso a la parada del tranvía como un montón de miseria. Lo que Dora no sabe es que sus pensamientos ya están ocupados de ruidos de cañón y fuego de artillería.

Abre la puerta a la casa con cuidado para que su madre no se dé cuenta de que ha salido. Esos días no se percata de nada, y Ellie ha prometido cubrirla lo mejor posible por si la llamara, pero uno nunca sabe; de repente tiene días buenos. Por la mañana ni recordó su cumpleaños, por lo que las probabilidades están a favor de la prófuga.

A pesar de la tristeza de que nadie la espera despierta, está aliviada por no tener que dar explicaciones. La cara emocionada de su hermana tal vez sería demasiado a esa hora. Sólo la decepcionaría con su relato de la cita fallida. Mira la expresión pacífica de Ellie en la cama dispuesta al lado de la suya. Los pequeños están perdidos en otro mundo en una cama grande colocada en la pared contraria.

—Por favor, que no haya alarma aérea esta noche. Permite que descansen hoy. Es todo lo que te pido en mi cumpleaños.

No es muy creyente, pero esa noche se aferra a ese Dios que aún cree que existe en algún rincón olvidado de ese mundo, y que no se digna a despertar para detener la locura bélica en la que se ve envuelto el planeta.

Arropada en su cama razonablemente caliente saca la fotografía de Kurt del sobre. Por su enojo del otro día no la había apreciado a detalle. La contempla a la escasa luz de la luna que logra filtrarse a través de las ventanas oscurecidas. Es un retrato de cuerpo completo de un joven serio en uniforme de soldado. Le llama la atención su porte distinguido, casi aristocrático, lo que encuentra demasiado atractivo. No cualquiera lo posee y no tiene nada que ver con un rostro hermoso; es una elegancia que exudan las personas que la ostentan y que es rara entre los jóvenes de esa edad. Los ojos bondadosos, lo cuales dominan encima de una nariz aguileña y los labios delgados, conservan el brillo de alguien que está a punto

de cometer una travesura. La línea de cabello ya tiene algunas entradas; es probable que se quede calvo joven. ¡Ese porte!

Dora suspira. Mira el techo del cuarto en busca de respuestas.

«La adolescencia es suficiente sufrimiento para todos. ¿Por qué me mandas a vivirla con dos muchachos, y encima en tiempos de guerra?». ».

Capítulo XVII:

Me duele el mundo

Trondheim, 1 de junio 1941

«Mi callada Dora:

Hace meses que no recibo noticias tuyas. Tengo la estúpida esperanza de que se deba a la lenta distribución de las cartas, pero creo que en el fondo sé que te he decepcionado y que decidiste ya no dirigirme más líneas. Ojalá por lo menos me leas y pueda recuperar tu confianza poco a poco.

Contemplo tu retrato siempre que me gana el desánimo. Llevo un año lejos de casa. Si pienso en mi niñez y juventud apacibles, parecen recuerdos de otra vida. Soy una persona distinta a la que fui entonces. La guerra te cambia. Te arrebatata la inocencia y a la gente que más amas.

Me gusta mucho ir al teatro para escapar del mundo cruel y deleitarme con un poco de civilización y cultura, aunque sea por unos instantes. Aquí en Trondheim, mi favorito es *Trøndelag Teater*, aunque el director provoca de forma continua a las autoridades con su estilo satírico. Admito que no entiendo casi nada de noruego — sólo en Oslo hay un teatro alemán—, pero me relaja respirar el aire creativo y sentarme en la majestuosa sala de terciopelo rojo en las paredes y butacas. Suelo ir en la oscuridad, probablemente no sea la mejor idea que me vean en tales establecimientos. El 21 de mayo comenzó una huelga entre los actores locales, por lo que de momento no podré dedicarme a mi pasatiempo favorito. No sé si en casa se enteran de lo que sucede aquí, así que te daré un resumen:

la huelga inició en respuesta a la revocación de permisos de trabajo de varios actores noruegos, quienes se negaron a actuar en la radio tomada y controlada por los ocupantes. El conflicto se intensificó rápidamente, ya que las autoridades nazis no aceptaron tal comportamiento. Los directores del teatro fueron citados ante la Gestapo y se les ordenó que los actores reanudaran sus actuaciones, amenazando con fuertes represalias. A pesar de todo, ellos decidieron continuar con la huelga, por lo que arrestaron a representantes sindicales en los teatros de Oslo, Bergen y Trondheim y a miembros centrales de la Asociación Noruega para la Equidad de los Actores. Hasta ahora la huelga continua. Temo que, si no llegan a un acuerdo pronto, habrá arrestos masivos y...».

Un ruido de afuera hace que Kurt levante la pluma del papel y aguce el oído. Es la una de la madrugada, ¿quién viene ahora? La puerta de la choza se abre de golpe y un corporal tropieza en el umbral por la prisa que lleva.

—Movilícense enseguida. Harán patrulla nocturna: se escapó un preso. Despierte a sus compañeros mientras alerta a los demás soldados.

Ernst y Rudolph le piden cinco minutos más, y Kurt se maldice por no haberse dormido a una hora decente. Sin duda será una noche larga. Bajo el liderazgo del corporal los dividen en grupos de dos y patrullan el bosque y las carreteras, peinando un enorme territorio; un emprendimiento estéril. No encuentran a ningún alma. En la mañana cancelan la operación y les permiten dormir hasta la hora de la comida.

Kurt siente la imperiosa necesidad de compartirle a Dora las

impresiones de la noche. Vuelve a tomar la pluma y las palabras fluyen.

«Fue una noche magnífica, pero nada como la mañana. En el este fue clareciendo poco a poco; el azul se volvió completamente nítido. Las nubes se iluminaron y el sol subió a través de las montañas tras alumbrar sus cimas y las copas de los árboles. Los pájaros se regocijaron del espectáculo, piando y silbando sus melodías más alegres, ajenos a los sucesos bélicos a su alrededor. ¡Quisiera ser pájaro!».

Desnudar su alma como si fuera poeta le termina por dar sueño. Guarda la carta en el cajón de la mesa y decide terminarla en la noche, para volverla a leer y, si fuera demasiado cursi, reescribirla. La guerra lo ha cambiado, lo ha endurecido por fuera, pero lo ha ablandado por dentro. ¿O será que debe guardarse ese espacio de humanidad para no volverse loco? ¿Tal vez escribir sea un acto de rebeldía contra un mundo que ya no comprende?

«Tan bello como empezó el día, tan cruel termina. Es de noche de nuevo y nos enteramos de que el preso ha sido aprehendido. Fue delatado por otro noruego. Lo ejecutaron al instante; le volaron los sesos. Tenía dieciocho años. Estaba preso por robo y le faltaba cumplir tres años de condena. Me imagino el dolor de la madre al

enterarse y pienso en la mía esperándome en casa. Ojalá nunca tengan que darle semejante noticia.

Me duele el mundo. Por favor, escíbeme pronto.

Tu Kurt».

Capítulo XVIII:

Tú también le perteneces al *Führer*

Hannover, 11 de junio de 1941

Ataviada de blusa blanca, falda larga azul y zapatos aptos para el senderismo, Dora se contempla en el espejo. El pañuelo de piel con su nudo lo volvería el atuendo perfecto, pero sólo se lo otorgarán una vez comprobado su carácter de políticamente confiable. Llevar el cabello largo y suelto no está bien visto; trenzas y rizos son la regla. Su cabello es demasiado corto para trenzarlo. El maquillaje y los tacones están prohibidos, al igual que fumar.

Tras cantarle la canción de cumpleaños a Elfriede y sorprenderla con un pequeño pastel, se alista de mala gana para una velada en la Casa de la Liga de Muchachas Alemanas en el *Ballhofplatz*. Cada miércoles pasará dos horas con esa actividad. Puesto que acaba de cumplir catorce años, la pertenencia a esa liga se hizo obligatoria para ella. Nunca perteneció a la Liga de Chicas Jóvenes, para niñas menores de catorce. Georg se había negado rotundamente a que las niñas formaran parte de la maquinaria que tanto detestaba. Para no incurrir en multas previstas por la ley para padres que se negaran a que sus hijos se unieran a las diversas asociaciones, o peor, en encarcelaciones, convenció al director de la escuela, un viejo amigo, que testificara que las niñas no estaban en condiciones de cumplir con las exigencias de la escuela sin la exención.

Con la muerte de Georg, las cosas cambiaron. Su madre, en sus pocos momentos lúcidos, tiene cada vez más miedo de que sus hijas sufran represalias por no cumplir con los requisitos. Dado que las

actividades de Georg estaban de por sí en el radar de las autoridades, quienes las consideraban como críticas al régimen, puede acarrear efectos negativos.

De modo que ese día, acompañada de Ellie, Dora irá a la reunión.

—Apúrate, no querrás llegar tarde el primer día.

Minutos después, ambas están caminando en dirección del *Ballhofplatz*.

—Sólo te podré acompañar algunas veces. Como hoy cumplo diecisiete, me cambiarán a «Fé y Belleza».

—Ni tan creyente ni tan bella.

Ambas se carcajean antes de que Ellie se ponga seria y la regañe entre dientes.

—No en la calle, Dorita. Nos meterás en problemas. Aunque fue divertido.

Le guiña el ojo a su hermanita.

—Ellie, ¿te puedo hacer una pregunta hipotética?

—¿De esas que le pasan a las amigas de tus amigas?

—Exacto.

—Dime. Como inexperta en asuntos del corazón no sé si te pueda ayudar, pero te escucharé.

—¿Cómo sabes que se trata de eso?

—Tienes catorce, ¿qué más va a ser? Si, además, lo anuncias con mucha secrecía. Y ya todos estamos hartos de hablar de la guerra, así que más te vale que sea algo jugoso.

Siendo el camino bastante largo, y el clima idóneo para una caminata bajo los rayos del sol en un cielo despejado, Dora se toma el tiempo para relatarle a Ellie todos los pormenores de su predicamento con los dos jóvenes.

—¿Peter no te ha dirigido la palabra desde la cita fallida?

—Lo veo de repente entregando las cartas, pero se comporta frío.

Muchas veces pasa Hansi. Tal vez no esté bien con todo lo que le pasó con su pierna.

—Pues ¿cómo estarías tú si te vuelan una pierna y despiertas todas las noches con pesadillas porque revives cada segundo del fatídico evento?

—¿Eso te lo contó?

—No, tonta, pero no necesito ser maga, sólo intuitiva. Todavía te falta madurar un poco más, pequeña. Un amigo mío regresó sin manos. Está destrozado. Tampoco quiere hablar mucho de aquello, pero una mañana se abrió conmigo y su hermana. Ni te quiero platicar, tendrías pesadillas.

—Intentaré hablar con Peter, por lo menos para disculparme por ser insensible. Pero también, ¿debo disculparme por no entender esos horrores, por no haber estado en combate?

—No es eso, Dora. Sólo se trata de ser empática. Ve a mamá, aún no superaba el primer ataque aéreo cuando el segundo le arrebató al bebé. Sigue deprimida y nos necesita.

Dora suspira.

—Para que veas que tampoco la tenemos fácil. Primero perdemos a papá, después a Georg y ahora crecemos prácticamente sin figura materna. Me imagino que es aún más difícil para ti. Siempre te haces la fuerte para protegerme. ¿Y quién te protege a ti?

Ellie le da un abrazo en plena calle.

—Gracias, pequeña. Siempre estaré para ti.

—Me estás ahogando. Además, ya no estoy tan pequeña. Mejor dime qué hago con Kurt.

—¿Qué te dice tu corazón?

Otro suspiro de Dora.

—Creo que tienes tu respuesta. Ahora corre, ya va a comenzar la velada.

Se adentran en una casa de entramado, el *Spittahaus*, misma que alberga la Liga de las Muchachas Alemanas, encima de cuya entrada hay una runa y la frase: *Wir Jungen haben die Aufgabe, neue Wege zu suchen und zu bahnen und den Mut, sie zu gehen*.

—«Los muchachos tenemos la tarea de buscar y abrir nuevos caminos y tener el coraje de seguirlos» —lee Dora en voz alta.

—Muy bien, vas muy bien.

La que la halaga es una líder local del BDM⁵, una chica que no puede ser mucho mayor que Ellie.

—Apúrense, estamos a punto de comenzar.

—Te llevo a tu salón, Dora, yo tengo que reportarme en la cocina para una clase.

—¿Y yo qué clase tengo?

—Según yo, hoy les toca ciencia racial.

—¿No puedo ir contigo a cocinar? Sabes cuánto me gusta.

—Yo no hago el programa. Te tocará cocinar en algún momento. Cocinar, leer, cantar, hacer manualidades, coser... No hay más.

—Es lo que hago en casa, ¿por qué no hacemos cosas más divertidas aquí?

La líder del BDM, quien las apura a que entren a sus respectivas actividades, las escucha y les dice en tono dulzón de sabelotodo:

—Porque es todo lo que una futura madre alemana debe saber. Eso es precisamente para lo que te queremos preparar.

Ellie le sisea a su hermana:

—Te dije que cuidaras tu lengua suelta.

Dora toma asiento entre una veintena de chicas entrenzadas de su edad, todas una epítome de la mujer alemana; todas futuras madres alemanas. Es una especie de salón de clase, con mesas dispuestas en forma de herradura.

Sin preámbulo, la sesión comienza:

—Como saben, hay diferentes razas de personas y una de ellas está destinada a gobernar. Distinguimos principalmente entre dos razas: los arios y los judíos. La raza aria debe mandar. Clara, ¿dime por qué?

Una chica flaca de lentes y trenzas del color de un campo de heno se levanta como picada por un insecto y declara:

—Como raza original, es superior a todas las demás y, por tanto, está destinada a gobernar a la humanidad.

—Excelente. Agnes, ¿cuál es el ideal de un ario?

—Rubio, de ojos azules, energético, fiel.

Agnes tiene el cabello café oscuro y ojos marrones. Dora no está segura qué opina la buena Agnes de lo que acaba de salir de su boca.

—A ver, tú, la nueva, ¿cómo te llamas?

Todas voltean a ver a Dora.

—¿Yo?

—No creo que sea bizca... Sí, tú. Levántate. ¿Cómo te llamas?

—Do-Dora.

—La nueva tartamudea o se llama Dodora. Dime, Dodora, ¿cómo reconocemos a un judío?

—La verdad, no conozco a muchos judíos. En la escuela hubo una chica que se llamaba Anne, se parecía un poco a Agnes, tenía el cabello y los ojos oscuros. Pero dejó de acudir hace más de un año. Creo que se fueron del país.

—Como lo deben hacer todos. Pero no sé qué te enseñaron en tu escuela; tu ignorancia es deplorable. ¿Cómo vas a detectarlos y odiarlos? Ven al frente. Mientras, Lore nos dirá las características del judío.

—Es moreno con ojos oscuros, vago y engañoso.

En lo que Dora pasa al frente, piensa que conoce a muchos

alemanes con esas características.

La líder la pone frente a un tablero cuya sección izquierda muestra ejemplos de jóvenes de su edad de la raza aria y, la derecha, muchachos judíos. Recuerda las palabras de Ellie de cuidar la lengua, por lo que pasó con Georg, y decide que hoy no es el día de buscarse problemas, sino de seguirle la corriente a la señorita. Ésta le entrega un puntero.

—Apunta a la nariz torcida del judío.

Dora obedece. La del sujeto en el tablero sí se ve horrenda, lo admite.

—Muy bien. Ahora muéstranos su frente alta.

Dora no piensa que sea más alta que la suya, pero hace lo que le piden.

—Señala su cráneo plano en la parte de atrás.

Está igual al suyo, pero hoy no discutirá.

—Sus orejas prominentes.

Menos mal que las tuyas se esconden debajo de sus rizos.

—Su mirada astuta y furtiva. Muy bien. Apréndete estas características, Dodora, te haré examen en la siguiente sesión.

Mientras Dora regresa a su lugar, la líder sigue preguntando.

—Sieglinde, ¿qué debemos hacer con la raza judía?

—Destruirla.

—¿Y con la raza aria?

—Mantenerla pura.

—Ute, ¿cómo logramos esto?

—Casándonos con arios puros y regalándole muchos hijos al *Führer*.

—Maravilloso.

Tras otra vuelta eterna de preguntas y respuestas de la misma índole, la maestra da por concluida la sesión entonando una canción

patriótica con ritmos de marcha.

—Recuerden motivar a los soldados valientes que defienden nuestra patria como héroes en los campos de batalla. Envíenles muchas cartas para darles ánimo.

Eso interesa a Dora. Antes de salir del salón, se acerca a la líder y le expone su dilema con Kurt. La respuesta lacónica es:

—Muchacha, tu tarea no es cuestionar, sino apoyar. El tal Kurt te necesita, ¿no te das cuenta? Déjate de tus niñeces y escríbele al pobre muchacho. Si no, ¿qué otros chicos se fijarán en una ignorante como tú? Deberías dar las gracias por tenerlo. De veras. Recuerda que tú también le perteneces al *Führer* y debes contribuir con lo que te corresponde.

Cabizbaja y pensativa sale del salón para encontrarse en el pasillo con Ellie.

—Vámonos a casa, ya va oscureciendo. Cuéntame, ¿qué aprendiste?

—Veamos: que soy una ignorante, que debo escribirle a Kurt, ah, y que si no fuera por mi nariz, sería judía.

Temblorosa, Ellie le tapa la boca y no la suelta hasta que estén a cien metros del *Spittahaus*.

Capítulo XIX:

El pacto con el diablo

Hannover, Hötensleben, Trondheim, 22 de junio de 1941

«A las cuatro de la mañana Hitler atacó e invadió la Unión Soviética. Se ha firmado solemnemente un tratado de no agresión que está en vigor entre los dos países. Alemania no había presentado ninguna queja por su incumplimiento. Bajo su manto de falsa confianza, los ejércitos alemanes se agruparon con inmensas fuerzas a lo largo de una línea que se extendía desde el Mar Blanco hasta el Mar Negro, y sus flotas aéreas y divisiones blindadas ocuparon sus posiciones de forma lenta y metódica.

Entonces, de repente, sin declaración de guerra, sin siquiera un ultimátum, las bombas alemanas cayeron del cielo sobre las ciudades rusas; las tropas alemanas violaron las fronteras y una hora después, el embajador alemán, que hasta la noche anterior prodigaba a los soviéticos sus promesas de amistad, casi de alianza, llamó al Ministro de Asuntos Exteriores ruso para revelarle que existía un estado de guerra entre Alemania y la Unión Soviética.

Hitler es un monstruo de maldad, insaciable en su sed de sangre y botín. No contento con tener a toda Europa bajo sus talones o aterrorizada con diversas formas de sumisión abyecta, ahora debe llevar a cabo su obra de carnicería y desolación entre las vastas multitudes de la Unión Soviética y Asia. La terrible máquina militar que nosotros y el resto del mundo civilizado tan tonta, tan supina e insensatamente permitimos que los gánsteres nazis construyeran año tras año casi a partir de la nada, esta máquina no puede

permanecer inactiva, so pena de oxidarse o desmoronarse. Debe estar en continuo movimiento, triturando vidas humanas y pisoteando los hogares y los derechos de cientos de millones de hombres».

Kurt y Dora, tan lejos, pero en ese momento tan cerca, escuchan, cada quien desde su paradero actual, con las quijadas caídas, cada palabra proveniente de los labios invisibles de Winston Churchill, claramente disgustado e indignado. Dora se siente sola con su escucha clandestina. Georg sabría qué decir. La muchacha resuelve sentarse a escribirle a Kurt, quien en Trondheim comienza a temer por una posible reasignación a otro frente. En la cercana Höstensleben, una delicada Ella tiembla por el destino de su hijo, sabiéndolo hasta ahora a salvo en un país de bajo riesgo. Con mano trémula, toma la pluma y le dirige una misiva a su hijo único. La mujer severa con nervios de acero sufre un instante de inusitada ansiedad.

Capítulo XX:

Permiso denegado

Trondheim, 16 de julio de 1941

—Correo.

El soldado que entrega el correo del campo da su vuelta acostumbrada por la tarde.

—Dos cartas para Schütze. Dos mujeres endulzándole el oído al soldado Kurt. ¡Insaciable, el joven! Dora y Ella. ¿Con cuál se va a quedar, joven enamorado? ¿O le romperá los corazones a ambas?

—No es que sea de su incumbencia, pero siendo que una de ellas es mi madre, con ambas. Y ahora deme mi correspondencia antes de que le dé un coscorrón.

—Ya veo que el afecto le arrebató a uno el sentido del humor. Por eso no me enamoro.

El que tiene el corazón roto desde hace meses es Kurt. En ese momento le late con una violencia desconocida en el pecho, tanto que le da miedo que le vaya a explotar. Para evitar otra interrupción de alguno de los compañeros, se lleva las cartas a la parte trasera de la cabaña donde suele fumar con Ernst y Rudolph. Se instala bajo los rayos cálidos del sol del atardecer que aún brilla sobre los picos de las montañas y lo envuelve en un abrazo consolador. Cierra los ojos, disfruta el momento, escucha el rugido del río de montaña que pasa por debajo y respira hondo. O lo perdona o le dice adiós pidiéndole que nunca más la busque. Está indeciso si quiere saber o si prefiere seguir viviendo con la incertidumbre, misma que encierra esperanza. Finalmente se arma de valor y lee las líneas que le dedicó

Dora.

Hannover, 22 de junio de 1941

«Kurt:

El "querido" aún no me nace después de tu confesión. Tendrás que recuperar mi confianza si quieres mantenerme en tu vida. A decir verdad, en este momento te escribo más por un sentido del deber que por convicción. Mi corazón sabe por quién late, para él parece ser tan claro y fácil, pero mi razón me dice que tenga cuidado y que me proteja. Y el hecho de que te escriba aún no quiere decir que te perdono y mucho menos que he olvidado.

Hoy supe de la invasión de la Unión Soviética y me pasan demasiadas cosas por la cabeza. Extraño a mi padrasto y nuestras pláticas. Me falta alguien con quien conversar de verdad. Mi hermanos pequeños aún no comprenden la gravedad. Madre sigue como ida. Perdió a su bebé en el último bombardeo de Hannover; sí, estaba embarazada. Está encerrada en su mundo de dolor y sufrimiento, y con Ellie no puedo hablar abiertamente de estos temas. Opina que mis habladorías nos costarán la vida algún día. Ella sólo se hace una trenza y se adapta. ¿Será tan fácil? Mi cabello aún es demasiado corto y rebelde como su dueña para hacerme una, pero lo dejaré crecer para hacer la prueba.

Ha pasado tanto desde que te escribí por última vez: el ataque aéreo, fui al cine para ver la primera película a color de Alemania y me uní al BDM donde aprendo a cocinar, coser y hacer manualidades para convertirme en una futura madre ejemplar que sabe distinguir entre las razas dignas de vivir y aquellas destinadas a perecer.

Seré sincera: un amigo me invitó al cine. Retornó de la guerra sin

un chamorro y se niega a hablar de lo ocurrido. Ahora lleva una prótesis y trabaja de cartero. Cuando quise indagar cómo sucedió, me dejó de hablar. Me recomiendan que lo busque para disculparme de mi insistencia, que lo comprenda y creo que lo haré pronto. Es buen chico.

Suficiente por hoy.

Dora».

Kurt se siente aliviado de que Dora lo perdone, aunque ella afirme lo contrario. Sus actitudes de niña pequeña restregándole al «amigo» en señal de venganza ponen de relieve la clara diferencia de edades entre ambos y su falta de madurez, pero es normal en una chica de catorce años. Con el tiempo vendrá la sabiduría. Comienza a leer la carta de su madre, misma que lo deja intranquilo. Dice sentirse enferma de gravedad, débil, probablemente algo del corazón. Los doctores están conduciendo pruebas médicas para proveerle un diagnóstico certero.

Minutos después se presenta en la oficina del corporal para solicitarle vacaciones del frente con base en la enfermedad de su señora madre. Tras leerle el pasaje de la carta, el corporal responde:

—Privado Schütze, en este momento no son más que asunciones. Con la situación agravante de la invasión de la Unión Soviética precisamos de cada cabeza. Tres millones de soldados han sido movilizados para esa operación. Podrá darse por bien servido si no lo reasignan al frente ruso. Cuando su madre tenga un diagnóstico y esté confirmada la gravedad que alega, regrese a pedir su permiso con evidencias. Y recuerde que en ocasiones el permiso tarda medio año o más en otorgarse.

—¿Medio año? Para entonces mi madre habrá fallecido de un ataque al corazón.

—Lo siento, privado, no hago las reglas. Su país lo necesita ahora más que nunca.

—Mi madre no tiene a nadie, corporal.

—Le aseguro mi comprensión y mi simpatía, pero debe ver el panorama completo. Esta guerra nos pide sacrificios a cada uno de nosotros.

Capítulo XXI:

Creo que mi pierna sigue allí

Hannover, 18 de julio de 1941

—Lo peor son las noches: busco las respuestas en mis sueños. Cuando me duele demasiado y no puedo dormir, creo que mi pierna sigue ahí debido a los dolores fantasma. Cuando sí logro descansar un poco y despierto, miro bajo el edredón y palpo el resto de mi pierna con la mano para luego darme cuenta de la verdad, engañado y reticente.

Su mirada la atraviesa, como si Dora no estuviera presente. Cuando Peter le abrió la puerta, sorprendido, no creyó que tan sólo veinte minutos después estarían sentados a la mesa de la cocina de su familia compartiendo sus momento más oscuros y dolorosos de la guerra. Parece que, al admitirla en su hogar, derribó también una compuerta emocional dentro de él y todo el dolor acumulado sale a borbotones.

—Estuvimos patrullando. Un poco antes de medianoche pisé una mina acuática al atravesar un río. Al principio no hubo dolor, pero me desplomé. La oscuridad me impedía reconocer el alcance de la herida, pero ya no sentía la parte inferior de la pierna. Entonces el dolor se disparó y me di cuenta de que estaba perdiendo sangre; tenía que hacer algo rápido para no desangrarme. Llevaba en la mochila torniquetes para atar las extremidades, pero como también tenía las manos heridas, no pude ponérmelos. Un compañero me ayudó y luego tuve que esperar horas hasta que me rescataran. Lo peor para mí fue que no me permitieron gritar. Eso habría llamado la

atención de las tropas enemigas. Recuerdo cada segundo desde que pisé la mina.

»Pasé varias semanas en un hospital militar antes de que me mandaran de regreso, después de una cirugía de sustitución del muñón. Con una pierna amputada, estaba postrado en cama, compartiendo una habitación con otros cuatro heridos. Escaseaban suministros hospitalarios y medicina. Los médicos y enfermeros a menudo tenían que ser muy «creativos».

La madre de Peter irrumpe en la sesión de confesiones bélicas. Va llegando de la calle y parece feliz de que su hijo tenga compañía. La mirada de Peter parece regresar sólo lentamente del pasado al presente, ajustándose como una pupila de la oscuridad a la luz.

—Pero hijo, ¿no le ofrecerás aunque sea un té a tu amiga? ¿O debería decir novia? Nunca has traído a ninguna chica a casa.

—Madre, ¿así o más inapropiada?

Dora se ruboriza y sólo logra farfullar un débil:

—Mucho gusto, señora, sólo pasaba a ver cómo sigue Peter.

—¿Entonces no son novios?

Su mueca expresa decepción y Peter le hace un ademán a Dora de salir de la cocina, para mantenerla a salvo del comportamiento embarazoso de su madre.

—Ven, vamos a salir al jardín mejor.

Parados en la cerca, mirando el ajetreo de la calle, Dora se dirige a Peter:

—No fue mi intención hacerte revivir esos horrores. Sólo vine a pedirte perdón por ser indiscreta.

—Pensé larga y detenidamente en nuestra salida. Yo soy quien debe pedirte perdón a ti. Sólo quisiste entenderme mejor; no me preguntaste con malas intenciones, lo sé. Me dio pena volverte a buscar después de mi reacción exagerada. Gracias por venir tú. El

maldito orgullo me ganó y no quise dar mi brazo a torcer. A decir verdad, nunca he sido bueno para compartir lo que llevo dentro; prefiero olvidar. Lo que es imposible, claro. Las pesadillas me asedian cada noche. No recuerdo la última vez que descansé bien.

Se voltea para contemplarla. La mirada de Dora está perdida en algún lugar y tiempo lejanos. La brisa veraniega juega tiernamente con sus rizos y el sol poniente los acaricia con su tenue brillo. Peter la podría observar así por horas y sentir que nada malo puede pasar en su presencia. Le confiere un espacio en esa burbuja pacífica en la que puede respirar con serenidad, a salvo de los horrores que se manifiestan en sus pesadillas.

—Tierra llamando a Dora.

Cuando ésta voltea desconcertada, y la poca luz del atardecer le ciega los ojos soñadores, Peter no logra gobernarse. Como movido por hilos invisibles, encierra el rostro de la muchacha en sus palmas y le planta un beso tímido en los labios.

La besada no sabe ni qué le pasa. Está demasiado sorprendida para oponer resistencia. Cuando sus labios se despegan, su cara adquiere el rubor de los jitomates que crecen en el huerto a un lado de la cerca. Ella murmulla algo ininteligible y sale corriendo del jardín. Tropieza con la madre de Peter, quien fue testigo de la muestra de cariño entre los dos jóvenes.

—Ya decía yo que sí son novios, hijo. Pero ten cuidado, ella es menor de edad.

—Mamá, no empieces.

Se queda en la cerca y observa como Dora se aleja corriendo de su casa. Sonriendo piensa para sus adentros: «Pero sí que lo seremos».

Dora corre por las calles sin rumbo, desorientada como si la hubiera partido un rayo. ¿Entonces así se siente? Ese primer beso del que sus amigas y ella tanto hablan. Se detiene, se toca los labios, sonríe, frunce el ceño, se enfurece, vuelve a sonreír a medias. En ese vaivén de emociones y confusiones hormonales logra encontrar el camino a casa donde su hermana la espera con los puños en la cadera.

—Vaya, señorita, ahora sí me dejó pero bien botada con las tareas de la casa. ¿Qué tiene que decir en su defensa?

—Que he sido besada. Juro que no fue mi culpa. Me besaron.

Con esas palabras y las mejillas encendidas deja a la primogénita de la casa sin habla y parada sola al pie de la escalera. Ésta sólo voltea los ojos consternada, pero después, también trae una sonrisa en los labios. ¡Bien por su hermanita! El suceso la distraerá un momento de sus pensamientos oscuros y su lengua suelta. Mejor que la emboque un chico que su imprudencia juvenil. Con eso Ellie se entrega a los recuerdos de su primer beso, ese instante inolvidable que jamás se podrá repetir. El primer beso siempre será el primero, no hay otra oportunidad de obtenerlo. Uno debe pensar bien con quién lo comparte, a menos que sea robado. Como el que le arrebató Ludwig hace años a la orilla del lago, en la penumbra, con las luciérnagas bailando a su alrededor, iluminando la escena como una sucesión de luces en un montaje romántico. ¡Qué tiempo aquellos! Con un suspiro se vuelca nuevamente en su ocupación de cocinar una sopa. Se darán cuenta hasta la hora de la cena que a Elfriede, por entregarse a memorias placenteras del pasado, se le ha pasado la mano con la sal.

Mientras, Dora en su cuarto contempla el retrato de Kurt y le platica sus penas:

—No es justo. Me robaron el primer beso. No puedo deshacerlo y nadie me regresará la oportunidad de volver a tenerlo contigo. Deseaba que fueras tú, Kurt, así tuviera que esperar no sé cuántos años hasta que regresaras de la guerra, pero quería que tus labios fueran los primeros que tocaran los míos de esa manera. ¿Por qué alguien viene a arrebatarnos ese derecho, por muy rico que se sintió?

El rubor sube de nuevo a sus mejillas. Suspira.

—Me debió pedir permiso. Me escuchará cuando tenga oportunidad de reclamarle.

Capítulo XXII:

¿Me permitirías visitarte?

Trondheim, 19 de julio de 1941

«Mi querida Dora:

Casi un mes ha pasado desde la invasión del territorio soviético. Aquí no se sabe mucho sobre el progreso, pero los chismes abundan. Me imagino que hay numerosas bajas del lado soviético, con tres millones de soldados alemanes y más de tres mil tanques irrumpiendo su espacio. Sin embargo, parece que los rusos resisten más de lo esperado, a pesar del efecto sorpresa.

Aquí, la relación entre los noruegos y nosotros, que hasta ahora ha sido en gran medida correcta, ha cambiado. Los conflictos con los locales están llegando a un punto crítico. Hay quienes gritan *leve Kongen* —viva el rey—, otros derriban la silla de un soldado alemán o le escupen a la cara a un miembro del ejército alemán en un restaurante. Dañan las instalaciones de la *Wehrmacht* o atan explosivos a los rieles, hay arrestos porque han sido arrancados carteles de la Comisaría del *Reich*. La gente pone Radio Londres al máximo volumen mientras pasa una columna alemana, otros cantan el himno real o la Internacional. Se producen numerosas detenciones por posesión de periódicos ilegales que contienen artículos de noticias anti alemanas o llamados a actuar contra nosotros como potencia ocupante. La policía de seguridad arrestó a varios noruegos por agresiones contra nosotros, los soldados. Varios compañeros han sido insultados, acosados, escupidos, se burlan de nosotros, nos insultan, amenazan, no ceden en la carretera.

Rudolph fue atropellado por un local que manejó en estado de ebriedad, tras una fiesta en un bar. Se habían peleado por un insulto proferido por el noruego a Rudolph. Lo esperó afuera y simplemente lo arrolló. Por suerte no tuvo consecuencias graves para Rudolph; sigue convaleciente en la barraca de enfermería, pero más allá de algunas costillas rotas y magulladuras, está bien. Pudo haber resultado en lesiones mucho más graves. Siguen buscando al perpetrador, quien por supuesto escapó de la escena del crimen.

Dora, mi madre está enferma del corazón y estoy tratando de conseguir un permiso de vacaciones del frente. Me ha sido negado hasta que mamá no produzca un diagnóstico que valide su condición, e incluso cuando así lo haga, el permiso puede tardar mucho tiempo en otorgarse, meses tal vez. No obstante, quisiera preguntarte: si obtengo la licencia, ¿me permitirías visitarte? Sueño con un encuentro contigo casi todas las noches, aunque sólo sea una remota posibilidad. Me llena de una ilusión indescriptible imaginar que toco en tu puerta con el pulso en el cuello y las sienes y el corazón queriéndose salir de mi pecho, sin saber si veré tu carita de ángel sonriéndome con las mejillas ruborizadas o si será tu madre o tu hermana quien me correrá al instante para proteger a su pequeña de un hombre mayor. Ojalá seas tú y pueda robarte un beso antes de que lo puedas pensar. ¿Habrás besado a alguien a tus catorce años? Ojalá que no y sea yo el que te regale esa experiencia irrepetible. Tengo una sonrisa en la cara que no quepo en mí. Quiero verte, bonita. Esa ilusión me infunde ánimos.

Se despide de ti este hombre enamorado.

Por siempre tuyo.

Kurt.

P.D.: Es inútil restregarme a tu "amigo" en la cara. Lo haces para

ponerme celoso, pero sé que tu corazón late por mí. No lo niegues».

Capítulo XXIII:

No se la lleven

Hannover, 3 de agosto de 1941

—Madre, tenemos que hablar.

Elfriede se planta firmemente en el umbral del dormitorio de quien la trajo al mundo, con voz firme y actitud resuelta de hacerla reaccionar. Al no recibir más que un gemido ahogado proveniente de debajo de las sábanas, agarra las últimas y destapa el cuerpo inerte. Levanta el tronco de su madre y la sacude para ver si así puede infundirle algo de sentido.

—¡Mamá, por favor! ¡Dora no podrá con todo esto sola!

Dora escucha los gritos desde su habitación y aguza el oído, sobresaltada. Concentrada en una carta dirigida a Kurt, la conmoción tarda en perforar su burbuja.

«¿Como por qué debo poder sola con todo?». Se acerca de puntillas para escuchar mejor.

—Mamá, escúchame. Me mandarán a mi año obligatorio al campo, a ayudar a una familia alemana numerosa en una granja en Polonia.

Dora ahoga un grito en el pasillo y su madre por fin se incorpora en la cama. Descansa la espalda en la cabecera.

—No puedes hacer eso, Elfriede. No lo permito. No nos puedes dejar solas.

—No es precisamente voluntario, por si no lo recuerdas, madre. Parece que ya no sabes qué pasa en este país.

—Esta es una familia numerosa, te deben otorgar una exención. Puedes aprender el manejo del hogar y el cuidado de los niños aquí

en casa. Ya lo estás haciendo. Hablaremos con alguien en la agencia de trabajo para que te liberen. O te casas, te exentan si estás casada, ¿no?

—¿Te estás escuchando? Hago de madre, cocinera, señora de la limpieza... Carajo, Dora y yo hasta lavamos la ropa interior cochina de tus clientas ricas para que no pierdas tu única fuente de ingreso cuando finalmente despiertes y asumas tus responsabilidades maternas. Tomé tu lugar y estoy permitiendo que sigas evadiendo lo que te corresponde. ¡Se acabó, madre! ¿Y ahora me quieres casar para que todo siga igual? Eres increíble, pero tu hija tonta ya se despabiló. Si quieres saber: deseo irme, tuve suficiente, reventé. Debo salir de aquí. Me asfixia esta vida. Por lo menos en el BDM me hacen sentir importante. Me voy en una semana.

Con esas palabras azota la puerta para encontrarse a una espantada Dora en el pasillo, cuyos ojos están llenos de lágrimas. Su cuerpo tiembla como ramita en el viento. Ellie la toma en sus brazos, poniéndose a llorar también.

—Lo siento, pequeña, no quise que te enteraras de esta manera. No pude guardar más el secreto, no tardo en partir.

—¿Qué pasará conmigo, Ellie? Tengo miedo.

—Debes ser fuerte, Dorita. Muy fuerte. En la semana que me queda, haré lo posible para sacar a mamá de ese estado de apatía. También encontré a *Onkel* Fritz, un hermano de papá que nunca conociste. Se dará una vuelta de vez en cuando para ver si necesitan algo.

—¿Tengo a un tío?

—Así es. Nada más que mucho ojo con él; nada de lenguas sueltas. Es un firme seguidor del sistema, en cuerpo y sangre; no sé si tendrá alma. Así que no hables de esas ideas que Georg metió en tu mente rebelde, te lo ruego.

Esa noche llora hasta quedarse dormida. No se ha sentido tan sola desde que Georg falleció. A pesar de su numerosa familia, se siente huérfana en su propia casa. Elfriede es su cómplice, su mejor amiga desde el embarazo de Gúndula, a quien su familia exilió a un hogar lejos de casa para que nadie se entere de su condición. Lo más probable es que ya tuvo al bebé, pero no ha regresado a casa. No le ha escrito desde su partida. Y ahora se va Ellie.

Manda una súplica al cielo, no sabe bien a quién va encaminada, pero pide con todo su ser que no se lleven a su hermana mayor.

La carta dirigida a Kurt yace sin terminarse sobre su pupitre. No le queda energía de terminarla esa noche.

Capítulo XXIV:

Corazón de madre

Hötensleben, 18 de agosto de 1941

«Mi querido Kurt:

Pienso en ti en todo momento mientras agonizo lentamente a merced de este corazón defectuoso que cada día me falla más. Es como si supiera que sólo estará entero cuando el niño de sus ojos regrese al hogar a componerlo con su presencia alegre. El corazón de una madre no está completo si no puede ejercer sus responsabilidades maternas. Temo que se está rindiendo y rompiendo en mil pedazos si no te ve pronto.

Te anexo el diagnóstico del doctor Peters. No entiendo los términos médicos, “insuficiencia cardíaca” lo interpreto como corazón de madre destrozado. Este corazón es insuficiente por tu ausencia. Experimento dificultad para respirar, fatiga, hinchazón en las piernas y el pulso acelerado. Dice el doctor que es incurable, sólo podemos disminuir los síntomas si ingiero menos sal, limito los líquidos y tomo religiosamente los medicamentos que me prescribió.

Ven pronto, temo que no resistiré mucho. Concédeme el deseo de volverte a ver por si acaso el final esté cerca.

Tu madre agonizante que te abraza contra su pecho».

Ella se carcajea mientras cierra el sobre. Sobreviviría a todo el mundo, de eso estaba segura. Estaba saludable como un caballo

premiado y si alguien supiera del soborno pagado al doctor Peters, ambos terminarían encarcelados. Una mano lava a la otra y el médico venido a menos alimentaría a su hambrienta familia por algunos meses mientras Ella vería a su hijo por unos días y le ayudaría a ver al amor de su vida.

Sus líneas azucaradas marean a la astuta mujer sin sensiblerías al punto de darle un shock diabético, pero no está por fallecer de un corazón débil. Se imagina la cara de su vástago al leer su nota empalagosa.

Trondheim, 5 de septiembre de 1941

Su madre es un genio. Ha captado todas las indirectas que lograron evadir la censura a la que está sujeta el correo de campo. Ahora Kurt tiene en sus manos lo que necesita para comenzar a tramitar su licencia del frente. Enseguida se marcha a la oficina del corporal para retomar el tema con su supervisor.

Capítulo XXV:

Condúcete con decoro y recato

Hannover, 5 y 6 de septiembre de 1941

Tras el estallido de Elfriede, su madre regañada no logra sacudirse los reproches proferidos. La indignación inicial cede pronto ante el reconocimiento de que tiene toda la razón. Su enclaustramiento fue necesario, pero egoísta. Sólo contemplaba su propio dolor, su sufrimiento, el vacío en sus entrañas donde se estaba gestando una nueva vida. No lograba dilucidar que sus hijas estaban luchando con sus propios demonios y encargándose de batallas ajenas.

Ahora se encuentra intranquila y ansiosa por demostrar lo contrario. La bata blanca de dormir que la cubre hasta los tobillos ondea levemente en la brisa nocturna mientras vaga de puntillas por las habitaciones de la casa, con cuidado para no despertar a nadie. Se asoma a la habitación de sus hijos y los cinco se encuentran ya en otro nivel de conciencia onírica. Dora y Ellie parecen unas señoritas elegantes hasta en sus sueños. Los pequeños, quienes comparten la misma cama, se aferran unos a otros y a sus desgastados peluches de un sólo ojo. El cabello empapado está pegado a sus sienes. A pesar de que es una noche de verano, la brisa que entra por la ventana es ligeramente fresca. ¡La ventana está abierta! Sus hijas no aprenden. Al acercarse nota un pliego de papel bailando sobre la mesa, movido por la leve ráfaga. Reconoce la letra de Dora. Leer cartas ajenas no es correcto, pero su hija tuvo la imprudencia de dejarla a la vista como si quisiera que alguien la encontrara. Levanta el papel y lee las líneas enamoradizas a la luz de

la luna, misma que se asoma como otra chismosa a la habitación, sumando dos cómplices nocturnas.

Sabe que su hija se está escribiendo con un soldado, pero ¿en qué momento florecieron tales sentimientos? Seguro es sólo una fantasía juvenil, pero decide estar más al pendiente de la correspondencia de su hija, en caso de que se esté haciendo ilusiones. Se da cuenta de que su ausencia emocional ha dado pie a que su hija no se comporte con el recato debido al dirigirse a un joven.

Tras una noche corta en la que le atormentan la culpa y las palabras de Elfriede, se levanta temprano, se amarra un delantal y un montón de resolución y se pone a preparar el desayuno sabatino para su familia, por primera vez en meses. No encuentra gran cosa en los anaqueles, pero hará magia con la harina y les preparará unas pocas crepas a sus múltiples bocas ansiosas. El hambre se ha convertido en una parte natural de sus vidas. Para no caer en pensamientos oscuros, prende la radio de la cocina y se pone a bailar, canturrear y chiflar una melodía juguetona:

Du und ich im Mondenschein, dass könnte so romantisch sein, wenn ich sonst auch sehr modern bin, dazu sag' ich doch nicht: nein.	Tú y yo a la luz de la luna: podría ser tan romántico, aunque por lo demás soy muy moderna, no voy a decir que no a eso.
--	--

Die blaue Nacht erzählt von Küssen, ein junger Mann will was von Liebe wissen.	La noche azul habla de besos, un hombre joven quiere saber sobre el amor.
--	---

Dora, atraída por el olor de las crepas y el indefinible origen de la alegría flotando hacia sus aposentos, baja extrañada frotándose los ojos. Debe ser un sueño agradable, pero no, allí está una extraña en su cocina moviendo el cuerpo demacrado de su madre con alegría.

—¿Y esa canción, mamá?

—*Tú y yo a la luz de la luna*, de Ilse Werner. Ven, baila conmigo.

Con esas palabras agarra la mano de su sorprendida hija y la arrastra al centro de la cocina para involucrarla en un baile que parece más bien un ataque epiléptico. Lo bueno es que nadie las ve en ese momento. Sin embargo, a Dora le da gusto que su madre haya salido de su letargo, sólo quisiera que no se fuera al otro extremo de la euforia. No es un reflejo de su temperamento normal. Teme que en cualquier momento la depresión pueda poseerla de nuevo y arrastrarla a las tinieblas de su cama.

Al terminar la canción, su madre la invita a tomar asiento en el banco de esquina.

—Platícame, ¿aún te escribes con el soldado aquel?

—Claro, mamá, incluso la líder del BDM me dijo que era mi obligación infundirle ánimos para que defienda la patria con ganas renovadas.

—Recuérdame cómo se llama.

—Su nombre es Kurt.

—¿Y cómo va esto? ¿Ya llevan cuánto tiempo escribiéndose?

Su madre parece haber salido de su burbuja con demasiadas ganas de inmiscuirse en la vida privada de Dora, pero hoy ésta no tiene ganas de pelear. Está contenta de recuperar la atención.

—Desde abril del año pasado. No han sido demasiadas cartas, ya sabes cómo está afectado el servicio, pero logramos mantenernos en contacto a través de los meses.

—Muy bien, estoy segura de que tus líneas le ayudan a ese joven, a Kurt, a afrontar la guerra. ¿Cuántos años tiene?

—Diecinueve. Siento como si estuviera en una entrevista o un interrogatorio, mamá.

Su madre traga saliva. ¿No deberían asegurarse de buscarles soldados de una edad similar? Trata de imaginarse qué efecto podrían tener los juramentos de amor de una menor en una mente adulta tal vez inclinada a gustos más maduros.

—Conque diecinueve. Cinco años de diferencia son mucho a tu edad, mi pequeña.

—Francamente no sé qué tiene que ver siendo que nos escribimos cartas y nunca nos hemos visto. Y aunque estuviéramos saliendo, tú eres la última que me debería hablar de esa diferencia de edades. ¿No te llevaba papá los mismos cinco años?

No puede ganar un argumento con semejante hija sabelotodo.

—Busco protegerte, es todo. No sabes de las intenciones de un hombre adulto. Sólo recuerda conducirte con decoro y recato, con

prudencia. Las palabras de afecto, por muy inocentes, tienen el poder de desatar sentimientos en un hombre que tú aún no has experimentado. Aún no has besado a un chico y un adulto piensa en cosas mucho más allá de tu imaginación más alocada.

En ese momento recuerda con horror que anoche dejó la carta a Kurt abierta sobre su escritorio. Antes de que tenga oportunidad de gritarle a su madre en la cara que ya ha sido besada y reclamarle por leer su carta —¿cómo puede saber de otra manera de sus palabras de afecto?—, Elfriede entra a la cocina con los tres pequeños por detrás. Éstos corren a los brazos de su madre y se acurrucan en todos sus recovecos. Dora se gobierna; lo último que pretende es estropear la delicada alegría de la vida familiar renovada.

Las crepas le saben a gloria. Si bien no alcanzan a satisfacer el hambre constante de los seis estómagos reunidos alrededor de la mesa, lo aplacan por el momento. Lo más importante es que llenen de cariño sus almas sedientas, de carcajadas la cocina.

Como su madre insiste en limpiar por su cuenta cuando terminan, Dora corre escaleras arriba para poner la carta a salvo de miradas indiscretas. Sin embargo, en lugar de esconderla, se sienta a terminarla. Le cuenta absolutamente todo a Kurt, incluyendo el beso robado, aunque se siente culpable. También le relata la alegría del «regreso» de su madre y la pronta partida de Elfriede. Es una carta larga, sincera, sentida, y Dora está tan investida en sus sentimientos y ese mundo que tiene con Kurt, que no se entera de lo que pasa en la planta baja. Su madre sigue con la música a todo volumen en la cocina, con la ventana abierta, cuando un joven se asoma.

—*Guten Morgen, Frau Janzin*. Hace mucho que no la veo.

La aludida aún baila desinhibida mientras ordena el caos dejado por la familia durante el desayuno. Se voltea sorprendida.

—Peter, ¿eres tú? ¿Por qué estás en Hannover? Te hacía luchando en tierras lejanas por el bien de la patria.

—Larga historia, *Frau Janzin*.

—Cuando quieras platicármela, soy toda oídos.

—Le dejo aquí el correo, si le parece bien.

Deposita un bonche de sobres en el sillar de la ventana y se dispone a seguir su camino cuando lo piensa mejor y se da la vuelta.

—¿Está Dora en casa?

—Sí, ¿qué se te ofrece?

—Quiero saber cómo está después de que platicamos la otra vez.

—Conque se han estado viendo sin mi conocimiento, ¿eh?

—Disculpe. Pensé que lo sabía; lo último que quiero es causar problemas para Dora o faltarle al respeto a usted.

—Descuida, Peter. No he estado muy bien últimamente y no me he enterado de nada de lo que pasa en esta casa. Pero eso cambiará ahora. Así que cuéntamelo todo. Ven, te abro la puerta.

Minutos después, están como mejores amigos poniéndose al día y pronto a la madre le parece que el joven tiene potencial para contraer matrimonio con Dora en un futuro. Es responsable, maduro, trabajador, y sin duda alberga sentimientos honestos por su pequeña. Lástima que no venga por Elfriede, un pretendiente le sacaría el año obligatorio de la cabeza y le ayudaría a sentar la misma.

—Tengo una propuesta para Dora, *Frau Janzin*.

—Mientras que no sea de matrimonio. ¡Aún!

Su carcajada sonora llena el diminuto espacio.

—Ganas no me faltan, pero coincido que aún es muy joven para dar un paso así. Además, no estoy seguro de que realmente soy yo por quien late su corazón.

—¿Por qué lo dices?

—Trabajando de cartero, veo la frecuente correspondencia entre Hannover y Trondheim. Las veces que he convivido con su hija, creo ver algo en su mirada que a veces se ausenta. De hecho, allí en el bonche hay una carta de él. Si Dora escucha mi propuesta, tal vez la rechace, por miedo a deberme algo a cambio.

La madre suspira y voltea los ojos.

—No se lo digas, pero anoche leí una carta que dejó sobre su escritorio. Son tonterías de adolescente inmadura. No sabe nada de la vida ni del amor. Nunca ha visto al susodicho. Nos encargaremos tú y yo de que lo olvide. Ya verás.

—Si usted lo dice. Quiero proponerle lo siguiente: como pronto termina el octavo grado, no tardarán en obligarla en el BDM a realizar su año obligatorio. Las manos faltan por doquier ahora que tantos hombres han sido enviados al frente ruso. Temo que la manden a territorios ocupados. Mi tía es cocinera en la villa de un funcionario importante y están buscando ayudantes o *Pflichtjahrmädel*. Mi tía me podría ayudar a hablar bien de Dora a la pareja. De paso le podría enseñar a cocinar; sé que es su gran pasión. Tal vez usted la pueda convencer de aceptar, antes que se les ocurra despacharla a una granja polaca y allí Dios sabe qué hará con ella el granjero.

—Como a Elfriede.

—¿La mandarán a Polonia? Tal vez le puedo ayudar también. Y con más razón debemos actuar con Dora, estará feliz si la mandan a un lugar cercano a su hermana.

—Lo peor es que Ellie quiere ir, le urge salir de esta casa y no verme nunca más. Le agradezco que me haya despertado de mi letargo. Déjalo en mis manos, yo hablo con Dora y veremos cómo le sacamos las tonterías de la cabeza. Tú y yo deberíamos hablar más seguido, Peter, seremos mejores amigos.

Peter se marcha a seguir entregando cartas en el barrio. Minutos después Dora baja la escalera con el sobre en mano. Se asoma a la cocina.

—Mamá, ¿de casualidad ya pasó alguien del correo?

—Sí, Dora, de hecho, pasó Peter hace un rato; no sabía que estaba de regreso, nos pusimos al día.

Le guiña a su hija, quien se espanta. ¿Quién sabe qué secretos habrán salido de la boca de su amigo?

—Bueno, entonces iré a la Oficina de Correos a mandar esta carta.

—Si gustas, déjame el sobre, iré al rato a enviar unas cartas a nuestros familiares, seguramente ya deben estar preocupados por mi larga ausencia. Mejor ayúdame con la ropa, parece que se desatará una tormenta. ¿Ya viste el cielo?

—Está bien. ¿No llegó alguna carta para mí?

—No, Dorita, hoy no. ¿Estás esperando algo?

Decepcionada, sacude sus rizos y se dispone a meter la ropa colgada a secar en el patio. Su madre siente la conciencia turbada, pero está convencida de que actúa en el mejor interés de su hija.

Mientras Dora se encuentra ocupada en el patio, su madre abre la carta procedente de Noruega con cuidado en medio del vapor que sale de una olla en la estufa. Pretende entregársela al día siguiente, pero necesita leerla primero para enterarse de las intenciones del soldado desconocido. Tras abrir el sobre, lo guarda con todo y contenido bajo su almohada para estudiarla en la noche cuando sus hijos estén dormidos.

Capítulo XXVI:

Un hombre con una misión

Trondheim, 12 de septiembre de 1941

«Mi querida Dora:

Aún no recibo noticias tuyas; siento que me sigues castigando por mi error y lo merezco. Tal vez sólo sea el camino tortuoso que deben emprender nuestras cartas a través de trayectos destruidos por el hombre que en esta guerra arrasa con todo lo sublime.

Aquí en Noruega vivimos una huelga particular:

Melkestreiken en noruego, la huelga de la leche. Durante nuestra ocupación el suministro de alimentos se ha deteriorado y, hace unos días, se acabó la leche que se había distribuido a los trabajadores en las fábricas, por lo que se marcharon espontáneamente a sus casas. Alrededor de veinticinco mil trabajadores se declararon en huelga en Oslo. Se promulgó el estado de emergencia y se está aplicando la ley marcial. Para cumplir con el toque de queda impuesto a la población, los soldados patrullamos durante las horas prohibidas. Arrestaron a un líder sindical así como a su abogado y los condenaron a muerte; fueron ejecutados hace dos días. Otras dos cabecillas de la huelga también fueron condenadas a muerte, pero se rumorea que se lo conmutaron por cadena perpetua.

Las actividades de resistencia de los noruegos contra nosotros están incrementando cada vez más. Abrieron el campo de *Falstad*, en Ekne, a una hora de Trondheim, para encerrar allí a los miembros de la resistencia y otros prisioneros políticos que son aprehendidos en las acciones y redadas.

Mis amigos y yo estamos presos del tedio debido al estado de emergencia y esperamos que se levante pronto. De momento no hay muchas opciones de esparcimiento de las que podamos disfrutar. A veces vamos a pescar o nadar desnudos a uno de los fiordos cercanos a Trondheim. No pienses lo peor de nosotros. Sólo estamos intentando divertirnos de alguna manera.

Muchas tardes antes de salir a patrullar con los compañeros, me la paso tendido sobre mi catre mirando tu fotografía y me imagino de mil maneras el escenario de un primer encuentro contigo. Sé que la realidad superará cualquier imagen que pueda evocar mi mente ansiosa por verte; tocar tu mano y contemplarte todo lo que quisiera. Me pregunto si albergas las mismas inquietudes. Sigo esperando a que resuelvan mi solicitud de licencia del frente. Algunos días la espera me tiene al borde de la locura. No comprendo la burocracia involucrada. Mi madre está enferma, presenté el diagnóstico, ¿qué hay que decidir tan larga y tendidamente? ¿Aguantará su corazón el tiempo suficiente que les toma a las autoridades llegar a un veredicto? Es una mujer sola, entrada en años que no cuenta con otra alma en el mundo. ¿Fallecerá antes de que pueda volver a verla, encerrarla en mis brazos, decirle a la cara que la quiero? ¿Soportaré por siempre el cargo de conciencia de haberla abandonado en sus horas finales sin nadie que le apriete la mano temblorosa y la acompañe, mientras ella exhale su último aliento? Nadie, ningún ser humano, debería morir sin la presencia de otra persona a su lado. No se lo deseo ni a mi peor enemigo.

Espero tener la dicha de leerte pronto entre las líneas de una carta tuya. No te olvides de mí en esta tierra tan lejana asediada por un otoño que no presagia nada bueno para el invierno venidero. Calienta mi alma con tus palabras.

Te abraza tu Kurt».

Sacude la cabeza y hace una mueca. Una carcajada se escapa de su boca. El dramatismo le es ajeno y su madre se encuentra lejos de estar a punto de fallecer. Sus líneas tienen el propósito claro de ablandar a quien sea que ejerza la censura del correo de campo para intentar acelerar por todos los medios su viaje a casa. Es un hombre que tiene una misión clara: conquistar a la mujer de su vida.

Capítulo XXVII:

Una estrella a la altura del corazón

Hannover, 24 de septiembre de 1941

«Según el „Ordenamiento policial sobre la identificación de judíos“, todos los judíos del Reich alemán están obligados a llevar el *Judenstern*⁶. El reglamento entra en vigor el 19 de septiembre de 1941».

Dora escuchó el anuncio en la radio días antes mientras preparaba el desayuno en la cocina, al lado de su madre. No le atribuyó demasiada importancia en aquel momento; al fin y al cabo, no era judía ni tenía contacto con ninguno. Su única referencia era Anne, con el cabello y los ojos oscuros, quien dejó de acudir a su salón hace tiempo. El sólo recuerdo le trae el sabor amargo de aquella clase de ciencia racial en el BDM.

Ellie ya no está en casa, por lo que Dora se siente un poco más sola, pero el despertar oportuno de su madre no la ha dejado en el abandono completo. Preguntándose cómo le va a su hermana en tierras polacas, el camino hacia la sesión semanal del BDM se le antoja más corto y llevadero. Ensimismada, no se da cuenta de lo que pasa a su alrededor hasta que, al doblar la esquina a dos manzanas de su destino, escucha gritos frente a ella. Levanta la mirada en busca del origen del ruido.

—Judío sucio.

Tres jóvenes no dejan de vociferar las mismas palabras a un anciano enjuto con la cabeza agachada. Lo tienen acorralado entre sus cuerpos.

—Bájate de la acera, judío hediondo.

—Me parece que el judío mugriento está sordo. Esas orejas deformes están inmundas, por eso no oye.

Los transeúnes pasan como si la escena fuera de lo más cotidiano. Nadie se para a defender al viejo.

—Si no escucha, hay que ayudarlo a bajar de esa acera limpia que es de uso exclusivo de los alemanes.

Acto seguido el bravucón más musculoso de los tres le da una patada al señor que lo deja tirado en la calle. Se golpea la cabeza al impactar contra el empedrado y se queda inmóvil. Dora quiere gritar, pero no sale más que un hilo de voz de su garganta paralizada. Como si el puntapié no fuera suficiente, los otros dos le propinan tremandas pisadas en el estómago y la espalda. La cereza sobre el pastel se la ponen en forma de escupitajos, pequeños copos de humillación flemosa que aterrizan con una magnífica puntería en la comisura de los labios y en la nariz del caído. Entre los tres se carcajean y se alejan del lugar, abandonando al montón de miseria humana en la cuneta.

Dora, con lágrimas de impotencia en los ojos, se acerca al viejo. No lo dejará tirado, sin importar las consecuencias para su persona si llegaran a regresar los alborotadores. Si no se levanta pronto, un automóvil lo atropellará. Se agacha para revisar su estado. Saca un pañuelo de la bolsa de su vestido y le limpia la cara.

—Señor, le ayudaré a levantarse con cuidado. Está seriamente herido, pero lo sacaré de la calle.

Al no recibir respuesta, no está segura sigue con vida. Un poco de sangre está saliendo de la herida en la cabeza donde se golpeó en la acera. Por suerte está delgado y ligero y Dora logra poner un brazo alrededor de su cuello. Nadie acude en su ayuda. Una señora pasa y la ve con mirada de desprecio. Otra escupe delante de sus zapatos y

le espeta un desdeñoso:

—Perra de judiós.

¿Realmente le acaban de dirigir esas palabras? Anonadada prosigue su lento caminar con el anciano apoyado en ella. Está consciente, pero apenas arrastra los pies. Lo lleva a la entrada de un edificio de departamentos donde lo sienta y lo detiene con sus manos para que no se caiga. Su labio sangra y un ojo se comienza a hinchar. A la altura de su corazón lleva la estrella amarilla de David, ahora llamada la estrella de los judíos.

—Señorita, no le conviene que la vean conmigo. La tratarán como a mí si no se aleja.

—No se preocupe por eso ahora. ¿Dónde vive? Lo llevaré a casa para que su esposa lo cure.

—Mi esposa ya no vive. Sólo somos mi hermana y yo, se vino a vivir conmigo cuando...

Sus ojos se llenan de líquido y el alma de Dora se apachurra.

—Usted me dice dónde vive y yo lo llevo, sin peros ni nada.

Resignado, el viejo le indica que vive a dos calles de allí y acto seguido la pareja desigual se arrastra por las calles cual gusanos, bajo las miradas de desprecio y un ocasional grito de desaprobación. Dora lo aguanta estoicamente y se pregunta por qué no se ha dado cuenta hasta ahora.

Llegando al edificio de departamentos que le indica su carga, lo arrastra por las escaleras al tercer piso, donde toca el timbre. Una anciana igual de arrugada que su nuevo amigo, sólo que con lentes redondos y un moño blanco en la nuca, les abre la puerta y deja escapar un grito de horror.

—¡Pero Werner, qué...!

—Lláname Israel, por Dios. Nos vas a meter en problemas.

—Entren, rápido.

Dora hace ademanes de llevarlo al interior del departamento.

—Señorita, de veras, no se meta en más problemas.

—Venga, hay que llevarlo al sillón, después aún me puede correr.

Cinco minutos después se encuentran los tres sentados a la mesa tomando té. Después de enterar a la hermana de lo sucedido, Dora no logra gobernar su curiosidad.

—¿Por qué le pidió a su hermana que le llamara Israel?

—Por el ordenamiento de cambio de nombre del 38. Los hombres tuvimos que adoptar el nombre de Israel adicional a nuestro nombre real, y las mujeres Sara. Supongo que usted era pequeña entonces y no se enteró. Lilian, mi esposa, no aguantó.

—¿Qué pasó con ella?

—Se ahorcó aquí mismo, en esta esquina. La encontré una tarde al regresar de trabajar. Dejó una nota: «Quiero ser sepultada con el nombre que me dieron mis padres. No hay nada de malo con él». Ella sabía lo que se avecinaba. Debí hacerle caso y salir del país a tiempo.

Cuando Dora vuelve a bajar las escaleras, la casera del edificio se asoma detrás de la puerta con el cabello lleno de tubos y la boca manchada de lápiz labial. Un resto de cigarro cuelga de su boca delgada; parece pegada al labio.

—Conque fraternizando con la chusma judía. ¿Dónde vives tú? ¿O también eres judía y te niegas a llevar la estrella? No corras, dime dónde vives.

—Usted ni sabe que el labial está mal visto ¿y me quiere decir con quién convivir?

Dora sale corriendo antes de que la furia con tubos la alcance. Llega tarde y anonadada a la sesión del BDM. Mantiene un perfil bajo para no estar sobre el radar de la líder. Se abstiene de hacerla enojar. Suficiente tiene con el regaño por su retraso. Sólo quiere

sobrevivir el resto de la tarde y llegar a casa para estar a solas con sus pensamientos.

Camino a casa mantiene los ojos bien abiertos. El mar de estrellas amarillas cosidas a la altura de demasiados corazones se cruza en su camino. ¿Dónde estaban todos ellos hasta ahora? ¿Cómo pude ser tan ciega antes?

Hannover, 24 de septiembre de 1941

«Querido Kurt:

¿Has visto alguna vez una noche de estrellas? Me parece que todas bajaron del cielo a cuidar el corazón de sus portadores.

Sólo así se puede explicar que su nuevo amigo sobrevivió».

Capítulo XXVIII:

La importancia de hablar francés

Rosenthal, Baja Silesia, Polonia, 25 de octubre de 1941

«Mi ángel Dorita:

Ojalá estuvieras aquí conmigo. No te imaginas todo lo que aún se come en el campo, lejos de las ciudades. Aunque también aquí hay racionamiento de provisiones básicas y se introdujeron vales para alimentos, nadie padece realmente hambre; la mayoría de la población es autosuficiente. Siento remordimientos al saber las penurias que pasan en casa. En sueños escucho el rugir de nuestros estómagos, ese ruido característico que me arrullaba en las noches.

La familia con la que me colocaron se compone de un matrimonio sencillo con una educación escolar básica que mantiene los pies en la tierra. Están acostumbrados al trabajo duro desde pequeños. ¡Tienen once hijos! Pensé que mamá exageró con nosotros cinco, pero supongo que todo es relativo. Con razón necesitaban la ayuda. Los enanos son de todas las estaturas y edades y sería más fácil cuidar un saco lleno de pulgas.

¡Ahora soy una verdadera campesina! La mujer, con su alemán chusco, me elogia: “Niña, estás trabajando como si lo hubieras hecho muchas veces antes” y estoy muy orgullosa, feliz y satisfecha. A veces le cuento de nuestra familia y lo duro que fue sustituir a mamá durante su época oscura. No ha de entender ni la mitad de lo que digo, pero siempre asiente atenta. Cuelga de mis labios fascinada cuando a ratos le explico la situación actual en Alemania o le cuento historias o canto canciones populares. Siento que me

convertí en embajadora de la nacionalidad alemana, ya que, a pesar de ser alemanes étnicos, ellos apenas han tenido conexión con el país durante generaciones.

El esposo es gruñón y taciturno, pero honesto y trabajador. Puedo ver en su mirada que me respeta, porque aguanto el ritmo sin quejarme y ponerme a llorar. Si los soldados en el frente soportan los horrores, yo debo poder con este reto. No me voy a rendir.

Pese a todo el idealismo que sentí al abordar este viaje, el trabajo agrícola es duro y agotador; no todo el mundo está a la altura. En las noches caigo rendida en mi cama, no tengo energía para pensamientos negativos. Comparto la habitación con los tres más pequeños, parece que estoy destinada a nunca tener un cuarto propio, pero créeme que ni siquiera los escucho. Si los más bebés lloran en la noche, se las arreglan solos, porque estoy ausente.

Al día siguiente, con el primer canto del gallo, todo comienza de nuevo. Trabajo duro, nostalgia, vida con una familia de agricultores y dos franceses que son trabajadores forzados en la granja. Uno es un manjar para los ojos. ¿Por qué nunca nos enseñaron francés en la escuela?

Te extraño, pequeña. Dale besos a los pequeños y un abrazo a mamá. Espero que siga fuerte y no se vuelva a sumir en su tristeza eterna. Escríbeme pronto, ahora ya tienes mi dirección.

Te adora tu Ellie».

Capítulo XXIX:

El monje sangriento

Trondheim, 5 de noviembre de 1941

«Mi querida Dora:

¡Qué alegría recibir por fin una carta tuya! Aunque fue corta y en extremo triste. Te noto con los ánimos bajos. Son momentos negros que vive nuestro país y siento mucho que hayas tenido que presenciar una escena que me imagino cruda, pues no me diste demasiados detalles. Tu actuar demuestra que tienes un corazón bondadoso y me alegra saber que late por mí.

Ayer por fin obtuve la aprobación de mi solicitud acerca de la licencia del frente. Pronto obtendré noticias acerca de cuándo se me permitirá. Todo depende del pasaje. Ojalá sea antes de navidad, pero los molinos de la burocracia giran con calma. Si le agregamos el camino dificultoso de Suecia a Alemania, con las vías en parte destruidas, será todo un reto. Sin embargo, me emociona estar cerca pronto y espero verte.

La vida en Trondheim sigue siendo más apacible de lo que se escucha del frente ruso. Me cuento entre los afortunados y rezo para que no me reasignen algún día.

Aquí también hay judíos. Es sorprendente cómo están diseminados por todo el mundo. Según fuentes oficiales hay alrededor de mil trescientos de ellos en el país. Cuando ocupamos Noruega, aún eran dos mil cien, entre ellos refugiados de otros países ocupados. Poco después de nuestra llegada el año pasado comenzaron a confiscar sus aparatos de radio. En primavera de este año algunas tiendas y

oficinas fueron marcadas con carteles bilingües. *Jødisk Forretning*, empresa judía. Tras las protestas de la población, los carteles fueron retirados de nuevo. En abril la sinagoga de Trondheim fue ocupada por nosotros y desde entonces se utiliza para albergar a las tropas que están de paso. En otoño se incautaron tiendas judías y arrestaron a algunos propietarios, que fueron llevados al campo de prisioneros de *Falstad*. Prohibieron la admisión de abogados judíos y despidieron a judíos del servicio público.

Pero basta de hablar de cosas serias. Se supone que mis cartas te deparen alegría y te dibujen una sonrisa en el rostro. O por lo menos que estimulen tu mente y tu imaginación, porque no sé si lo que estoy a punto de platicarte te provocará alegría o miedo, pero quiero que conozcas todas las facetas de mi personalidad.

Espero que te apasione la historia como a mí. ¿Sabías que Trondheim es una de las ciudades más antiguas de Noruega? Su agitada historia se remonta al año 997, cuando el rey Olaf Tryggvason fundó la ciudad. Entonces fue conocida como Nidaros, y según la leyenda, el rey fundó el asentamiento después de derrotar a los vikingos en una batalla naval. Eligió este lugar desde el cual gobernar y unir la Noruega cristiana.

Así como comunmente se dice que todos los caminos llevan a Roma, en Noruega se dice que todos los caminos llevan a Trondheim. Esto se debe a que una ruta muy popular, el camino de Olav —por el rey arriba mencionado— conduce hasta el lugar de peregrinación medieval más importante del norte: la Catedral de Nidaros. Trondheim, a pesar de ser una de las ciudades más grandes del país, en realidad es un asentamiento pequeño con una gran catedral. En mis ratos de ocio me he dado a la tarea de investigar más sobre este símbolo de la ciudad, ubicado a un costado del pintoresco río Nidelva. La catedral y la tumba de san Olav fueron un

importante lugar de peregrinación en todo el norte de Europa. Según la tradición, el soberano fue sepultado en un sencillo ataúd de madera a orillas, y al exhumar el cuerpo, éste se hallaba incorrupto y con las mejillas rosadas, dando testimonio de la santidad de Olaf e iniciando así su culto. La tumba fue cambiada de lugar, pero regresó a su lugar original, a orillas del río, tras la canonización de Olaf en el año 1031. Ahí se levantó una capilla alrededor del 1035, que posteriormente creció hasta convertirse en la catedral de Nidaros.

Pero si hay algo que me encanta más que la historia, es una buena leyenda de fantasmas. Varias generaciones de noruegos dicen haber visto el fantasma de un monje sangriento en esta catedral. La esposa del obispo fue la primera testigo en ver la aparición durante un servicio religioso en 1924. Mientras que el sacerdote cantaba un himno, la esposa del obispo, María, vio su aparición al lado de un arco en la catedral. Según su testimonio, era joven, de buen ver, con brillantes ojos azules. Se acercó a través de uno de los miembros del coro que asistieron a la misa. Mientras que el sacerdote estaba delante del altar, el monje se movió detrás de él. Alarmada, la mujer vio al fantasma colocar sus manos alrededor de la garganta del sacerdote y estrangularlo. Otros vieron las manos en el cuello del sacerdote, pero no el resto de su cuerpo. Además, la mujer vio una raya de sangre en la garganta del monje. El sacerdote que realizó el servicio declaró que había tenido un sentimiento de desesperación, como si algo se le atascara en la garganta. María también observó cómo la aparición quitó su cabeza del cuerpo ensangrentado antes de que desapareciera. Varios testigos lo han descubierto en las capillas más pequeñas y también cerca del cementerio. Sin embargo, otros han visto sus manos alcanzar y ahorcar a otras personas. Parece que ésta es la forma en que muestra su descontento con la gente que no le simpatiza. Distintas personas afirman que incluso

han conversado con el ente fantasmal.

Otro fenómeno en curso en esta iglesia se observa en una diminuta habitación en el sótano de la catedral, pues ésta se utiliza como una tumba para las figuras prominentes de Trondheim. Varios testigos han visto pétalos de rosa por el suelo del cuarto. Una vez a la semana aparecen pétalos frescos y los marchitos desaparecen. Nadie sabe quién lo hace. La entrada a esta sala siempre se mantiene bloqueada.

Discúlpame la asociación con la leyenda, pero hablando de rosas, ¿te gustan? ¿Cuáles son tus flores favoritas? Quisiera saber para llevarte un ramo el día que te visite en Hannover, si es que no te he espantado con esta carta. Si prefieres las historias románticas, de amor, buscaré una leyenda de esa índole para mi siguiente carta. Noruega es tierra de vikingos, leyendas y magia. La literatura nórdica antigua es la más rica y variada entre la antigua literatura germánica. Está la prosa con las sagas, relatos históricos, legendarios y mitológicos, y la poesía no se queda atrás.

Sabes, no es tan fácil conseguir libros como en tiempos de paz. Durante la ocupación destruimos una gran cantidad de bibliotecas escolares y públicas en Finnmark, la provincia más al norte de Noruega. Las demás no fueron objeto de saqueo o destrucción directa, pero sí de una severa represión y control. La Gestapo realizó redadas en editoriales, librerías y bibliotecas locales para retirar y destruir todos los ejemplares de determinadas obras prohibidas en Alemania. El partido nazi noruego asumió importantes direcciones en las bibliotecas públicas y controló su nazificación desde dentro, usándolas como lugar para su propaganda. Al mismo tiempo que se sacaban de los estantes los libros prohibidos, se llenaban con ejemplares aprobados. Con suerte los libros sobre mitología sobrevivieron, aunque es difícil encontrar literatura en alemán sobre

ella. A veces necesito ayuda de locales con una inclinación amistosa hacia nosotros para que nos traduzcan. El mismo Himmler realizó varias visitas a Noruega durante las cuales estudió la mitología nórdica para después unificar a los pueblos germánicos y arios en torno a un pasado común. Contribuyó sobre todo a la apropiación de ciertos mitos y símbolos nórdicos para la ideología nazi.

Hace unas semanas trabé amistad con un profesor de literatura en una biblioteca local. Ambos estábamos hojeando libros sobre mitología en mesas vecinas. Debe haber visto mi cara de desesperación al no entender más de veinte palabras de noruego y me ofreció su ayuda. Me habló en alemán:

—Es extremadamente raro encontrar a un soldado alemán aquí.

—Supongo que es cierto. Hasta mis mejores amigos me miran extraño cuando abro un libro. Me llaman “cerebritito”. La mayoría de los soldados prefiere frecuentar los bares y conocer chicas.

—¿Usted no?

—No es que me disguste perseguir estas actividades agradables y las muchachas aquí son lindas, pero yo ya encontré a mi chica.

—¿Entonces se enclaustra aquí para no caer en tentación?

—No, no es eso. Me encanta leer, sobre todo libros de historia y mitología. Lamento no dominar el noruego aún y no hay demasiados libros en alemán.

—Qué suerte la suya. Jan-Erik Brekke, profesor de literatura.

Y así fue como me hice de un amigo e intérprete al mismo tiempo. Tiene antepasados alemanes, de allí su dominio de nuestro idioma.

Esta carta ya se hizo muy larga, bonita. Y no tengo certeza de que la leas y me respondas. Necesito creer muy dentro de mi corazón que no me has olvidado. Me aferro a esta poderosa verdad; es la que me mantiene motivado a seguir adelante.

Te abrazo desde la lejanía, esperando acortarla pronto.

Siempre tuyo, Kurt».

Capítulo XXX:

¿Ya no me quieres?

Hannover, 13 de diciembre de 1941

«Kurt:

Creo que me merezco que me digas si ya no quieres saber nada de mí. Envío carta tras carta y no cosecho más que tu silencio absoluto. Una y otra vez le pregunto al cartero si no trae nada para mí y siempre sacude la cabeza. Debe sentir pena por la pobre enamorada no correspondida que cada día con menos brillo en los ojos y con los primeros indicios de resignación le hace la misma pregunta. Por cierto, el cartero es Peter. Estoy considerando salir de nuevo con él ya que a todas luces tú te has olvidado de mí. Tampoco me faltan ganas de alcanzar a Elfriede en su año obligatorio en el campo polaco; por lo menos ella no está muriéndose de hambre como el resto de la familia. Dice que la gente es más autosuficiente y puede vivir de sus cosechas. Pero no puedo dejar a mamá sola con los pequeños, ¿qué tal si cae de nuevo en uno de sus episodios y olvida alimentarlos? Tengo que ayudarle con los gastos de la casa. Regresé a la escuela; en septiembre terminé el octavo año. Peter me consiguió un empleo a través de su tía donde desde hace unas semanas realizo mi año obligatorio, como ayudante de cocinera en la villa de un funcionario importante. Al principio me mostré renuente, no le quise deber favores, pero tampoco disponía de demasiadas opciones entre las que escoger.

En unos meses cumpliré quince años. Siento que se me va la vida de las manos. Sí quiero llegar a ser cocinera, me encanta, pero no

soy yo quien decide sobre el rumbo de mi vida. De eso se encargan Peter, mi madre y la guerra. Quisiera ser yo la conductora de mi existencia.

Escribeme, por favor, aunque sea para decirme que ya no me hablarás más. Me merezco honestidad.

Dora».

Se dispone a escabullirse de la casa para llevar la carta a Correos, cuando oye a su madre cuchichear con alguien en voz baja a través de la ventana abierta de la cocina. Se ven demasiado en confianza para su gusto.

—Dámelo.

Peter le pasa un sobre a su madre y ella enseguida lo guarda en el bolsillo de su delantal.

—Gracias, Peter.

—¿De quién es la carta?

Sobresaltados, ambos voltean a ver a Dora, como si algo les remordiera la conciencia.

—Saluda a Peter primero. Tus modales dejan mucho que desear. La carta es del tío Fritz. Viene de visita en Navidad.

—¿Cómo sabes si ni siquiera has abierto la carta? La guardaste enseguida.

—No sea insolente, señorita, me lo dijo desde su carta de la semana pasada. Quedó mandarme los detalles de su llegada en esta. Aprovecha la presencia de Peter si quieres mandar alguna carta, la puede llevar a Correos por ti.

Algo dentro de Dora hace que siga escondiendo la carta a sus espaldas.

—No, ahora no tengo ninguna.

No le gusta mentir, pero algo en los ademanes de su madre y su amigo la hacen dudar. Entregará la carta por su cuenta a Hansi en la oficina de Correos.

—¿Nada para mí, Peter? ¿Cómo todos los días?

Se sonrojan las mejillas del joven cuando sacude la cabeza.

—Mamá, voy a ir a ver a Gúndula.

No es del todo cierto, pero su amiga ya regresó, sin bebé en brazos y la quiere ver. Es la excusa perfecta.

—Muy bien, Peter te acompaña.

—Mamá, no es necesario. Gúndel vive cerca y no quiero desviar a Peter de su camino.

—No es ninguna molestia, Dora, lo hago con mucho gusto.

Siente que su madre la vigila. No la deja salir sola de la casa. Si no logra deshacerse de Peter, tendrá que ir a ver a Gúndula y con un poco de suerte aún encontraría Correos abierto al salir un poco más tarde de su casa, eso si Peter no la espera. Su mejor amiga sin duda querrá platicar larga y tendidamente sobre lo que pasó con su bebé.

Caminan calle arriba en silencio por unos minutos.

—Peter, ¿de quién era la carta?

—¿Cuál?

—No te hagas, la que le entregaste a mi madre.

—La escuchaste, es de tu tío.

Peter mira al piso, no a la cara de Dora, como si estuviera escondiendo algo.

—¿Desde cuándo mi mamá y tú son mejores amigos? —Ahora sí le dirige la mirada, sorprendido—. —Vaya, me parece que sus

cuchicheos son demasiado íntimos como para sólo verse de vez en cuando para la entrega del correo.

Peter se detiene en seco.

—Mira, no sé cómo más explicártelo: me gustas, quiero estar contigo. Tu mamá está de mi lado, tal vez por eso busco aliarme con ella, que me dé consejos.

—Mi madre de alcahueta. ¿Por eso te manda conmigo? Pensé que me quería controlar, vigilar mis movimientos por alguna razón.

Se siente mal por pensar lo peor de su madre.

—Sólo busca tu bienestar. Los dos te hemos notado cabizbaja últimamente. Te queremos ver contenta, plena. Te puedo dar una mejor vida de la que tienes ahora.

—Peter, apenas cumpliré quince años...

—No estoy diciendo que nos casemos mañana. —Suelta una carcajada—. Pero pasado mañana está bien, puedo esperar.

Dora le da un manotazo en el hombro.

—Míralo, intentando ser gracioso.

—¿No me quieres ni un poquito, como para pensarlo, aunque sea?

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—No lo sé, hay muchas cosas que me pasan por la cabeza; los tiempos son turbulentos.

No tiene el corazón de decirle que éste late por alguien que jamás ha visto. Tendrá que enseñarle al músculo que palpita en su pecho que ese alguien tal vez ya ni siquiera piensa en ella. Sin embargo, Peter no precisa que Dora se lo explique. Sus ojos se tornan oscuros, tristes, y desvía la mirada nuevamente.

—Por cierto, ¿cómo te va en el trabajo?

Agradecida por el cambio de tema, Dora se pone platicadora:

—Me gusta. Tu tía es estricta, pero justa. Me ha enseñado recetas

que desconocía. No puedo practicar mucho en casa con el racionamiento, ya sabes. ¿Cómo hacen esas personas para poder acceder a más alimentos? Aun si nosotros pudiéramos costear todo lo que nos permiten los cupones, estaríamos lejos de su despensa. Lo bueno es que también me dan de comer en su casa, así que por lo menos una vez al día me puedo llenar bien el estómago. No se lo digas, pero a veces guardo un poco y lo traigo a casa en mi bolsa, para mis hermanitos.

—Qué bueno que estés a gusto. Me alegra, de veras. No soportaba la idea de verte partir a Silesia como tu hermana. Sentía que te perdería por siempre, que algo te sucedería en ese mundo salvaje y no te podría proteger.

Protección: le gusta la idea a la joven. Es importante para ella; importarle a alguien, estar segura. Había perdido ese sentimiento cuando falleció Georg, cuando su mamá se ausentaba, cuando Ellie partió a Polonia. De repente ya no le parece tan urgente mandar el sobre en su bolsa del abrigo, destinado a alguien potencialmente indiferente. Toma a Peter del brazo y le regala una sonrisa cálida. Sin perder más palabras, llegan a la casa de Gúndula. Toca a su puerta y su mejor amiga abre con una sombra en los ojos. Ya no es la misma. Sin decir palabra, abraza a Dora con todas sus fuerzas, buscando consuelo.

—Bueno, las dejo para que hablen de mujer a mujer. De cualquier manera, debo regresar a la oficina. Hansi está de vacaciones de navidad y atiende todo solito.

Dora intenta no mostrar su sorpresa. Tendrá que decidir estos días si le confía la carta a Peter o si espera hasta enero para mandarla cuando esté de regreso Hansi.

Capítulo XXXI:

Brazos vacíos

Hannover, 13 de diciembre de 1941

—Siento mucho que no te escribí en todo ese tiempo, pero me prohibieron comunicarme con el exterior.

—¿Cómo que te lo prohibieron? Sé que te mandaron lejos, fue lo único que alcanzaste a informarme antes de irte, ¿pero de allí a que no te permitan mandar cartas?

—Estuve internada en un lugar remoto y protegido del público. No te puedo decir exactamente dónde, pero fue en el sur, en algún lugar en Baviera. Dormí gran parte del trayecto final, porque fue de noche cuando llegué con mis padres a la casa. Por favor, no hables de esto con nadie. Si fuera por mis padres, negarían que nada de eso pasó jamás.

Con el ceño fruncido, Dora pone cara de ofendida.

—Soy tu mejor amiga, ¿cuándo he divulgado algún secreto tuyo?

—Lo sé, pero mamá y papá son capaces de desterrarme de nuevo si se enteran de que hablo de lo que sucedió.

—¿Y entonces, tu bebé?

La mención del aspecto más doloroso de su experiencia proyecta una sombra en el rostro afligido de Gúndula. Sus brazos adoptan una postura similar a la de una madre que mece a su hijo recién nacido.

—No me dejaron ni cargarlo tantito. Si no fuera por una enfermera que se apiadó de mí, ni siquiera sabría si fue niño o niña.

»La casa remota a la que me mandaron es de una institución

llamada *Lebensborn*. En aquellos hogares, mujeres alemanas, solteras embarazadas de un hombre «ario» pueden dar a luz a sus hijos. Constantemente entraban y salían mujeres con barrigas enormes y soldados uniformados. Llegaban altos funcionarios con sus amantes encintas sin que sus esposas se dieran cuenta. Una oficina de registro garantiza que los nacimientos se mantengan en secreto. Ya sabes, un nacimiento fuera de matrimonio se considera una desgracia. A mí me prometieron que encontrarían a una familia adoptiva nacionalsocialista para mi «hijo ilegítimo de buena sangre cuyo padre dejó su vida como héroe en la guerra».

»Los niños que nacieron durante mi estancia a menudo eran dados en adopción y, sobre todo, colocados en estrictas familias nacionalsocialistas. Mis padres y la familia con la que se quedó mi bebé quisieron mantener el anonimato para que no tuviera la tentación de buscar a mi hijo después. Sé que materialmente no le faltará nada, pero...

Se le quiebra la voz y unas lágrimas silenciosas corren por sus mejillas. Sus extremidades superiores mecen a un ser diminuto invisible al cual jamás conocerá. La imagen de los brazos vacíos es desconcertante para Dora. Sollozando, Gúndel apoya la cabeza en el hombro de su amiga.

—Lloré a moco tendido los primeros días. Ahora no quedan muchas lágrimas. Mis pechos estaban rebosantes de leche y nadie quería tomarla. Fue como si mi cuerpo no sabía que la leche ya no era necesaria. Tuve una fuerte infección y fiebre los días posteriores al parto.

»Sabes, ni siquiera sé qué nombre le pusieron. Lo llamo Horst, como su papá. Tuve que nombrarlo; no puedo llorar y guardar duelo por un bebé anónimo. Menuda familia que somos: el padre es un héroe de guerra caído, la madre no puede vivir su maternidad y el

bebé está obligado a vivir con extraños. Nunca veré su primera sonrisa, dará sus primeros pasos de la mano de una desconocida a la que llamará «mamá».

—¿Por qué no te dejaron conservar a tu hijo en la familia? Es su nieto también. No hiciste nada malo; Horst cayó en combate, todos hubieran entendido.

—No estábamos casados, iba a ser un hijo ilegítimo de cualquier manera, un vil bastardo. Yo hubiera aguantado las miradas de la gente. Pero mis padres no pudieron con la sola idea de imaginar el estigma, la humillación y la vergüenza. Ya ves cómo son.

—Te hubieras escapado con él. No sé, nosotras nos hubiéramos fugado con el pequeño.

—¿Y vivir de qué? ¿Quién le daría trabajo a una madre soltera, Dora? A veces ves la vida muy color de rosa. Estará bien mi pequeño, me aseguraron que los padres adoptivos son adinerados, pero no pueden tener hijos biológicos. Lo querrán mucho. Algún día tendré a otro bebé y será mío.

Dora la mece en sus brazos hasta que los lloriqueos cesan.

—Dora.

—Dime.

—No quiero pensar en ese asunto, aunque sea por un día. Sólo por hoy. Hablemos de otra cosa, algo normal, aunque sea ridículo. Necesito normalidad; salir de mi cabeza. Ponme al día de tu vida en los últimos meses. ¿Qué ha sido de Ellie, tu mamá, Peter, el chico de las cartas?

Un suspiro involuntario escapa de los labios de Dora. Le toma casi una hora contarle todo lo sucedido durante la ausencia de Gúndula, quien absorbe su relato como un sediento desierto. Tras platicarle de su empleo como auxiliar de cocina, Dora le comparte su sospecha de las cartas.

—No estoy segura, no quiero sospechar de mamá y Peter de esta manera. Me siento mal por siquiera tener esos pensamientos. Pero no logro quitarme la espina.

—Ya sé, dame la carta y yo la llevo cuando regrese Hansi. O mejor aún: la mando desde otra oficina de correos, ni que la nuestra fuera la única. Sólo dale mi dirección para que mande su respuesta allí.

—Vale la pena intentarlo.

—Déjamelo a mí, Dorita, yo me encargo. ¿A qué hora sales el lunes?

—A las cuatro. Pero trabajo hasta Linden, por la estación de tren *Fischerbahnhof*. Me toma una hora caminar a casa. Prefiero ahorrar el dinero del transporte para comprar comida para mis hermanos.

—Está perfecto, Dorita. Mi madre me ha estado presionando para buscar trabajo como enfermera. Tengo pendiente presentarme a una entrevista al hospital *Recklingen*, lo puedo hacer el lunes y te espero a las cuatro afuera de la estación, me queda muy cerquita. Aprovechando me encargo de la carta, la mando desde Linden y listo.

Dora accede y le da gusto que su amiga florezca con sus pequeñeces y que éstas le hagan olvidar por un rato sus brazos vacíos de madre vedada.

Capítulo XXXII:

¿Adónde los llevan?

Hannover, 15 de diciembre de 1941

—Anda, vete a casa antes de que me arrepienta. Está todo listo para la cena, y por lo que me comentó la señora en la mañana, su esposo no regresará hasta entrada la noche para cenar. Así que no tiene sentido que te quedes.

Dora no tiene ganas de abandonar la cocina calentita. Afuera arrecia uno de los inviernos más brutales de su corta vida y tan sólo pensar en caminar una hora entera por toda la ciudad con las extremidades congeladas en un abrigo que no le proporciona suficiente protección, la aterra. Sin embargo, tiene una cita con su mejor amiga y asuntos importantes que tratar.

—Ten, llévate dos pedacitos de pastel. Si la señora se da cuenta, le diré que los pequeños se los llevaron. Lo hacen seguido, no me desmentirán.

Dora envuelve los cuadritos en una peñuelo que guarda en su bolsa y le regala una sonrisa de agradecimiento a la cocinera que ha sido estricta pero bondadosa con ella. Desde el primer día reforzó en ella la pasión por la cocina:

—Lo que hacemos es importante. «Barriga llena, corazón contento».

Casi diario tenía algún dicho en sus labios: «Un estómago lleno hace un corazón feliz»; «El amor pasa por el estómago, Dorita»; «Una receta no tiene alma. Esa se la da el cocinero»; «Cocinar trata más de seguir tu corazón que de seguir recetas».

Le da a entender que comer no es sencillamente la satisfacción de una sensación física, sino de disfrutar con todos los sentidos; de alimentar no sólo la barriga, sino el corazón. Sin embargo, no está segura si aplica a tiempos de guerra o si su maestra vive en las antiguas memorias de tiempos mejores.

Baja el gorro tejido hasta sus ojos y enrolla la bufanda tres veces alrededor del cuello. Tapa también su boca y nariz antes de abrir la puerta. El viento helado se clava como un millar de agujas en sus mejillas. Temblando, pero decidida, pone el pie en la calle y corre hacia la estación de tren donde la debe estar esperando su amiga con noticias del envío de su carta.

Mientras se precipita con paso inseguro hacia su destino, varios camiones atiborrados de personas la rebasan en la calle, yendo en la misma dirección. Docenas de almas con abrigos grises hacinadas en la parte trasera de los camiones tiemblan como hojas, con la mirada baja para evitar la ráfaga de viento. Madres están abrazando a sus pequeños, y todos portan estrellas sobre sus corazones. ¿Adónde los llevarán?

De repente reconoce a dos figuras mayores sentadas en el último vehículo que pasa a su lado. Parecen aún más arrugados y encorvados que el día que los conoció. Las manos decrépitas sin guantes del hombre están enrojecidas, pero a pesar de todo trae agarrada la de su hermana, a su lado, para brindarle consuelo. Sin pensar le grita al viejito:

—¡Señor Werner! ¡Señor Werner!

Por un momento los ojos cafés tristes y apagados del aludido se avivan e intentan fijarse en la calle para buscar el origen del grito. Dora no tiene seguridad de que su amigo la reconoció, pero al menos él tuvo un momento de distracción.

Aprieta el paso y dos minutos después ve a su amiga desde lejos

con las manos enguantadas agarrando los barrotes de hierro forjado de la estación de tren, con la mirada perdida en la lejanía y la boca abierta.

—Gúndel, ¿qué...?

Su amiga ni se inmuta ni se voltea. Dora adopta la misma postura que ella y pronto reconoce lo que la tiene tan pasmada: un tren interminable está dispuesto en las vías. Delante de los vagones ve a cientos de hombres con diversos tipos de sombreros, mujeres con pañuelos cubriendo sus cabezas, ancianos con bastones y niños de todas las edades, algunos abrazados a sus peluches. Están de pie, resignados, con las miradas fijas y desconfiadas, como borregos llevados al matadero. Esperan a ser prensados dentro de los vagones, lo que en ese momento sucede con varios de ellos. Lo que asusta a las espectadoras en la reja es que no son vagones de pasajeros con asientos y ventanas. Utilizan vehículos de ganado, en los que cientos de judíos están siendo apiñados sin apenas espacio y con sólo unas diminutas ventanas para la circulación mínima del aire. Los que están adentro ayudan a subir a los que aún están parados en el andén, para que los guardias no los golpeen más de lo necesario. Entre los gritos y empujones de aquellos, cerca de cien personas son embutidas en un espacio donde caben tal vez cinco caballos. Muchos niños están casi aplastados entre el miserable y escaso equipaje, que no puede contener más que lo indispensable. Desde la reja se les ve tan apretados que ni la mitad de los que van allí tienen sitio para sentarse.

Cuando despierta de su pasmo, Dora corre a la entrada de la estación de tren. No sabe qué va a hacer, pero debe hacer algo. No puede quedarse con los brazos cruzados después de ver aquello. La reja está cerrada. Se cuelga de ella y golpea con todas sus fuerzas. Un encargado de la estación se acerca y le indica que siga su

camino.

—Señor, ¿adónde los llevan?

—¿Qué te importa, niña? Sólo son judíos sucios.

—Por favor, dígame adónde los llevan.

—Sigue tu camino antes de que los guardias te toman por simpatizante de los judíos y te manden con ellos.

Cuando aun así la joven no desiste, el hombre toma una vara y comienza a golpear la reja con ella cerca de las manos de Dora, las cuales se aferran con desesperación a los barrotes. No los suelta hasta que la vara le propina un doloroso golpe en los nudillos.

«¿Qué haría papá ahora?». Su padrastro sabría cómo comportarse en una situación así, él se opondría a esa injusticia. ¿Qué puede hacer ella? Una niña de catorce años, ¿qué poder tiene? Acudir a la policía y levantar una denuncia está fuera de la cuestión, ya que el tratamiento de los judíos es sancionado por el gobierno.

Una pareja elegante pasa a su lado; la mujer tiene al hombre tomado por el brazo. Pretenden no ver la escena y se apuran a pasar del lugar.

—¡Volteen, miren lo que les están haciendo a aquellas personas!

Dora les grita a todo pulmón, pero no la miran a la cara. Aprietan el paso y los tacones de la mujer resuenan sobre la acera mientras el viento sopla más tempestuoso de lo normal. Dora regresa al lado de Gúndula para seguir presenciando el espectáculo desde la reja. En ese momento los guardias comienzan a cerrar las puertas de los vagones. En el andén se aprecian algunos cuerpos tirados: no saben si colapsaron de cansancio, si los aplastaron al subir a los vagones o si siguen vivos.

El tren se pone en marcha, lenta y penosamente. Se ven caras asomándose a las aperturas en las puertas, para tomar aire o ver adónde lleva el viaje, o tal vez ambos. Un guardia revisa los cuerpos

en el piso; primero los patean para saber si siguen con vida. Al constatar que están muertos, revisa sus bolsas y pone en las suyas lo que encuentra de valioso. De repente, un judío que al parecer se mantuvo escondido cerca del edificio de la estación, mientras los demás subían a los vagones, dobla en la esquina del edificio y corre lo más silencioso posible hacia la reja, en dirección a las niñas. El guardia percibe el movimiento desde el rabillo del ojo y reacciona rápido. Desenfunda su pistola y le dispara al fugitivo. Las muchachas se tiran a la acera, ya que el disparo se efectúa en su dirección. El prófugo se dobla y cae al piso. Las chicas respiran agitadas y se echan a correr en una dirección donde el guardia no las puede ver desde su ubicación.

Corren hasta que ya no pueden más. Cuando se detienen se dan cuenta de que ya recorrieron la mitad del camino a casa.

—¿Por qué el joven no esperó hasta más entrada la noche para escaparse, Gúndel?

Ésta sólo se encoge de hombros.

—Supongo que nunca lo sabremos, Dorita.

De la impresión, las muchachas olvidan hablar del asunto de la carta que Gúndula debía mandar a Trondheim. Se dirigen a sus respectivas casas para refugiarse del terror que acaban de presenciar.

Después de la cena, endulzada por el pastel que trajo Dora del trabajo y que los pequeños engulleron en un dos por tres con un brillo febril en los ojos, acuesta a sus hermanos y les canta una canción de cuna, aliviada por saberlos sanos y salvos. Una vez dormidos, Dora vuelve a bajar a la cocina, buscando la conversación con su mamá para relatarle los sucesos de la tarde.

—Dora, lo que hiciste es bastante peligroso. Con los antecedentes de Georg, la policía de por sí nos tiene en la mira. Debes mantener

la cabeza fría.

—Pero adónde los llevan, ¿mamá?

—Escuché que al este, a trabajar en los territorios conquistados.

—¿Y si los matan?

—Si los quisieran matar, ¿por qué todavía gastar en transportarlos?

Los matarían aquí y ahora, ¿no crees?

—Suenas razonable. Tal vez tengas razón.

Aun así, una vocecita en el fondo de su cabeza protesta a todo pulmón.

Capítulo XXXIII:

El mejor regalo de navidad

Trondheim, 24 de diciembre de 1941

Tocan en la puerta de su cabaña demasiado temprano para ser la mañana de víspera de navidad. Ese día sólo darán una ronda de rutina por Trondheim y tendrán la tarde libre antes de la cena de navidad.

—Correo.

El soldado que entrega el correo del campo adelanta su vuelta para descansar en la tarde también.

—Nuevamente ninguna carta para Schütze. ¿Qué pasó, amigo, la regaste con ambas mujeres?

—Mírenlo intentando ser chistoso. ¿Qué tienen esas cartas que te ponen de buen humor todo el día?

—Me entero de todos los chismes. Es la receta ideal contra el tedio. Me encanta el chismorreó. Sólo que tú no me has dado mucho últimamente. Eres aburrido.

—¿Entonces a qué vienes?

—Resulta que a tus amigos sí los quieren. Una carta para Ernst de parte de Roswitha y dos para Rudolph, de la bella Helga.

—¿Y cómo sabes que es bella?

—Con ese nombre, ¿cómo va a ser fea? «Helga», se derrite en la boca.

—No dirías eso si hubieras conocido a mi maestra de la secundaria. Helga Schmidt, profesora de literatura. Parecía más sapo con ropa que humana, y era ciega como un topo, con lentes de fondo de

botella. Pero tenía un corazón de oro y sabía todo sobre literatura alemana.

—Rudolph me mostró su retrato, sí es bella.

—Entonces déjate de payasadas. «Con ese nombre, ¿cómo va a ser fea?» —Kurt imitó la voz chillona del cartero.

—Eres bastante amargado, ¿sabes? Ha de ser por eso que nadie te escribe. A ver si el corporal te pone de buenas hoy. Que te reportes en su oficina; te tiene noticias de tu solicitud de licencia del frente.

—¿Por qué no empezaste con decirme eso cuando entraste?

Kurt sale corriendo de la choza y no espera la respuesta de su interlocutor, quien se encoge de hombros y le avienta un beso al aire con mueca burlona.

Minutos después se presenta en la oficina del corporal.

—Privado Schütze, le tengo buenas noticias. Digamos que le daré el mejor regalo de navidad que recibirá este año, o tal vez en muchos años. Su permiso, en esta ocasión, ha sido otorgado. Se irá a casa el seis de enero. Dispone de cuatro semanas exactas, incluyendo el viaje. Aquí está su pasaje y lo veré de nuevo el tres de febrero. Mis mejores deseos para su señora madre.

Kurt no se cree lo que acaba de escuchar. Con rostro incrédulo recibe de manos del corporal el papeleo de sus documentos de viaje. Sus manos tiemblan como una hoja en el viento; un espectador no sabría si por la emoción o por las temperaturas de esa mañana que rondan por debajo de los cinco grados, relativamente benigno para los estándares noruegos. En la noche bajan hasta menos quince y necesitan cobertores adicionales.

—No sabe cuánto le agradezco, corporal.

—No me dé las gracias, no soy quien toma las decisiones. Use su tiempo sabiamente, privado. Y regrese a tiempo. No nos gustan los desertores en el ejército alemán.

—Aquí estaré sin falta el tres de febrero. Gracias de nuevo y feliz Navidad.

—Supongo que aún nos veremos en la cena.

Kurt regresa a la cabaña como flotando sobre una nube. Ni cuenta se da de que ha salido sin abrigo. El frío y la nieve no logran frustrar su ánimo. En primavera se hubiera inspirado en el color de las flores; en invierno, los colores están en la imaginación, al igual que la imagen del rostro de Dora. Ahora es más que una mera fantasía. La fecha de su encuentro se vuelve palpable. Camina con dificultad por la nieve que le llega hasta las rodillas y le congela los chamorros, pero no alcanza a enfriar su corazón jubiloso; respira hondo. Así como los copos blancos se aferran a sus piernas y a los pinos a su alrededor, pretende abrazar a la muchacha con la que ha soñado tanto en las gélidas noches noruegas. Los pinos desprenden una fragancia natural fresca, aromática y única, que evoca la Navidad como ningún otro árbol. Desde la barraca donde se ubica el comedor, el olor delicioso de una comida navideña aún sin definir flota en el aire y le hace agua la boca.

Al día siguiente le dedica las siguientes líneas a Dora, inseguro si la carta llegará antes o después de él a la puerta de la muchacha, pero no dispone de otra manera de comunicarse con ella o de asegurar su presencia en casa.

«Mi querida Dora:

Tengo noticias imprevistas, pero anheladas. Por fin me otorgaron el permiso para irme a casa. Me dieron cuatro semanas completas. No soñé ni con dos, aunque al final me temo que dos semanas es lo que me quedará una vez que pise tierra alemana. El camino será

largo y penoso. Salgo de Noruega el seis de enero, si todo va bien, estaré en casa durante la semana del trece de enero. Me han dicho que el tráfico ferroviario de pasajeros está severamente restringido en favor del transporte de alimentos. Espero que no me afecte demasiado en mis planes de viaje. Comprenderás que pase unos días con mi madre primero. Planeo visitarte el fin de semana del dieciocho, me imagino que entre semana tienes tus ocupaciones y no quisiera distraerte de ellas o tocar en la puerta de una casa desierta sin saber dónde más buscarte. La hora exacta dependerá del transporte o si mi señora madre está dispuesta a prestarme su vehículo para mi misión del corazón. Yo creo que sí, pero no tengo idea en qué condición esté su medio de transporte preferido, si dispone de gasolina o si aún lo tiene en su poder. Tal vez lo haya vendido por necesidad o gusto. Desconozco si esta carta te llega, dado que no he recibido respuesta en un buen tiempo, pero no ha sido retornada al remitente, por lo que me imagino que sí. No hay mucho que dilucidar en el asunto: o está fallando el servicio postal o me estás ignorando, porque ya no quieres hablar conmigo. Como sea, estoy dispuesto a averiguarlo en persona y aclarar cualquier malentendido que pudiera haber entre nosotros. Si te llega esta misiva y te llega a tiempo, te coloco aquí la dirección de mi madre, por favor envía tu respuesta allí si la mandarás en enero.

Me hace demasiada ilusión verte, agregar otra dimensión a tu ser, escuchar por fin el tono de tu voz cuando pronuncies mi nombre. ¿Será una voz cálida, agradable y armoniosa al oído que denota tu dulzura y timidez? ¿O será más bien grave, recia y robusta que transmite confianza, sabiduría y seguridad? Tal vez sea nasal y no muy agradable de escuchar, o incluso ruda, áspera y algo ronca. Me conformo con que no sea chillona, es el único tono de voz que no aguanto.

Ni siquiera sé tu estatura, pero como yo soy muy alto, el peligro de que me ganes es casi nula. Te imagino bajita, o así te sueño, para apoyar tu cabeza en mi pecho.

¿Será que pienso demasiado las cosas? Ahora que el encuentro está al alcance de mis manos, que casi te puedo tocar con las yemas de mis dedos, los pensamientos más absurdos se agolpan en mi mente.

Basta del cine en mi cabeza. Te contaré algo gracioso que sucedió anoche durante el festejo navideño. Nos convocaron a las seis de la tarde en el comedor. En el aire flotaba un delicioso aroma de cerdo ahumado que nos hizo agua la boca todo el camino desde las cabañas. A pesar del frío intenso, nuestros ánimos se calentaban con la anticipación de una comida navideña caliente y la esperanza de un traguito.

El interior del comedor estaba decorado escasamente, pero con amor. Las mesas no estaban dispuestas en filas, sino individuales. Había muchas mesas con cuatro sillas, con mantel a cuadritos como si estuviéramos en un restaurante italiano. En cada mesa había un pequeño árbol de navidad con sus velas prendidas. Fue bastante romántico, lástima que tuviera que compartir aquel momento con puro soldado y no con una bella mujer como tú. Durante la cena, dicho sea de paso, muy rica, escuchábamos la radio.

Por cierto, cuando llegamos en 1940, existían en Noruega más de medio millón de radios. En otoño del año pasado se emitió un reglamento que obligaba a todos a entregar sus radios. Sólo a los soldados alemanes y a los miembros del Partido Nazi se les permitía tener uno. Aunque tenerlo era ilegal y podía castigarse con hasta dos años de prisión, muchos han desafiado la norma.

Como sea, estábamos disfrutando el momento cuando alguien sintonizó el discurso del Rey Haakon desde Londres. Desde el exilio

estableció la tradición de pronunciar cada año un discurso navideño por radio dirigido al pueblo noruego. Era similar al del año anterior; entre otras cosas, dijo: "Cuando les envío a todos un saludo navideño hoy, lo hago con tristeza y pesar en mi corazón porque mi familia y yo no podemos celebrar la temporada navideña con ustedes en nuestra querida patria. Nubes pesadas y amenazantes se cernieron sobre nuestra tierra; este año, las nubes se han estado hundiendo sobre el país, por lo que puede resultar difícil hacer uso del viejo deseo de una ,feliz` Navidad".

Estábamos tan concentrados en lo que decía, esperando a que el traductor nos confirmara si habíamos entendido bien con nuestro noruego pobre, que no nos percatamos de que el arbolito de navidad en nuestra mesa se había prendido en llamas. Con razón no sentíamos nada de frío durante la transmisión. El calor que provenía de las llamas era acogedor. Entre risas y maldiciones apagamos el fuego, sin soltar las tazas. En ellas había un té enriquecido con piquete.

No puedo evitar pensar en mi madre, quien pasa estas fechas sola. Sé que ella es feliz así; no siente la soledad como otras personas, sabe estar sola y se ocupa con libros. Pero quisiera que estuviera acompañada, que alguien la abrazara, compartiera su menú navideño y le dijera "feliz Navidad". También me pregunto cómo la pasan tu familia y tú. ¿Tendrán comida suficiente y algún manjar que les endulce las festividades, o es un día miserable más que pasan con los estómagos vacíos? Dicen que este invierno es uno de los más crudos desde 1812. ¿Tienes con qué mantenerte cálida? Y los soldados en el frente soviético: ¿por lo menos tendrán tregua esta noche? Tienen suficiente lidiando con uno de los inviernos más brutales. La guerra se está expandiendo cada vez más. Solamente en este mes Japón atacó Pearl Harbor y unos días después Hitler

anunció la declaración de guerra de Alemania a Estados Unidos. ¿En cuántos hogares alrededor del mundo la preocupación por la guerra ensombrece los festejos de la Navidad? ¿Quién puede tener ganas de celebrar en medio del luto por tantas vidas perdidas? ¿En cuántas mesas reina el silencio, porque falta un integrante de la familia? Me imagino que es difícil sumergirse en el ambiente festivo cuando los bombardeos son una amenaza constante, como en Hannover.

Quiero que sepas que mis pensamientos están contigo y los tuyos en este momento, y siempre te susurro desde las frías y hermosas tierras noruegas un cariñoso: "feliz Navidad".

Siempre tuyo, Kurt.

P. D.: Te veo pronto. No puedo esperar a ver tu carita».

Reich

Oh Du fröhliche

*Professional Certificate in Business
Administration del European Vocational College*

Gutenberg

Detrás del muro

Me fui a la chingada

Tu
pareja ideal, Bajo la falda, Espera, espera tantito *Bebé a la*
carta *A fuego y sangre, Una gota de magia, Cuidado con los*
que invocas *Escoge bien dónde morir* *Alma doble*

La boda trágica

Injusticia social, Distópica, Terror
capitales *Fuimos niñas*
Escrito desde al alma
Incógnito desvelo

Erotismo
Los siete pecados
Voces de tinta violeta